







DGCL  
A

IT.  
LEP.

POSTAGE.

+ 172209  
C. 1223445



**POESIAS.**

YOUNG



# POESIAS

de

DON EUGENIO DE TAPIA.

.....  
TOMO PRIMERO.  
.....



MADRID:

LIBRERÍA DE PEREZ.

—  
1832.

Esta obra es propiedad de su autor : todos los  
ejemplares llevan su rúbrica.



CON LICENCIA:

MADRID: JUNIO DE 1832.

Imprenta, *calle del Amor de Dios, núm. 14.*



R. 137972

## DEDICATORIA.

---

*No busca de un Mecenas poderoso  
Mi númen el favor: otros las horas  
Compren, ó las mercedes del magnate  
Con el incienso de venal lisonja;*

*Mientras que yo en las aras de himeneo,  
Sin aspirar á la envidiada gloria,  
Esta ofrenda sencilla de mis versos  
Libre depongo de afectada pompa.*

*En prenda de mi amor tú la recibe,  
Tú que la has merecido, cara esposa,  
Firme en la adversidad, constante siempre,  
Como en el mar la combatida roca.*

*Cuando contra el tirano de las Galias  
Sonó en España la guerrera trompa,  
Y volé hasta el empório gaditano  
Huyendo la cadena ignominiosa;*

*Tú, siguiéndome fiel, graves peligros  
Con pecho varonil, como yo arrostras;  
Y el amor de la patria con el mío  
Tu pecho alientan en union dichosa.*

*A nuestro hogar tornamos cuando al gulo  
Arrollaron las huestes vencedoras,  
Y en lugar del descanso y la ventura  
Desdichas nos aguardan dolorosas.*

*Resignada en tu fé conmigo apuras  
Del fúnebre pesar la amarga copa,  
Cuando en temprana edad, cual flor marchita,  
Muere en tu seno el hijo á quien adoras.*

*Él mas dichoso en la mansion celeste  
Ve este misero suelo: allí se goza  
Mirando nuestra union, y nos aguarda  
Cercado en torno de radiante gloria.*

*Esta dulce esperanza de otra vida  
Que hasta el cielo al espíritu remonta,  
Consuela á los esposos que por siempre  
Verse unidos confían sin zozobras.*

*¡ Cuántas veces absortos contemplando  
La belleza del cielo encantadora,  
Allí está nuestro bien, ambos digimos,  
Tributando un suspiro á su memoria !*

*Lágrimas de ternura, tan suaves  
Como el blando rocío de la aurora,  
; Qué de veces bañásteis las mejillas  
De esta madre afligida y cariñosa!*

*El conyugal amor las enjugaba,  
Y las puras delicias que atesora  
Derramando en nosotros, la amargura  
Templaba de la pena congojosa.*

*Él á cantar de nuevo me animaba;  
Él de la lira destemplada y bronca  
A sacar me enseñó sonoros ecos  
Del verde soto en la apacible sombra.*

*Solos allí los dos, lejos del mundo,  
Vimos correr las fugitivas horas,  
Cuando alegraba al mundo Primavera  
Coronada la sien de frescas rosas.*

*Las flores por entrambos recogidas  
Ibamos á esparcir en larga copia  
Sobre la humilde tumba, en cuyo seno  
El fruto del amor blando reposa.*

*La paz, que nuestro albergue custodiaba,  
Salía á recibirnos oficiosa,  
Y en nuestra faz el ósculo imprimía,  
Respirando su aliento dulce aroma.*

*Por tí, deidad benigna, de himeneo  
Leve es el yugo, que pesado agovia  
A los miseros pechos donde vierte  
La discordia fatal negra ponzoña.*

*Por tí se pinta en el sereno rostro  
El placer que en los ánimos rebosa:  
Así la blanca y reluciente arena  
Se ve por el cristal de claras ondas.*

*Protégenos, ¡ó paz! hasta que el lazo  
Del conyugal amor la muerte rompa,  
Y de los dos las pálidas cenizas  
Cubra en eterna unión la misma losa.*

---

---

# ROMANCES.

---

## I.

### EL MAR EN ESTÍO.

Huyendo del rayo ardiente  
Que el sol á la tierra lanza,  
Busco, ó mar, en tus riberas  
La frescura regalada.  
¡O cuán sosegado ahora  
Con tus ondas azuladas,  
Roncamente murmurando  
Llegas á besar la playa!  
Luego esquivo te retiras,  
Mas en volver poco tardas,  
Y nuevamente la arena  
Cubres de espuma y la bañas.  
Rizando la superficie  
De tus cristalinas aguas,  
Vuela el céfiro, y refresca

Despues la tierra agostada.  
Mi pecho ansioso le aspira :  
¡Cuál su aliento me regala  
Templando el hirviente fuego  
Que en mis venas circulaba !  
Mas ya los linos hinchendo  
Hace que las naves partan,  
Y oprimen las corvas quillas  
Del mar la cerúlea espalda.  
¡Cuál vuelan ! ¡Con cuánta pompa,  
Cual si en el golfo reináran,  
Le cruzan , y en trianfo llevan  
La bandera desplegada !  
El cielo benigno os guie ,  
Y allá en las remotas playas  
No encontréis en vez del oro  
Guerra ó dolencias infaustas.  
Mas humildes y mas cuerdos  
Otros en ligeras barcas ,  
Aquí sin perder de vista  
Su familia y su cabaña ,  
Tienden las redes falaces  
Donde queda aprisionada  
Muchedumbre de vivientes  
Que libres antes nadaban.  
Los pescadores gozosos



Vuelven con la presa ansiada,  
 Y en la arena el tenaz diente  
 De las áncoras se clava  
 Cual afanosas hormigas  
 Que corren atropelladas  
 Al muerto insecto, y le cercan,  
 Y le asen con voraz ansia:  
 Así de mozos membrudos  
 Y de mugeres tostadas  
 Confuso tropel acude,  
 Y á los barcos se abalanza.  
 La presa en cuévanos hondos  
 Al punto se desembarca,  
 Y del pescado latiente  
 Brillan al sol las escamas:  
 Al sol, que ya fatigado  
 Va á apagar su inmensa llama  
 En las olas de occidente,  
 Tornándolas encarnadas.  
 ¡Qué espectáculo presenta  
 El universo! De grana  
 Y oro esplendente en ocaso  
 Véñse las nubes pintadas;  
 Rico pabellon que cubre  
 Las eminentes montañas,  
 Do la púrpura se mezcla

Con el verde de su falda.  
De rubíes tachonado  
Muéstrase el mar; se resbalan  
Las ondas, y en cada una  
El sol su imágen retrata.  
Huye el color rubicundo,  
Y en repentina mudanza  
Se doran, y resplandecen  
Como topacios las aguas.  
Oro es la cumbre del monte,  
Oro las nubes que vagan  
Por el eter, rayos de oro  
Cruzan el aire y me encantan.  
Mas esta ilusion vistosa  
Huye tambien, y me engaña.  
Verdes se tornan los montes,  
Y azules las ondas claras;  
Pinta el cárdeno las nubes,  
Y anuncia la noche infausta.  
¡Infausta!.... No; que los vientos  
No rugen con cruda saña  
Como allá en el triste invierno  
Cuando los pinos desgajan.  
Entonces sí que la noche  
Es tenebrosa y aciaga,  
Y ofrece visiones tristes

Que al débil mortal espantan.  
 Álzanse como gigantes,  
 Y tienden sus negras alas  
 Anunciando horror y muerte  
 Las destructoras borrascas.  
 Del mar hierve el hondo seno,  
 Y sus olas agitadas  
 Van á estrellarse bramando  
 Sobre la costa escarpada.  
 ¡Ay entonces de la nave,  
 Que pérdida y solitaria  
 Por los desiertos undosos  
 A merced del Boreas vaga!  
 Mas ahora todo es sosiego,  
 Todo dulzura y bonanza,  
 Y no se oye mas que el soplo  
 De las susurrantes auras.  
 Por la bóveda celeste  
 Sube en su trono de nácar  
 La luna con faz risueña,  
 Lanzando el pesar del alma.  
 Juega su luz en el golfo,  
 Y reverberan las aguas,  
 Y sus corrientes parecen  
 Raudales de pura plata.  
 Corren entonces alegres

Mil jóvenes á la playa,  
Que durante el largo día  
Ardorosos palpitaban.  
Con presteza de sus hombros  
Sueltan la enojosa Holanda,  
Y cual ágiles atletas  
En el piélago se lanzan.  
Cortan nadando las olas,  
Y una confusa algazára  
Se mezcla al ronco murmullo  
Del mar que las rocas baña.  
En otra parte festivas,  
Y hermosas como las gracias,  
Las ninfas al mar se entregan,  
Y él las mece y las halaga.  
Mas de repente maligno  
Hincha sus olas y brama,  
Y á la ribera arenosa  
Ellas huyen espantadas.  
Así las blancas palomas  
Cuando el milano amenaza,  
A su pacífico albergue  
Con vuelo rápido marchan.  
No estrañéis, ciegas beldades,  
Que con súbita mudanza  
La aparente mansedumbre

Del mar se convierta en saña.  
 ¿Qué es vuestro pecho inconstante  
 Sino imagen que retrata  
 De ese voluble elemento  
 Las vicisitudes varias?  
 Ora escuchais cariñosas  
 Las lisonjeras palabras  
 Del amante enternecido,  
 Y todo es gozo y bonanza:  
 Ora los rabiosos zelos  
 Os alucinan y ensañan;  
 Y á veces por mero antojo  
 Alarde haceis de inhumanas.  
 ¡Feliz solo el que en los brazos  
 De una esposa dulce y casta  
 Ve deslizarse las horas  
 Que cual leves sombras pasan!  
 Un puro amor los estrecha:  
 No turban sus quietas almas,  
 Ni el recelo tormentoso  
 Ni la pèrfida inconstancia.  
 Bendice su union el cielo:  
 En prole inocente y grata  
 El amor se reproduce  
 Que á los consortes abraza.  
 Así tranquilos el valle

Cruzan de esta vida amarga,  
 Cual arroyo cristalino  
 Que manso las flores baña ;  
 Y no como el mar undoso,  
 Imágen de la inconstancia,  
 Que ya se ofrece risueño,  
 Ya rugiendo al orbe espanta.

## II.

## EL SOLITARIO.

En los agostados campos  
 Reinaba el Estío ardiente,  
 Y un aura blanda mecia  
 Los rubios dones de Céres.  
 Hunde en el nublado ocaso  
 El sol su dorada frente,  
 Y la tormenta en el aire  
 Su velo fúnebre tiende.  
 Entretanto por un valle  
 Donde no hay humano albergue,  
 Marcha el guerrero Gonzalo  
 Solo, abatido y doliente.  
 Viste pavonada cota,  
 Y de la cimera penden

Negras plumas , demostrando  
El duelo amargo que siente.  
Lleva en la cuja su lanza ,  
Que un alto pino parece ,  
Con morada banderola  
Que el céfiro apenas mueve.  
Todo es yermo solitario  
Do quiera los ojos vuelve  
El adalid , y no lejos  
Ve una montaña eminente.  
Pero ya el trueno en el valle  
Retumba , se inflama el eter ,  
Y cae serpeando el rayo ,  
Y el pino erguido se enciende.  
Bufa el bridon espantado ;  
Clávale el noble ginete  
La espuela , y al pie de un cerro  
Veloz llega y se detiene.  
Otra vez hórrido estalla  
El trueno , y súbitamente  
Rásgase la negra nube ,  
Y el agua cae á torrentes.  
Bajo un roble corpulento  
El adalid se defiende ,  
Y un edificio en la cumbre  
Del monte ver le parece.

Entre resinosas jaras,  
 Sube y peñascos pendientes,  
 Y un arruinado castillo  
 A la vista se le ofrece.  
 Pálida alumbra la luna  
 Que sale del turbio oriente,  
 Aquel sitio pavoroso,  
 Digna mansion de la muerte.  
 De un lado y otro Gonzalo  
 Los inquietos ojos vuelve;  
 Y encamínase á una puerta  
 Que mira cerrada al frente.  
 Con el cuento de la lanza  
 Pulsa, y respondiendo en breve  
 Un anciano respetable  
 Preséntase cortesmente.  
 De su macilento rostro  
 Barba plateada pende,  
 Y sus macerados miembros  
 Cubre sayal penitente.  
 ¿Quién es, dice, el que perdido  
 Auxilio buscando viene?  
 Un caballero cristiano  
 A quien persigue la suerte,  
 Repone el huésped — Si alivio  
 Un anciano daros puede



Que del pesar en la escuela  
 Ha aprendido á condolerse ;  
 Entrad, señor, que á lo menos  
 Paz hallaréis en mi albergue,  
 Y quien serviros procure  
 Con voluntad obediente.  
 El cielo tantas bondades,  
 Responde el guerrero, premie,  
 Y saltando en tierra abraza  
 Al anciano estrechamente.  
 Puesto el bridon á recaudo,  
 Una escalera descenden,  
 Que á la estancia conducia  
 Donde el solitario duerme.  
 Allá en la bóveda oscura  
 Crugir se oye roncamente  
 La armadura de Gonzalo  
 Cuando sus plantas se mueven.  
 En el fondo de la estancia  
 Arde una luz tristemente,  
 Y á su reflejo sombrío  
 La cruz sagrada aparece.  
 Rústico asiento, labrado  
 Por sus manos toscamente,  
 A Gonzalo el cenobita  
 Para descansar ofrece.

Deja el escudo y la lanza,  
Y siéntase, y hondamente  
Suspirando, así dá rienda  
Al martirio que padece.  
¡Feliz, venerable anciano,  
Quien de los hombres alevés  
Huyendo, en la soledad  
Goza tranquilos placeres!  
Y no como el desdichado  
Que no halla quien le consuele,  
Y gravemente ofendido  
Su triste vida aborrece.  
Al decir esto suspira,  
Y alto silencio sucede,  
Como el que reina en la tierra  
Antes que la nube truene.  
Así mi pecho agitado,  
Le replica el penitente,  
Fue un tiempo víctima triste  
De las pasiones cruëles.  
Mas pronto desengañado  
De venturas aparentes,  
Que cual sirenas halagan,  
Y con su encanto nos pierden;  
Busqué en estas soledades  
El puro y almo deleite,

Que otorga el cielo á quien huye  
 De los mundanales bienes.  
 Pero desahogad conmigo ,  
 Señor , el pecho doliente ,  
 Si el mal que le martiriza  
 Este anciano saber puede.  
 Amor , responde Gonzalo ,  
 Me atormenta de esta suerte ,  
 Y el mal ha llegado á punto ,  
 Que ya remedio no tiene.  
 Una pérfida muger  
 Que amarme juró por siempre ,  
 En la ausencia me ha vendido  
 Por otro , y ya me aborrece.  
 Pero no de esta ventura  
 Gozar largo tiempo espere  
 Mi odioso rival ; que pronto  
 Se la robará la muerte.  
 Con esa lanza.... ¿Es posible ,  
 Repone con alma ardiente  
 El anciano , que oprimida  
 La pátria por los infieles ,  
 Un caballero cristiano  
 Así dominar se deje  
 De una pasion vergonzosa  
 Que le amengua y envilece ?

La gloria á la lid os llama:  
 Vuestro hierro se ensangrienta  
 En los árabes tiranos,  
 Y no en cristianos ginetes.  
 ¿A la fé del Salvador  
 Que ultrages tantos padece,  
 Preferiréis el encanto  
 De una belleza que leve  
 Como el viento, ya dispensa  
 Favor, ya injustos desdenes?  
 Olvidadla; que no es digna  
 Doncella que así procede,  
 Del amor de un caballero  
 Que prez honrosa merece.  
 No envidieis á ese enemigo  
 Una ventura aparente;  
 Que de igual alevosía  
 Él será víctima en breve.  
 Dijo; y cual lluvia copiosa  
 Que oportuna al campo viene,  
 Cuando asolador incendio  
 Corre del bosque á las mieses;  
 Así templa el solitario  
 Con su razonar prudente  
 El volcan de amor y zelos  
 Que en el triste pecho hierve.

Por la cruz que al pecho lleva  
 El caballero promete  
 Así que raye la aurora  
 Partir á Jaen la fuerte;  
 Donde el Santo Rey Fernando  
 Preparando está sus huestes,  
 Para marchar á Sevilla,  
 A coger nuevos laureles.

## III.

## LA NIÑEZ.

Por el sonrosado oriente  
 Sale la aurora risueña,  
 Y su esplendor apacible  
 A los vivientes alegra.  
 Tú así en el mundo apareces,  
 Niñez inocente y tierna:  
 Los amores te acarician,  
 Las gracias siguen tus huellas.  
 En tu pecho bondadoso  
 No lidian pasiones fieras,  
 Ni la destructora espada  
 Empuña tu débil diestra.  
 Horror te escitan las armas;

Y si el cañon ronco truena,  
 Al seno que te dió vida  
 Llorosa y pálida vuelas.  
 La paz tan solo y los juegos  
 Te cautivan y embelesan,  
 Y no del oro ú del mando  
 La sed ansiosa te aqueja.  
 ¡Dichosa edad! ¡Cómo envidio,  
 Cuando el pesar me atormenta,  
 Al infante candoroso  
 Que en el campo se recrea!  
 ¡Cuál corre en pos de un gilguero!  
 ¡Cuál se afana! ¡Qué de vueltas  
 En vano dá! La avecilla  
 Burlándose de él, inquieta  
 Aquí alza el vuelo, allá posa,  
 Ora á la mano se acerca,  
 Ya la esquiva, y ya cansada,  
 Trinando de allí se aleja.  
 A la inquieta mariposa  
 Ora en una flor acecha,  
 Y con silenciosa planta  
 A par de sus alas llega.  
 La mano tímido tiende,  
 Y al coger la ansiada presa,  
 Huye á otra flor, y él suspenso

Contemplándola se queda.  
Su candor embelesada  
La amorosa madre observa,  
Le llama, y con dulces besos  
El engaño recompensa.  
Despues para entretenerle  
El íris bello le muestra,  
Que del cielo arrebolado  
Se lanza á la fértil vega.  
¡O cuál le admira y suspende  
El arco inmenso! A la tierra  
Asido le crée, y tocarle  
Impaciente ya desea;  
Mas luego se desvanece,  
Y la ilusion placentera  
Cual sombra rápida pasa,  
Y apenas gozarse deja.  
Tales son, niño inocente,  
Todas las venturas nuestras,  
Mudables como la luna,  
Como el viento pasageras.  
¡Triste de tí si algun dia,  
Dejando las que ahora anhelas  
Otras buscas, que engañosas  
Traen la amargura encubierta!  
Cual tú cándido otro tiempo

Tambien yo fuí: la pradera  
Mil recreos deleitosos  
Ofrecia á mi inocencia.  
Al retozon corderillo  
Ya acariciaba mi diestra,  
Y otras veces competia  
Con él en veloz carrera.  
Ora del espeso bosque  
En la intrincada maleza,  
Buscando el oculto nido,  
Pasaba la ardiente siesta:  
Ya el trompo en rápidos giros  
Con la resonante cuerda  
Correr hacia, ostentando  
Mi agilidad y destreza.  
Tal vez embebido alzaba  
Mi vista á la esfera inmensa,  
Y volar junto á las nubes  
Via al águila altanera.  
Todo era nuevo á mis ojos:  
Mas claro el sol, y mas bella  
El alba me parecia,  
Y mas pomposa la selva.  
Crecí, y amor.... Pero basta:  
Saber no debes mis penas;  
Que tú de amores no entiendes,



Ni los zelos te interesan.  
 Mas ya la officiosa madre  
 Siguiendo á su dulce prenda,  
 Con gozo inefable torna  
 A la pacífica aldea.  
 Allí junto al corvo arado  
 Su fiel consorte la espera,  
 Y en su pecho una y mil veces  
 Al hijo adorado estrechan.  
 Sigue á las tiernas caricias  
 La frugal y limpia cena,  
 Que con sencillo gracejo  
 El niño parlero alegra.  
 Luego al sabroso descanso  
 Este, rendido, se entrega,  
 Y en sueños al campo vuelve,  
 Y de nuevo se deleita.

## IV.

## LA JUVENTUD.

Lozana, inquieta y fogosa  
 Vuela atropellando riesgos,  
 La juventud tras el logro  
 De sus vehementes deseos.

Así la orilla del Betis  
Potro indómito y soberbio  
Corre, y á su lado el rio  
Humilde parece y lento.  
Lanza amor su ardiente flecha  
Contra el incauto mancebo,  
Que piensa encontrar la dicha  
Donde le aguarda el tormento.  
Por sus centellantes ojos  
Asoma el rápido fuego  
Que le devora, y abrasa  
Al idolatrado objeto.  
Cuando cubierto de sombras  
Yace el orbe en grato sueño,  
Él silencioso las puertas  
Abre del hogar paterno.  
Corre alegre á la morada  
De su bien, y en dulce acento  
Exhala sentidas quejas,  
Y promete amor eterno.  
Desde la reja le escucha  
Su amada, y le dá consuelo;  
Y hasta que brilla la aurora  
No cesa el coloquio tierno.  
¡Ah! si durára esta dicha!  
Mas no, que en breve los zelos

Asaltan al ciego amante,  
 Y martirizan su pecho.  
 De una mirada inocente,  
 De un urbano acatamiento,  
 Forma la ilusion un crimen,  
 Y finge un rival molesto.  
 A Dios entonces ternura,  
 Felicidad y sosiego,  
 Y coloquios deliciosos,  
 Y músicas y festejos.  
 Todo es pena, todo rabia:  
 El amador macilento  
 Y trémulo se presenta  
 Al ídolo de su afecto.  
 No es ya un esclavo rendido,  
 Sino un tirano violento,  
 Que ni aun conoce las leyes  
 Del decoroso respeto.  
 Ella defiende angustiada  
 Su virtud, y juramento  
 Hace de olvidar á un hombre  
 Tan osado y altanero.  
 ¡Vano propósito! En breve  
 De sengañado y mas cuerdo,  
 Perdon la pide el amante,  
 Y aviva de amor el fuego.

Así la pasión agita  
En desorden turbulento  
Al jóven que en su delirio  
De la razón rompe el freno.  
Otro, ambicioso de fama,  
Abandona el patrio suelo,  
Y surca el mar proceloso  
En busca de un mundo nuevo.  
Allí sagaz escudriña  
De la tierra el hondo seno,  
Y quiere á naturaleza  
Arrebatár sus secretos.  
En la mina tortuosa  
Ya observa el metal funesto  
Que la insaciable codicia  
Está ansiosa recogiendo ;  
Ya de allí sale, y osado  
Trepa el monte, y ve sereno  
En sus entrañas ardientes  
Hervir el volcan tremendo.  
Tal vez en la fría noche  
Pone su salud á riesgo,  
Observando de los astros  
El reglado movimiento :  
Tal vez con prolijo estudio,  
Campo y bosques recorriendo,

Extrañas plantas acopia,  
 Descubre vivientes nuevos;  
 Y de estos bienes cargado  
 Vuelve envanecido al puerto.  
 Al son de la marcial trompa  
 Se inflama el otro, que ciego  
 En pos de la gloria marcha  
 Con intrépido denuedo.  
 Ya á los tronantes cañones  
 Pone el acerado pecho;  
 Ya esgrime la ardiente espada,  
 Y víctimas caen sin cuento.  
 El fiero alazan que monta,  
 Arrojado como el dueño,  
 Huella con herrado casco  
 Armas, banderas y muertos.  
 Ora mas terrible suena  
 De la batalla el estruendo,  
 Y al claró sol oscurece  
 La nube del humo denso....  
 ¡Victoria, Victoria! Dadme  
 Laurel que ciña al guerrero  
 La sien polvorosa, suenen  
 En su loor gratos versos.  
 ¿Volverá á su amada pátria?  
 ¡Ay! no, que ya mas sangriento

Nuevas lides apetece ,  
Busca mas ricos trofeos.  
A perecer , desdichado ,  
Corres , de tu madre lejos ,  
Que detesta acongojada  
Tu temerario ardimiento.  
¡Cuán otros son tus placeres,  
Jóven pacífico y tierno,  
Que á las placenteras musas  
Dedicas el fugaz tiempo.  
¡Con qué espresion enamoras!  
¡Cuán puro y noble es tu afecto!  
Y si en retratar te empleas  
El bellissimo universo ,  
¡Con qué viveza se imprimen  
En mi mente los objetos!  
La corriente cristalina  
Oigo del manso arroyuelo ,  
Y allá entre las verdes ramas  
Del céfiro el blando aliento.  
Si de Abril pintas la noche ,  
Serena y cándida veo  
La luna , que el ancho espacio  
Va solitaria corriendo.  
Entonces el orbe yace  
En adormído silencio ;

Y esta paz y este reposo  
 Yo embelesado contemplo.  
 ¡Gloria á tu lira! Por siempre  
 Resuenen sus dulces ecos,  
 Y en buen hora á otros inflame  
 Del cañon el ronco trueno.

## V.

## LA VEJEZ.

Salud, venerable anciano,  
 Benigno el cielo te guarde  
 Para enseñar con tu ejemplo  
 La virtud á los mortales.  
 Al borrascoso tumulto  
 De pasiones inconstantes  
 Ha sucedido en tu pecho  
 La bonanza inalterable.  
 Sereno el alba te encuentra  
 Cuando á despertarte sale,  
 Sereno te ve la noche,  
 Que amedrenta á los culpables.  
 Tú del deleite engañoso  
 No gustas el fatal cáliz;  
 Ni el error ya te seduce

Con ilusiones falaces.  
Para tí el dorado alcázar  
Es triste y penosa cárcel ;  
Y esclavos de la fortuna  
Los orgullosos magnates.  
Mientras ellos de sus vicios  
Y su pompa hacen alarde ,  
El anciano bondadoso  
Al campo tranquilo sale.  
En su nevado cabello  
Juega el céfiro suäve ,  
Regalándole de paso  
Con mil aromas fragantes.  
Entonces de nueva vida  
Siente su pecho animarse ,  
Y en éxtasis delicioso  
Contempla el orbe admirable.  
¡Qué de escenas lisongeras  
Le ofrece el tendido valle  
Cuando el sol desde occidente  
Dora los montes y sauces!  
¡Cómo recrean su oído  
Los dulcísimos cantares  
Del ruisenor que á su amada  
Llama al amoroso enlace!  
« ¡Dichoso retiro! exclama :



- » Aquí está, aquí la inefable
- » Virtud con reposo eterno
- » Brindando al hombre inconstante.
- » Aquí la verdad ofrece
- » Sus tesoros celestiales ,
- » Que la envidia no emponzoña,
- » Ni el tedio molestos hace.
- » Do quiera gratos objetos
- » Acuden á deleitarme ;
- » Ya vuelva al campo los ojos,
- » Ya al firmamento los alce.
- » Allá en el inmenso espacio
- » Me embelesa el sol radiante,
- » Cuando torrentes de fuego
- » A los planetas reparte :
- » Acá las doradas mieses
- » Y el candoroso semblante
- » Del labrador me recrean ,
- » Haciendo el retiro amable.
- » ¡ Venturoso una y mil veces
- » El que en estas soledades
- » Los bienes goza del campo
- » Libre de inquietos afanes!
- » En su pecho no se abriga
- » La ambicion loca, insaciable,
- » Ni á turbar su quietud viene

- » La trompa del fiero Marte.
- » Liberal le ofrece el suelo
- » Sustento abundoso y fácil,
- » Las pieles caliente abrigo,
- » Grata diversion las aves.
- » Tal fue del hombre inocente
- » En las primeras edades
- » La vida, cuando aun el oro
- » No compraba los pesares.”

Así discurre el anciano,  
Que con afan incansable  
Allá en sus años floridos  
Corrió tras bienes fugaces:  
Engañóle la fortuna,  
Juguete fué miserable  
Del error, y el desengaño  
Le ahuyentó de las ciudades.  
El desengaño prudente,  
Que sin mentidos disfraces,  
Retrata cual es al mundo  
Frívolo, falso y mudable.  
Por eso cuerdo el anciano  
Huye de la turba frágil,  
Que tras vanas ilusiones  
Corre incauta á despeñarse:  
Por eso el retiro busca,

Y los campestres hogares,  
 Donde al insolente vicio  
 No ve rendir homenages;  
 Donde la aleve calumnia  
 Su hiel amarga no esparce,  
 Ni hollado por la injusticia  
 Gimiendo el mérito yace.  
 ¡Dichosa edad, en que el hombre  
 Caminar sereno sabe  
 Al sepulcro, donde á un tiempo  
 Riquezas y honores caen!  
 Así cristalino arroyo  
 Cruza sosegado el valle,  
 Y muere en el hondo rio  
 Cerca de su verde márgen.

## VI.

## EL SEPULCRO DE ELISA.

Ya muere el dia: en ocaso  
 Una luz dudosa y breve  
 Lucha con las pardas sombras  
 Que por do quiera se estienden.  
 Reina el silencio en el campo,  
 Y apenas del aura leve

Al blando soplo las copas  
De los árboles se mecen.  
Por un valle solitario  
Marcha Celio lentamente,  
Hondos suspiros lanzando  
A la mansion de la muerte,  
Donde á la ominosa sombra  
De arrayanes y cipreses  
Yace su esposa adorada,  
Cual flor que el arado hiere.  
No tan preciosas cenizas  
Guarda el mármol, ni aparece  
Grabado de Elisa el nombre  
Con dorados caracteres:  
Un rústico monumento  
Alzado en el blando césped,  
A la virtud candorosa  
Mejor que el mármol conviene.  
Llega Celio ; ante el sepulcro  
Se arrodilla reverente,  
Besa la fúnebre piedra,  
Y tiernas lágrimas vierte.  
Despues de largo silencio  
En que á su turbada mente  
La felicidad pasada  
Se representa mil veces,

¡Qué breve , exclama , es la dicha!  
 ¡Cuán deleznables los bienes  
 Que á los míseros mortales  
 El mundo engañoso ofrece!  
 Yo el mas feliz de los hombres  
 Fuí.... De tan dulces placeres  
 Solo me queda el recuerdo  
 Para mas entristecerme.  
 ¡O muerte odiosa! ¿qué hiciste?  
 ¿Por qué no esgrimes , aleve,  
 Tu guadaña , y á la tumba  
 Me arrojas dó Elisa duerme?  
 ¡Mas ay! que tú siempre injusta,  
 Del infeliz desatiendes  
 Los ruegos , y á los dichosos  
 En tus venganzas prefieres.  
 ¿Quién ¡ay! amará la vida?  
 ¿Quién no ansiará su fin breve  
 Por huir de estos martirios  
 Que jamás alivio tienen?  
 Dijo ; y apenas el eco  
 El último acento vuelve ,  
 Cuando el pavoroso sitio  
 Se ilumina de repente.  
 Un bellissimo mancebo  
 Desde las nubes desciende

Volando, cual amorosa  
Paloma que al nido vuelve.  
Su faz noble y peregrina  
Como un astro resplandece,  
Y de las cándidas alas  
Rayos de luz se desprenden.  
En el sepulcro de Elisa  
Para, y á Celio se vuelve,  
Y con voz que dulce halaga,  
Le consuela de esta suerte.  
No así, mortal engañado,  
Te angusties ni desesperes;  
Que Elisa en el alto empíreo  
Goza de inmortales bienes.  
Imítala en sus virtudes,  
Y con ella para siempre  
Serás feliz. Esto dicho,  
La vision desaparece.  
Celio postrado dá gracias  
Al cielo que le protege,  
Y á la virtud entregarse  
Con pecho firme resuelve.  
Cubre de flores la tumba,  
Y suspira tiernamente,  
Y absorto en dulces memorias  
A su hogar desierto vuelve.

## VII.

## LA PRIMAVERA. (\*)

Ya torna alegrando al mundo  
 La risueña Primavera,  
 Y reverdecen los campos,  
 Y viene el amor con ella.  
 De la luz el astro hermoso  
 Prolonga el día en la tierra,  
 Y el brillante azul del cielo  
 No encubren las nubes densas.  
 Al arroyo cristalino  
 No enturbia horrible tormenta,  
 Y el céfiro las escarchas  
 Disuelve en fecunda vena.  
 Atravesando los mares  
 La golondrina parlera  
 Viene en busca de su nido,  
 Que el labrador la reserva.  
 Suenan los trinos suaves  
 De la amable Filomena,

(\*) Este romance y el siguiente son traducciones del francés.

Y eco fugaz los repite  
 En los montes y las selvas.  
 En las transparentes olas  
 El plateado cisne juega,  
 Dobla el cuello, á erguirle vuelve,  
 Se sumerge, la cabeza  
 Vuelve á sacar, y prendado  
 De su gracia y su belleza,  
 Con agilidad y brio  
 Por el estanque navega.  
 ¡Qué gozo dó quier se siente!  
 ¡Qué alegría en las aldeas!  
 El cefirillo acaricia  
 Y mece la blanda yerba,  
 Dó saltan los corderillos  
 Con graciosa ligereza.  
 Mas ya el caramillo escucho,  
 Y zagales y doncellas  
 Veo danzar á la sombra  
 De un olmo; y allá en la vega  
 Otros á par de un arroyo  
 Decirse finas ternezas.  
 Dejad, amigos, el lecho,  
 Y al campo venid á priesa  
 A gozar de los placeres  
 Que ofrece la Primavera;



Que despues el crudo invierno  
 Vendrá á dominar la tierra,  
 Y en breve tambien la muerte  
 Trocará en luto las fiestas.

## VIII.

## EL INVIERNO.

Ya el aquilon tormentoso  
 Vuelve á entristecer el orbe,  
 Y marchito yace el campo  
 Sin verdor que le colorea.  
 Todo perece : en el valle  
 Correr cual antes no se oye  
 El arroyuelo , y de nieblas  
 Se cubre el ancho horizonte.  
 La escarcha oprime de nuevo  
 El álamo ya deforme ,  
 Que ornato fué de la selva  
 En la estacion de las flores.  
 Precursoras del invierno  
 Lasavecillas veloces  
 Se lamentan en el aire  
 Con desapacibles sonos ,  
 Y en busca de otros paises

Con ala rápida corren.  
Dejémoslas que se acojan  
A otros campos y otros montes,  
Mientras nosotros tranquilos,  
Y resguardados del norte  
A par del fuego, nos damos  
A gratas meditaciones.  
A par del fuego deliran,  
É inspirados se suponen,  
Y luego mónstruos abortan  
Mil insípidos autores;  
Pero tambien junto al fuego  
En la silenciosa noche  
Produce el sábio un escrito  
Que le dá inmortal renombre.  
En aquella antigua quinta  
Situada en un cerro, donde  
En torno al hogar se juntan  
Los sencillos labradores;  
El mas anciano les cuenta  
Con rústicas espresiones  
De un zagal y una serrana  
Las travesuras y amores.  
El uno alegre sonrie,  
Otro dormita; quien oye  
Extático el cuento, y quiere

Que hasta el alba se prolongue,  
 Tal vez refiere el anciano,  
 Con voz que grima les pone,  
 El cuento de unos bandidos  
 O de un alma en pena. Entonces  
 Todos se apiñan creyendo  
 Que el pálido espectro, enorme,  
 Alzándose de la tumba  
 Por detrás viene y los coge.  
 Allá en la humilde cabaña,  
 Junto al hogar limpio y pobre,  
 La madre con sus hijuelos  
 Rie libre de temores.  
 Su esposo desde la aurora  
 Está en el cercano bosque  
 Clavando en la añosa encina  
 Mil veces del hacha el corte.  
 Cae el árbol, y su frente  
 Que arrojó del rayo el golpe,  
 Ahora presa de las llamas  
 Calentará á los pastores.  
 ¡Árbol pomposo! Ya nunca  
 Será que tu sombra gocen,  
 Ni el sábio que en paz venia  
 A meditar sus lecciones,  
 Ni las aves que en tus ramas

Trinaban dulces y acordes.  
Cuando grata primavera  
A alegrar el mundo torne  
Y á regenerar los campos,  
Ornada la sien de flores,  
No verás á la zagala  
Que en amorosas prisiones,  
Gozando tu fresca sombra,  
Aguardaba á su consorte.  
Tu destino semejante  
Es, árbol triste, al del hombre,  
Que cuando se cree seguro,  
Y firme, cual tú en el monte;  
Corta su vida la Parca,  
Disipa sus ilusiones,  
Y le convierte en cenizas  
Como el fuego al duro roble.

---

## ELEGIAS.

—

## I.

*A la muerte de la Excma. Sra. Duquesa de Frias.*

Salud, campo sombrío;  
 Morada del silencio y de la muerte,  
 Salud; en tu recinto pavoroso  
 La pena exhalaré del pecho mio.  
 La soledad, el fúnebre reposo  
 De estas calladas tumbas, la tristura  
 Del erguido ciprés, el negro manto  
 Que la medrosa noche al aire tiende,  
 Caros objetos son á mi quebranto.  
 Cual triste meteoro aquí descende,  
 Sombra de Osián, y el arpa que tañas  
 Cuando en aciagos dias  
 Cantabas de tu Oscár la desventura,  
 Y la temprana muerte de Malvina,  
 Suene mas triste, y en el mármol hueco  
 De los sepulcros frios,  
 El canto del dolor repita el eco.

¿Qué valen, ¡ay! la gracia peregrina,  
 La discrecion, el halagüeño encanto  
 De una beldad contra la parca fiera?  
 Ella su brazo destructor levanta,  
 Y la belleza cae cual tierna planta  
 Que destroza en la quinta placentera  
 El sañudo huracan. Así lozana  
 Cayó la dulce esposa  
 Del noble prócer, mi bondoso amigo,  
 Ayer ornato de la Corte hispana,  
 Y hoy triste polvo. En horfandad llorosa  
 Del conyugal amor la cara prenda  
 Corre del padre al seno atormentado,  
 Y con él gime, y á su madre llama.  
 En vano aguardas que tu voz atienda,  
 Niña inocente: el cielo ha separado  
 Con abismo profundo  
 Tu ternura y su amor: no se halla senda  
 Que de la eternidad torne á este mundo.  
 ¡Y nunca, nunca en el salon brillante  
 Do competir se ven tantas bellezas,  
 Descollará cual palma la elegante  
 La discreta Piedad! ¡Nunca en mi oido  
 Volverá á resonar aquel acento  
 Con que su lábio el pecho conmovia;  
 Ya derramando en tierno sentimiento

Bálsamo de consuelo al afligido;  
Ya inspirando la paz y la alegría  
Cuando en tono festivo razonaba,  
Y bella se mostraba  
Como la aurora al anunciar el día!....  
Así la vió brillar maravillado  
El Betis en su plácida ribera,  
Y luego el mar que las murallas baña  
De la ciudad de Alcides,  
Cuando la noble España  
Juró no recibir ley estrangera,  
Y opuso el pecho á las sangrientas lides.  
Fué entonces de su esposo  
Angel consolador, fué compañera  
Impávida en el trance peligroso  
Cuando el cañon tronaba,  
Y junto al puro lecho de himeneo  
La estrepitosa bomba reventaba.  
Tras el carro triunfal de la victoria  
La vió despues llegar el Manzanares,  
Ufana con la gloria  
Del esposo feliz, que recobrando  
Los perdidos hogares,  
Su amor cantaba, y sin igual ventura  
Con dulce lira y con acento blando.  
Ecos son hoy de duelo y amargura

Los que fueron de amor. Roto en el suelo  
 Yace el laúd sonoro :  
 Y en la estancia ducal ayer henchida  
 De placer inefable ,  
 Y ya cubierta de enlutado velo ,  
 Nunca se oirán pulsar las cuerdas de oro.

Mas ya por el desierto inmensurable  
 Del éter azulado  
 Guía la blanda luna silenciosa  
 El carro nacarado :  
 Con su pálida luz bañarse veo  
 El grande mausoléo  
 Donde por siempre la beldad reposa.  
 ¿Es ilusion, ó inmóvil contemplando  
 El sarcófago triste allí aparece  
 Solitario un mortal? Hondo gemido  
 Se exhala de su pecho y me estremece.  
 De esposa el nombre tierno  
 Pronuncia con acento dolorido....  
 Él es: ¡qué de amargura  
 La viudez ha vertido en aquel pecho  
 Donde antes se albergaba la ventura!  
 ¿Consolarle podré?... ¡Mísero amigo!  
 ¿A qué en este lugar de olvido eterno,  
 De eterna desunion buscar amores ?  
 Todo lo devoró la tumba fria ,



Insensible á gemidos y dolores.  
 Ella guarda tambien la prenda mia ,  
 El fruto de mi amor. No hay esperanza,  
 No hay compasion aquí. — Ni yo la imploro :  
 Deja libre correr mi amargo lloro ,  
 Deja que un aire impuro aquí respire ;  
 Que al pie del mármol , en oscura noche ,  
 Ante el pálido espectro que horroriza ,  
 Yo solitario espire ,  
 Y que en la misma tumba sepultado  
 Donde yace mi bien , su pecho al mio  
 Se junte , y su ceniza á mi ceniza .

— Si en ciego desvarío

Corre el triste mortal arrebatado  
 De una pasion insana ,  
 Cual leve arista por el rauda viento ,  
 ¿Qué vale la razon? Justo es , amigo ,  
 Sentir , llorar : la gracia sobrehumana ,  
 Y la tierna bondad guarda esa tumba ;  
 ¿Mas será tan acerbo el sentimiento  
 Que tu pecho magnánimo sucumba ?  
 ¡Ay! sin tí , ¿qué sería  
 De esa inocente que el consuelo espera  
 De su padre no mas? Torna á sus brazos ;  
 Dejémos esta lúgubre morada  
 Donde tu lastimera

Voz se pierde en el seno de la nada.  
 Un vale sempiterno  
 Dí á tu querida esposa, y en ferviente  
 Plegaria que hasta el trono del Eterno  
 Lleve la Religion con lengua pura,  
 Pide que en lazo de inmortal ventura  
 Os estreche á los dos eternamente.

## II.

## EL SUICIDIO.

Ya con ceñuda frente  
 En el nebloso Támesis reinaba  
 El invierno inclemente.  
 El turbulento mar ronco bramaba,  
 La tormenta anunciando,  
 Y á la flotante nave amenazando :  
 La nave que opulenta  
 Del Ganges remotísimo volvía  
 A saciar de Damon la sed del oro  
 En que su pecho codicioso ardía ;  
 Mas vano es su esperar, que ya violento  
 El vendaval asalta al frágil pino,  
 Y le estrella en la playa peñascosa,  
 Y gentes y tesoro

Húndense en espumoso remolino.  
 Subido en la atalaya descollante,  
 Pálido y azorado,  
 Ve su barco Damon ya zozobranter.....  
 Ve su fin desastrado;  
 Y cual de inculto bosque en la espesura  
 El rápido huracan brama deshecho,  
 Así el mísero exhala de su pecho  
 El hirviente furor, y su fortuna  
 Frenético maldice una vez y otra,  
 Y vuelve á maldecir en ronco acento;  
 Hasta que al fin cansado  
 De repetir al aire vanas quejas,  
 A su mansion camina despechado.  
 Allí su casta esposa,  
 Dechado de virtud y tierno afecto,  
 Le espera cuidadosa  
 En ademan doliente suspirando,  
 Y al ver de su Damon el fiero aspecto,  
 Y los airados ojos centellando,  
 Tierno llanto derrama,  
 Y de su mal la causa le pregunta.  
 Él con trémula voz, ¿no viste, exclama;  
 El mar sañado hincharse,  
 Rugir, abrirse luego, y mi navío,  
 Y mi dicha con él y mi esperanza

- En sus hondas entrañas sepultarse?
- « ¿Y tu dicha con él y tu esperanza,
- » Repite la infeliz, y el amor mio
- » Aun á darte consuelo ya no alcanza?
- » ¡Ay! cuan otro Damon era aquel dia
- » En que eterno cariño me juraba
- » Al enlazar su mano con la mia,
- » Entonces no alentaba
- » Su pecho el interés: dichoso entonces
- » Conmigo y apacible,
- » Placer solo y amor era su vida.
- » Mas luego que á surcar el golfo horrible
- » Tras el oro lejano
- » Le enseñó por mi mal un falso amigo,
- » Fué al amor la riqueza preferida,
- » Al gozo la inquietud; y en vano, en vano
- » Con ruego cariñoso
- » Quise atajar la rápida violencia
- » De una servil pasion que me robaba
- » El corazon amante de un esposo.
- » Ella venció por fin.... ¿Y la opulencia
- » Anhelada lograste
- » En cambio del amor que abandonaste?
- » ¡Ay! vuelve á la razon, vuelve al cariño
- » Que brindándote están con mejor suerte.
- » La granja deleitosa

» Y los fértiles campos que en su muerte  
 » Dejó mi padre amado ,  
 » Te volverán la calma venturosa  
 » Que la instable fortuna te ha llevado.  
 » Allí de la feraz naturaleza  
 » Los dones cogerémos ,  
 » Y en rústica llaneza  
 » Felices y envidiados vivirémos.”

Cual suele en una noche tenebrosa  
 Brillante aparecer la blanca luna  
 Saliendo de una nube tempestosa,  
 Luego en otra esconderse ,  
 Y en mas densa tiniebla oscurecerse ;  
 Así en tanto que suena  
 De la afligida esposa el tierno acento,  
 Rie la paz serena ,  
 Y temple del avaro la fiereza.  
 Mas vuélvele á aquejar el pensamiento  
 De su fatal riqueza  
 Con doblado furor , y le domina,  
 Y solo á muerte y destruccion le inclina.  
 No mas, no mas consuelo : arrebatado  
 El bárbaro consorte  
 Deja á su compañera y sus hogares ,  
 Y de hierro mortal el brazo armado ,  
 Lleva á un bosque vecino sus pesares.

¡Ay! detente, crüel, mira á tu esposa ;  
 Mírala congojosa  
 Tu ausencia lamentar : vuelve , ¡infelice!...  
 ¿Se engaña mi deseo ,  
 O en medio de la selva ya le veo  
 Su planta detener sobresaltado  
 Al ruido estrepitoso del torrente ,  
 Que arrebatadamente  
 Cae de aquel alto monte despeñado ?  
 Héle inmóvil y yerto y silencioso  
 Su estado contemplar : ora le espanta  
 Con su abismo insondable  
 La angusta eternidad ; ora angustioso  
 A la posteridad lleva su mente ,  
 Y allí ve á la justicia inexorable  
 Su memoria infamando ,  
 Y horribles maldiciones  
 En su tumba desierta pronunciando.  
 Mas luego en contrapuesta alternativa  
 Las gratas ilusiones  
 Del placentero amor se le presentan ,  
 Y su ánimo enternecen abatido.  
 ¡Ay! cuál luchan con él y le atormentan  
 Encontradas pasiones !  
 Ya empieza con acento dolorido  
 Su martirio á exhalar.... Acude , vuela ,

Esposa desdichada,  
 Arrójate á sus brazos desalada,  
 Y blanda y amorosa le consuela.  
 Mas ¡ay! en vano; que el feroz despecho  
 Ya le asalta otra vez y le enagena,  
 Y no hay consuelo á tan amarga pena....  
 ¿Qué escucho? ¡El mortal golpe! ¡Justo cielo!  
 Damon yace en la tierra ensangrentado,  
 Y á su inocente esposa ha sepultado  
 En eterna viudez y desconsuelo.

## III.

## LA SOMBRA DE WOLSÉO:

*traducción libre del inglés.*

Era el Otoño: solitario y triste,  
 Una áspera maleza atravesaba,  
 Lejos de mi mansion; mientras del cielo  
 La noche en lento giro descendía.  
 Suena la tempestad: la escucho absorto,  
 Y miro al occidente, y de improviso  
 La escasa luz que me alumbraba muere.  
 Ni un compañero fiel mis pasos guía,  
 Ni me presta benigno algún planeta

Su dulce resplandor: aun á mis ojos  
 Niega su luz la solitaria choza  
 Donde el afan reposa adormecido.  
 Grato me fuera allí de la campana  
 El lúgubre tañir que muerte anuncia,  
 Grato del can el penetrante aullido.  
 Mas ¡ay! todo pavor, silencio todo  
 Era en torno de mí: solo del trueno  
 El terrible estallido se escuchaba.  
 Cerca ya de la márgen tortüosa  
 Me hallaba del Orwel, donde el altivo  
 Wolséo respiró la vez primera,  
 Cuando un vivo esplendor rápidamente  
 Lanza las sombras: al horror sucede  
 Alegre claridad; y dulce calma  
 Al ruido de los vientos sonoros.  
 Un respetable anciano se aparece  
 Con noble magestad: bella escarlata  
 Ciñe su blanca sien augustamente,  
 Y desplegando al aire un rico manto  
 De púrpura lustrosa tiñe el suelo.  
 «¿Dónde, ó mortal, me dijo, te encaminas  
 »Solo y perdido en tenebrosa noche?  
 »¿Mueve acaso tu planta fatigada  
 »Sed de riqueza ó de ensalzado mando?  
 »Declara tu deseo, y el camino



»Fácil te mostraré ; que yo otro tiempo  
 »Hollé la senda del poder glorioso,  
 »Gocé de la ambicion el alto premio ;  
 »Y de aquella arboleda el fresco toldo  
 »Troqué por el dosel de los monarcas.  
 »Mas no solo en mi bien supe elevarme ,  
 »Tambien hice que ardiera en noble orgullo  
 »El rústico arador : tambien osado  
 »Al pastor arranqué de su cabaña  
 »Para dar leyes y guardar el trono.  
 »Yo vi á mis pies rendidos los magnates,  
 »Pendientes de mi voz altos imperios :  
 »Mi palabra era ley , deber mi antojo ,  
 »Mi sonrisa placer , muerte mi ceño .”  
 ¡Cuitado yo ! respondo : no la gloria  
 Ni el oro ni el poder me descaminan  
 Por esta soledad : busco un amigo,  
 Un triste que de amores adolece,  
 Y en la tierna amistad halla consuelo.  
 Él ni ilustres honores darme puede  
 Ni aumento á mi heredad : un puro afecto  
 Me conduce á su hogar , y dejo el mio ,  
 Que entre coposos olmos abrigado ,  
 Lejos de este lugar , cercan dos montes.  
 Allí la fiera saña menosprecio  
 Del cierzo silvador : alegre Mayo

Sus árboles pomposos engalana,  
 Y en apacible sombra me adormece.  
 Cuando un sincero amigo de mi albergue  
 Pisa el herboso umbral, ¡ó cuál entonces  
 En gozosa cancion resuena el campo!  
 Mas al par que detesto la codicia,  
 En ansia de hacer bien arde mi pecho;  
 Y aunque grato no suene en mis oidos  
 El eco de la fama estrepitoso,  
 Su halagüeño murmullo me deleita.  
 Sé que á mi estado humilde los honores  
 Reservados no están, ni mi entereza  
 A vil adulacion puede abatirse;  
 Mas si aumentar mis tierras y ganado  
 Pluguiese á un potentado generoso,  
 ¡Con cuánta gratitud le bendijera!  
 Respóndeme ahora tú, que te apareces  
 Cual ardiente cometa desdeñando  
 La suerte de un zagal, si yo á la gloria  
 Aspiro y al poder, ¿mas escabrosa  
 La senda no será que á ellos me guie?  
 ¿No gemiré agoviado con el peso  
 De la injusta maldad? ¿Dolosamente  
 No habré de encarecer al que desprecio,  
 Y al amigo infamar? ¿Ni mis acciones  
 Ha de acechar la falsedad traidora,

O la envidia crüel para perderme?  
 Si paso al fin entre copiosa turba  
 La puerta del favor para acercarme  
 Del sublime poder al gran teätro,  
 ¿Fuera no ha de quedar desconocida  
 La incorrupta verdad que me acompaña?  
 Y cuando la fortuna en su reflujo  
 Instable me abandone, sin dejarme  
 Un amigo leäl para consuelo,  
 ¿No he de llorar por que perdí mi albergue,  
 De los frondosos olmos abrigado?  
 ¡Ay! si á costa de infamia y sinsabores  
 Se compra ese poder, no me detengas:  
 Permíteme gozar con un amigo  
 De la virtud el celestial deleite.  
 Turbada la vision clavó sus ojos  
 Tristemente en la tierra; y suspirando,  
 Como sombra fugaz desvaneciöse.

**EL MESTAS.**

CANTATA, IMITANDO A METASTASIO.

*Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.*

VIRGIL.

Era la noche en que nacer debía  
 El Salvador del mundo;  
 ¡Noche de gloria y parabien! Gozoso  
 Preparábase el cielo  
 A celebrar misterio tan profundo,  
 Mientras la tierra lóbrega yacía  
 En lánguido reposo.  
 Súbito brilla la celeste esfera,  
 Y la luz esplendente  
 Del Jordan en las aguas reverbera;  
 Inclina el alto Líbano su frente,  
 Y la florida cima del Carmelo  
 Suavísima fragancia  
 Exhala cual jamás. Pulsa entretanto  
 En dulce consonancia  
 La turba angelical las arpas de oro:

Oid, oid ; que el delicioso canto  
Empieza ya del resonante coro.

Gloria , gloria al ansiado Mesías  
Que aparece cual astro radiante :  
Tiemble , tiemble el tirano arrogante  
Que lanzó á la virtud del Eden.

Ya cesaron , mortales , los dias  
De tinieblas , de afan y amargura :  
Paz os lleva y eterna ventura  
El cordero que nace en Belén.

Oyen el dulce canto los pastores  
De la comarca de Belén ; y al cielo ,  
Que sobre ellos derrama sus favores ,  
Piden que el fortunado  
Sitio les muestre dó nació el Mesías.  
De augusta pompa y resplandor cercado,  
El mensagero celestial descende  
En nube nacarada  
De purpúreos matices adornada ,  
Que cual rayo veloz el aire hiende.  
Cercano ya á la tierra el paraninfo  
Suspende de la nube el raudo vuelo ,  
Y con sonora voz , cual los vivientes  
Oir nunca lograron en el suelo ,  
Dice así á los pastores inocentes :

«Paz, ó mortales: del Eterno el Hijo,  
 »El Rey de Reyes en humilde cuna  
 »Por vuestra causa llora:  
 »Allá en aquel albergue solitario,  
 »Que resplandece cual la blanca aurora,  
 »Le hallaréis reclinado  
 »En miserables pajas: adoradle;  
 »Que á vosotros es dado  
 »Este favor, de la inocencia en premio,  
 »Antes que á otros humanos. Del oriente  
 »Luego reyes vendrán, y ante el Mesías  
 »Inclinarán su frente,  
 »Presentando obsequiosos  
 »Aromas olorosos,  
 »Y oro del rico Ofir. Ved ya cumplido  
 »Lo que vuestros mayores anhelaron,  
 »Y lo que en misteriosas profecías  
 »Los sacros cisnes del Jordan cantaron.  
 »¡Qué benéficas obras, qué portentos  
 »Jerusalen verá! Luz repentina  
 »Disipará del ciego vacilante  
 »La tiniebla horrorosa:  
 »Los que en el lecho del dolor postrados  
 »Aguardan de su vida congojosa  
 »El postrimer instante,  
 »Del lecho saltarán alborozados;

»Y el que con voz naciendo aprisionada  
 »Demandar el sustento no podia,  
 »Cantará en este día  
 »Las alabanzas de Jehová. La guerra  
 »Bramará entre cadenas aherrojada,  
 »Y paz no perturbada,  
 »Y alegres dias gozará la tierra.”  
 Dijo, y voló al empíreo, y el sonoro  
 Canto se oyó otra vez del alto coro.

El orbe agradecido  
 Adore al sol naciente,  
 Que lanza de la mente  
 Las sombras del error.  
 Del hombre desvalído,  
 Y esclavo de la pena,  
 Hoy rompe la cadena  
 El sacro Redentor.

En celestial amor enardecidos  
 Los cándidos pastores  
 Al solitario albergue se encaminan.  
 Vedlos ¡qué enternecidos  
 Ante el pesebre incómodo se inclinan,  
 Donde yace humillado  
 El Rey del universo! ¡O Dios! ¡qué escena  
 De ternura y amor! La Vírgen madre

Extática y llorosa  
 Adora al Hijo, y trémulo y pasmado  
 José imita el ejemplo de su esposa,  
 De tiernos recentales pura ofrenda  
 Presentan á la madre conmovida  
 Los zagales sencillos,  
 Y cantan en seguida  
 Al grato son de dulces caramillos.

*Coro de pastores.*

Celebrémos el dia glorioso  
 En que baja del cielo la paz,  
 Y el Mesías nos brinda amoroso  
 De la eterna ventura á gozar.

*Un pastor solo.*

Cual huye velozmente  
 La niebla tenebrosa,  
 Al punto que en oriente  
 Risueño brilla el sol:  
 Así la pena odiosa  
 Del alma desaparece,  
 Al ver que resplandece  
 La luz del Salvador.



*Otro pastor.*

Jamás se vió en el cielo  
 Tan plácida y tan bella  
 Lucir la blanca estrella  
 Que anuncia al rubio sol ;  
 Cual brilla, y dá consuelo  
 Al ánima angustiada  
 La Madre bienhadada  
 Del justo Salvador.

## CORO.

*Celebrémos el día glorioso, etc.*

## EL FESTIN DE ALEJANDRO,

Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

## ODA

*para cantarse en el día de Santa Cecilia, compuesta  
por el célebre Dryden, y traducida del inglés.*

---

En festin ostentoso  
De Persia la conquista celebraba  
El hijo de Filipo victorioso.  
De augusta pompa y magestad cercado,  
En el sólio encumbrado  
El orgulloso vencedor se alzaba.  
Sus invictivos caudillos  
Le cercan reverentes,  
Coronada la sien de mirto y rosas,  
Cual deben coronarse los valientes.  
Al lado está del rey su Tais querida,  
Digno asiento ocupando,  
Cual esposa oriental enriquecida  
De beldad sobrehumana,  
Su juventud lozana,  
Sus halagüeñas gracias ostentando.

¡O mil veces dichoso guerrero!  
 ¡O feliz la que goza tu amor!  
 Solo el jóven que esgrime el acero  
 De una hermosa merece el favor.

En medio á un ancho y resonante coro  
 El cantor Timoteo descollaba,  
 Y su laud sonoro  
 Con dedos agilísimos pulsaba.  
 Sube al olimpo el vibrador sonido,  
 Dejando á quien le escucha  
 En celestial deleite embebecido.  
 Por Jove empieza el remontado canto,  
 Por Jove que abandona  
 Su trono sacrosanto,  
 Y en dragon convirtiéndose tremendo,  
 Marcha rápidamente.  
 Orbes forma vistosos impeliendo  
 El escamoso cuerpo reluciente;  
 Y se acerca rendido á Olimpia bella,  
 Y un Dios, imágen suya, imprime en ella.  
 El concurso admirado  
 Al escuchar el canto arrebatado,  
 Aquí está la deidad, clama aplaudiendo:  
 La bóveda retumba, el eco en ella  
 Repite «la deidad» en ronco estruendo.

El héroe complacido  
 Lo escucha, y engréido  
 Un Dios allá en el sólio  
 Intenta parecer.  
 Cual Jove omnipotente  
 Movi6 su altiva frente,  
 Creyendo en su delirio  
 La esfera estremecer.

Luego el músico entona suavemente  
 De Baco la cancion, del dulce Baco  
 Siempre bello y ardiente.  
 Resuenen los clarines y atambores,  
 Que ya llega triunfante  
 El placentero Dios: vedle risueño,  
 Y en purpúreos colores  
 Encendido su cándido semblante.

Dad á las flautas  
 Suáve aliento,  
 Que ya contento  
 Se acerca el Dios.

Baco alegre, Baco hermoso,  
 De placeres inventor,  
 El soldado halla gozoso  
 Un tesoro en tu licor.

Rico tesoro,  
 Dulce sabor,

El néctar de oro

Templa el dolor.

Con el canto de Baco lisonjero  
 Se engrie el Macedon, y allá en su idea  
 Denodado pelea,  
 Las pasadas batallas renovando.  
 Al enemigo fiero  
 Tres veces desbarata en su porfia,  
 Tres al que muerte dió la muerte envia.  
 Ve el pecho del monarca Timoteo  
 En furor encenderse,  
 Su faz enrojecerse,  
 Sus ojos centellar: le ve insolente  
 Al cielo y á la tierra provocando,  
 Y su orgullo demente  
 Va con arte imperiosa refrenando.  
 En la afectuosa lira  
 Hace sonar un tono lastimero  
 Que llanto solo y compasion inspira,  
 Y canta al generoso, al gran Darío  
 Por el fatal destino derribado  
 De su alto poderío;  
 Para siempre ¡infelice! derribado,  
 Y en su sangre bañado:  
 Los mismos que algun dia  
 De mercedes colmó, ya le abandonan:

En su angustiosa pena  
 No halla de la piedad el dulce abrigo,  
 Y muere el triste en la desierta arena,  
 Sin que cierre sus ojos un amigo.

Ya triste y abatido  
 Contempla el soberano  
 Cuán varia del humano  
 La suerte viene á ser.

Su pecho enternecido  
 Suspira en tal quebranto:  
 Sus ojos tierno llanto  
 Empiezan á verter.

Luego el músico diestro sonriéndolo  
 Llama al travieso amor, y al punto llega;  
 Que la piedad, el pecho enterneciendo,  
 Blando al amor y dócil se le entrega.  
 A los números lidios dulcemente  
 Ajusta su cantar, y el alma inclina  
 De Alejandro al placer: la guerra, dice,  
 Es confusion y ruina,  
 Vana pompa el honor, nunca saciado,  
 Siempre en nuevas conquistas empeñado,  
 Siempre matando, y destruyendo siempre.  
 Ya que al mundo rendir triunfante quieres,  
 Tambien el mundo en el reposo es grato,  
 Goza, goza tambien de sus placeres.

El héroe rendido  
 Al dulce sonido ,  
 Su llama amorosa  
 No puede ocultar.  
 Se vuelve á la hermosa,  
 La mira ,  
 Suspira ,  
 Y absorto al mirarla  
 Volvió á suspirar.  
 Por Baco y el amor al fin vencido,  
 El vencedor ilustre se enardece,  
 Y de Tais en los brazos se adormece.  
 Pulsa otra vez la lira Timoteo ,  
 Y mas bronco es el son y mas ruidoso :  
 Del sueño perezoso  
 Que embarga al Macedon , rompe los lazos,  
 Y despierta azorado cual si oyera  
 En tempestad furiosa  
 Rasgarse y retumbar la ardiente esfera.  
 ¿ Le veis la frente alzar sobrealzado  
 Al eco aterrador del instrumento ,  
 Y la vista tender maravillado  
 Por la estancia espaciosa ,  
 Cual si en aquel momento  
 Se alzára de la tumba silenciosa?

Venganza, grita el músico, venganza.  
 Ved las horribles furias levantarse,  
 Sus encorvadas sierpes irritarse,  
 En el aire silvar, y de sus ojos  
 Abrasadas centellas dispararse:  
 ¡Mirad cuántos espectros aparecen  
 Con hachas encendidas!  
 Sombras de griegos son que en la batalla  
 Perdieron ¡ay! sus vidas,  
 Y en la arena sangrienta .  
 Aun yacen insepultos y sin gloria:  
 Venganza, pues, venganza á tal afrenta.  
 Ved cual tienden sus brazos agitando  
 Las antorchas ardientes,  
 Con ellas señalando  
 Los palacios del Persa, y de sus dioses  
 Los templos refulgentes.  
 Con feroz alegría  
 Aplauden los invictos campeones;  
 El monarca se irrita,  
 Y á destruir las pérsicas mansiones  
 Armado de una antorcha los incita.  
     La amante va serena  
     A par del Macedon,  
     Y á ejemplo de otra Helena



Abrasa otra Ilión (\*).

Así en aquella era,  
 Antes que el viento hinchado  
 Al órgano solemne aliento diera,  
 Con la mágica lira Timoteo  
 Ya el pecho á los deleites arrastraba,  
 Ya en frenética rabia le inflamaba.  
 Vino por fin Cecilia,  
 De conciertos vocales inventora,  
 Y el ardor de su pecho religioso,  
 Y el celestial ingenio que atesora,  
 La esfera de la música ensancharon ;  
 Y en arte misterioso  
 Mas graves sus acentos resonaron.  
 Ceda el lauro á Cecilia Timoteo,  
 O entre los dos al menos se divida ;  
 Que si él logró hasta el cielo  
 Elevar á un mortal ; ella dichosa  
 A un ángel hizo descender al suelo.

(\*) Estos versos cierran el cuadro magnífico que presenta esta admirable composición, y por consiguiente aquí debería concluir ; pero como era preciso decir algo de Santa Cecilia, para cuya festividad se compuso la oda, añadió Dryden los siguientes versos, que á juicio de los mejores críticos desdican mucho de los demas : sin embargo yo, á fuer de fiel traductor, no me he atrevido á suprimirlos.

## DUPONT RENDIDO.

ROMANCE HERÓICO (\*).

Alienta, ó Pátria mia ; ya tu cuello  
 No agoviará la bárbara cadena  
 Con que el déspota fiero de las Galias  
 Postrarte quiso en servidumbre eterna.  
 A tí noble y constante patriotismo  
 Su gloria y libertad debe la Iberia :  
 Tú mi númen serás ; tú que no dictas  
 Canciones al tirano lisonjeras.  
 Las cítaras pulsad, hijos de Apolo ,  
 Que el vencedor Castaños ya se acerca :  
 Dadme lauro inmortal con que sus sienes  
 En justo galardón ciña mi diestra :  
 Mientras allá en el sόlio ensangrentado  
 El Corso usurpador llora su afrenta,  
 Y ardiendo en sed horrible de venganza  
 Víctimas pide á sus legiones fieras.  
 No mas, mónstruo, no mas : pasó aquel dia,  
 Dia de luto y maldición eterna,

(\*) Se publicó por primera vez en 1808.

En que Madrid sus hijos indefensos  
 Vió á la muerte llevar. ¡Perfidia horrenda,  
 Que con oprobio del francés cobarde  
 La fama llevará de lengua en lengua!  
 ¿Oís los tristes ayes que aun exhalan  
 Las inocentes víctimas? Ya abiertas  
 Veo sus tumbas, y en fatal silencio  
 Mil pálidos espectros salir de ellas.  
 Salud, reposo eterno á vuestras almas,  
 Mártires de la pátria; mi ternura  
 En tributo os consagra aqueste llanto  
 Que de mis ojos corre en larga vena.  
 ¿Pedís venganza? sí: venganza justa:  
 Vuestro ronco clamor al cielo llega,  
 Al cielo los gemidos dolorosos  
 Del desvalído huérfano, las quejas  
 De la indefensa viuda, y los suspiros  
 Que lanza España toda lastimera.  
 Venganza y exterminio del tirano:  
 El voto universal aqueste sea;  
 Y el águila rapaz póstrese humilde  
 Ante el leon rugiente de la Iberia.  
 Del Pirineo al Potosí remoto  
 Quiso altiva volar: síguela ciega  
 La ambicion del tirano, y de dos mundos  
 Árbitro omnipotente se contempla.

Pero no lo será; que ya glorioso  
 Del Bétis en las márgenes amenas  
 Se alza un libertador, un héroe invicto  
 Que humillará del mónstruo la soberbia.  
 Al arma grita, y el profundo rio  
 En sus sonoras ondas la voz lleva,  
 Y el eco del guerrero repetido  
 Ronco retumba en la fragosa sierra.  
 Copiosas huestes por dó quier acuden;  
 Ya la trompa marcial aguda suena;  
 Y el fogoso caballo inquieto y libre  
 La crin eriza, y á la lid se apresta.  
 Entretanto Dupont sube orgulloso  
 El alto monte con su vil caterva;  
 Y puesto allá en la cima: ved, les dice,  
 Las fértiles llanuras que os esperan.  
 Allí Córdoba está: sus grandes templos  
 Os ofrecen segura y rica presa.  
 Como el lobo traidor que hambriento sale  
 Del bosque umbrío, y con veloz carrera  
 Llega al redil donde le asalta y hiere  
 El vigilante can; así sangrientas  
 Las huestes de Dupont bajan al llano  
 Tras el oro fatal que tanto anhelan.  
 Mas tú al encuentro sales, tú el primero,  
 Valiente Echeverría, la pelea

Trabas, hieres, y tiemblan á tu vista  
 Los vencedores de Austerlitz y Jena.  
 Pero en su muchedumbre confiados  
 Ánimo cobran, y el combate empeñan  
 Con frenético ardor: trueno espantoso  
 El ardiente cañon: el suelo tiembla,  
 Y en copioso raudal sangre enemiga  
 Corre á vengar la derramada nuestra.  
 Pero no en aquel dia la venganza  
 Completa fue: con desiguales fuerzas  
 Lidiaba el español; que de otro modo  
 Los enemigos todos perecieran.  
 Sálvanse muchos, el feroz caudillo  
 Amedrentado y pálido los lleva,  
 Como el pastor su tímido rebaño,  
 Y con ellos en Córdoba se encierra.  
 ¿Dónde está el triunfo con que entrar pensabas  
 En la hermosa ciudad? ¿De tu soberbia,  
 De tu ambicion qué fué? Levanta, insano,  
 Esa frente abatida y macilenta.  
 ¿No ves la sombra del tercer Fernando  
 Que indignada te mira? Tiembla, tiembla,  
 Polvo serás si te persigue el brazo  
 Que deshizo las huestes agarenas.  
 Mas no, tú vivirás; el justo cielo  
 Lo ordena así, para que humilde veas

Tu oprobio y tu baldon, para que rindas  
 A los pies de Castaños tus banderas.  
 Ya marcha contra tí con firme planta,  
 Denodado, invencible: tal se muestra  
 El terrible leon cuando á la lucha  
 Le llama el tigre en la africana selva.  
 Como tigre Dupont, ora sañudo  
 Pugna por avanzar, y su fiereza  
 Y su impotente esfuerzo en la constancia  
 Del español impávido se estrellan.  
 Ora mas cauteloso á los ardides.  
 Recurre... Ya no es tiempo: la cautela  
 Para entrar en España os ha valido,  
 Mas no, traidores, no para vencerla.  
 Acosado por fin, y mal seguro  
 El caudillo enemigo desalienta,  
 Y en vergonzosa fuga con sus tropas  
 Silencioso de Córdoba se aleja.  
 Persíguenle otra vez nuestros guerreros,  
 Y en Andújar se esconde: así la cierva  
 Huyendo del lebrel salta de un soto  
 Y corre al otro, y la maleza espesa  
 Pasagero le dá y escaso abrigo  
 Hasta que de su muerte el plazo llega.  
 Tambien llegó, Dupont, tu fatal ruina:  
 Ya en la ciudad peligros, ya te estrechan...

¿A dónde irás? ¡ó mísero! ¿El camino  
 Buscas aún de la encumbrada sierra?  
 Corre á perderte , pues, que allá te aguardan,  
 Cerrando el paso , el animoso Peña,  
 El gallardo Reding, y otros valientes  
 Señalados en ínclitas proëzas.  
 Te vencerá el primero con quien luches....  
 Mas la suerte esta gloria te reserva  
 A tí, Reding, que cual inmoble roca  
 En medio de las olas turbulentas,  
 Firme recibes el sangriento choque,  
 Firme contrastas la enemiga fuerza.  
 Llegó de la venganza el feliz día?  
 Herid, matad; á compasion no os muevan  
 Esos verdugos, que con ciega rabia  
 Nuestros templos profanan y saquean,  
 Talan los campos, y al infante débil  
 Y á los ancianos tímidos degüellan.  
 Esos los invencibles se llamaron,  
 Y á vosotros rebeldes.... En el Sena  
 Será, pérfidas almas, rebeldía  
 La gloriosa lealtad que nos alienta.  
 Mas ya Dupont exánime y sumiso  
 Pide una honrosa paz. ¡Demanda necia!  
 Honra á los que pelean por la pátria,  
 Pero al falso traidor infamia eterna.

«No admito pactos de alevosa gente ;  
A discrecion se rindan ó perezcan.»  
Dice así el gran Castaños , y esperando  
Éstá del enemigo la respuesta ;  
Mientras éste agitado y vacilante  
Lucha con el temor y la vergüenza.  
Resuélvese por fin ; y silencioso ,  
Y clavados los ojos en la tierra ,  
Pone á los pies del héroe castellano  
La espada allá en el Norte tan funesta.  
Gloria al ilustre vencedor : de palmas  
El camino sembremos , que ya llega  
En el carro triunfal : sonoros himnos  
Suenen en su loor : corre á las puertas ,  
Venturoso Madrid , y agradecido  
De tu libertador la planta besa.

---



AL FELIZ ALUMBRAMIENTO  
DE LA REINA NUESTRA SEÑORA.

---

OCTAVAS.

Del piélago sonoro de occidente  
Inmensa nube de vapor sombrío  
Se alza tal vez, y eclipsa de repente  
La roja luz del abrasado Estío.  
Pálido el labrador, del rayo ardiente  
Despojo teme ver su caserío;  
Y el helado granizo á mas le espanta  
Que la dorada mies fiero quebranta.

---

Pero ni el rayo asolador encierra  
La oscura nube, ni la piedra fria,  
Sino la fresca lluvia que á la tierra  
Próvido el cielo por su bien envia.  
Cae mansamente el agua en la alta sierra,  
Y torna al seco valle la alegría:  
Píntase el Iris con matiz hermoso,  
Que paz anuncia y plácido reposo.

Aun mas que el labrador triste se azora  
 La ilustre Mántua cuando ve á CRISTINA  
 Pálida como luz de turbia aurora,  
 Lanzando de su boca peregrina  
 Un ¡ay! doliente: el pueblo que la adora  
 Sus mústios ojos á la tierra inclina,  
 Temiendo ver en el alcázar fuerte  
 La imágen pavorosa de la muerte.

---

Mas alza luego á la celeste esfera  
 Su faz bañada en lágrimas rogando  
 Al eterno Hacedor, y placentera  
 Escena se le ofrece. Relumbrando,  
 Mas que radiante sol de primavera  
 La imágen mira del tercer Fernando,  
 Que así le alienta con hablar sonoro  
 Desde la nube recamada de oro.

---

«Magnánima nacion que mi 'estandarte  
 »Intrépida siguiendo hasta Sevilla,  
 »Al moro que pensaba esclavizarte  
 »Doblar sumiso hiciste la rodilla:  
 »Siempre el Eterno se dignó escudarte,  
 »Y propicio á tu ruego y fé sencilla,  
 »Salvó á tu Rey de esclavitud odiosa,  
 »Y hoy patrocina á la adorada Esposa.

»Del empíreo feliz raudo descende  
 »El ángel protector ; cesa el quebranto  
 »En el dorado alcázar cuando tiende  
 »Sobre él su vuelo el paraninfo santo....  
 »Cumplido está el mensaje ; ya se estiende  
 »Del grato parabien el dulce canto :  
 »Ya el fruto besan del amor dichoso  
 »La tierna Madre y el augusto Esposo.

---

»Retrato fiel de la virtud materna,  
 »Trasunto de sus gracias y hermosura,  
 »Será la que hoy desalentada y tierna  
 »Lágrimas dá en tributo. á la natura.  
 »Tras este gozo la Bondad eterna  
 »Os guarda, no dudeis, mayor ventura :  
 »Un Príncipe tendréis, iberos fieles,  
 »A quien dará la gloria sus laureles.

---

»En su pecho veréis cuál se retrata  
 »La virtud de sus ínclitos mayores,  
 »Y en cuanto el ancho imperio se dilata  
 »Sonarán dulcemente sus loores....  
 »Mas ya FERNANDO al Hacedor acata  
 »Postrado respondiéndole á sus favores :  
 »Seguid, hijos de Mántua el alto ejemplo,  
 »Y en himnos de piedad resuene el templo."

Dijo; y no de otra suerte que el sonido  
 Del arpa en blandos ecos espiraba  
 Cuando ante el arca del Señor rendido  
 El augusto Profeta la pulsaba;  
 Del santo Rey así desvanecido  
 El fatídico aliento dulce acaba.  
 El aire iluminado se oscurece,  
 Y la vision hermosa desaparece.

---

Retumba en tanto al anunciar la nueva  
 El tronante cañon, y hasta la cumbre  
 Del frio Guadarrama el eco lleva  
 Anuncio tan feliz: la muchedumbre  
 Himnos de gratitud al cielo eleva,  
 Que no dicta la ignoble servidumbre:  
 Y en la márgen del claro Manzanares  
 Oyense resonar dulces cantares.

---

Gloria al Monarca que á su pueblo inspira  
 Tan acendrado amor: gloria á la bella  
 Deidad que el castellano absorto mira  
 Cuando en la corte como sol destella.  
 Hijos de Apolo, sus; pulsad la lira,  
 Alegres cantos entonad con ella;  
 Que ya cesó el dolor, y ledo el gozo  
 Hinche la mansion régia de alborozo.

¿Oís el eco de robusta trompa  
 Pronto correr la inmensidad del cielo?...  
 Ella es, la Fama, que en alegre pompa  
 Camina rapidísima: á su vuelo  
 ¿Cuál nube se opondrá que ella no rompa  
 Hasta llegar á la region del hielo?  
 Su voz oyen á un tiempo el Hecla frio,  
 Tostado el Atlas, y el Pirene umbrío.

---

Y se escucha en las márgenes amenas  
 Del cristalino Turia, dó ceñida  
 La sien de verde lauro y azucenas,  
 Primavera dá al campo alegre vida.  
 En medio á la ciudad cuyas cadenas  
 Rompió el invicto Cid, su esclarecida  
 Sombra aparece: el suelo se ilumina,  
 Y glorias mil el héroe vaticina.

---

Cantan las bellas ninfas de Valencia,  
 Cual otro dia, ¡ó Reina! en que dichosas  
 Gozaron de tu angélica presencia,  
 Sembrando el suelo de amaranto y rosas.  
 A su voz en suäve competencia  
 Las riberas del Bétis deliciosas  
 Con ecos apacibles corresponden,  
 Y las ninfas del Tajo les responden.

\*

Alza su frente el caudaloso Duero,  
 Y rompe el velo de la niebla fria,  
 Para escuchar el himno lisongero  
 Que el castellano fiel al cielo envia.  
 En la márgen estensa del Ibéro (\*)  
 Se repite la plácida armonía,  
 Y el Fluvia alza su voz en gozo tanto,  
 Y en el lejano Miño se oye el canto.

---

Ved cuál se enlazan, y en compás festivo,  
 Al grato son de cítara sonante,  
 Con pie hieren la tierra fugitivo  
 Las gracias y el amor, y rozagante  
 El feliz himeneo. Compasivo  
 El pecho de Amaltea, la abundante  
 Copia derrama sobre el suelo hispano,  
 Y dicha eterna ofrece al Soberano.

---

(\*) El Ebro.

## EPÍSTOLA Á UN AMIGO:

*escrita desde el monasterio de Guisando (\*).*

---

En tanto que la corte seductora  
 Te ofrece, Arnaldo, con risueño aspecto  
 La copa del deleite, yo tranquilo  
 De un cláustro en el retiro silencioso  
 Contemplo la virtud. ¡ Ah! ¡ que engañados  
 Corren los hombres tras la vana gloria,  
 Tras el oro, el poder! Dulces sirenas  
 Son al principio estos falaces bienes,  
 Y luego mónstruos que devoran. Huye,  
 Huye de ellos, amigo, y ven al campo,  
 A este retiro ven, donde natura  
 Bienes y paz en profusion derrama.  
 ¡ Con qué dulzura en los frondosos bosques  
 Donde respira el aura mansamente  
 De tu laud resonarán las cuerdas!  
 El plácido sosiego de este sitio.

(\*) Este monasterio está situado en un desierto á corta distancia de San Martín de Valdeiglesias.

Su grata amenidad y de las fuentes  
 El bullir murmurante, tiernos himnos  
 Convidan á entonar. Embelesado  
 Gozo aquí el espectáculo grandioso  
 Que á describirte va tímido el númen.  
 Entre dos altos montes, cuyas cumbres  
 Corona airosamente el pino erguido,  
 Una vega se tiende dilatada,  
 Que abunda en rica mies: cuando en oriente  
 Reina glorioso el sol, y las espigas  
 Se mueven ondëando al blando soplo  
 Del aura matinal, el valle inmenso  
 Un piélago dorado representa.  
 Al mismo tiempo arreboladas brillan  
 Las transparentes nubes, y vestido  
 De espléndido ropaje el universo  
 Se presenta á la vista. ¡O! ¡quién me diera  
 Poder pintar la magestuosa pompa  
 Con que el sol marcha en su carroza de oro,  
 El gozo universal, los gratos himnos  
 Que en el campo resuenan, y esta vida,  
 Este nuevo vigor que el pecho siente!  
 Tuyo es, ó sol vivificante, el fuego  
 Que en las hondas entrañas de la tierra  
 Circula y nutre el arraigado gérmen,  
 Que luego brota en deliciosa planta.



Tuya es, ó padre augusto de la aurora,  
 La gala de los campos, tuyo el brillo  
 Con que trémulo el lago reverbera.  
 ¿Y tú, Arnaldo, sumido en esa impura  
 Mansion de los deleites, ni este gozo  
 Sentirás que me alienta, ni esta escena  
 Magnífica verás? ¡O malhadado  
 Quien el aura vital del bosque umbrío  
 No puede respirar!.... Mas ya el ardiente  
 Sol se remonta, y en torrentes lanza  
 Su irresistible fuego: grata sombra  
 Y paz me ofrece la frondosa sierra  
 Dó tienen los austéros cenobitas  
 Su quieto albergue: de la cumbre al llano  
 En rústico desórden esparcidas  
 Veo mil y mil plantas. Aquí tiende  
 Un espeso nogal sus anchas ramas,  
 Y al par compite la pomposa higuera:  
 Allá el olmo coposo, el mirto oscuro,  
 Y de Minerva el árbol favorito,  
 Un bosquecillo forman apacible,  
 Que refresca una fuente cristalina.  
 Desde ella un arroyuelo murmurando  
 Deslízase fugaz, y á bañar corre  
 El lúgubre ciprés que de las tumbas  
 Recuerda la quietud, y el verde lauro,

Que del grande Maron ciñó la frente,  
 ¡ Con cuánta magestad entre dos robles  
 Descuella este castaño corpulento!  
 Su tronco envejecido por tres siglos,  
 Dá sombra á una caverna tortüosa  
 De hiedra revestida: aquí los rayos  
 Jamás penetran del ardiente Febo,  
 Aquí el silencio reina: este el albergue  
 De un solitario fué. Yo te saludo,  
 Mansion de la virtud; tu fresco seno  
 Me guarece del sol, tu almo retiro  
 De la humana perfidia me defiende.  
 Aquí mi pecho un aire refrescante  
 Aspira con placer: aquí mi oído  
 Con el blando susurro se deleita  
 Del enjambre afanado que en un roble  
 Labra el dulce panal. Así las horas  
 En que el fogoso Sirio tiraniza  
 Los agostados campos, entretengo  
 En dulce calma y regalado temple.  
 Viene la tarde, y de occidente sopla  
 El céfiro travieso, y en las ramas  
 Se mece y juega, y desde allí se lanza  
 Al claro arroyo y las alillas bate,  
 Encrespando las ondas sonoras.  
 Sale á espaciarse entonces por la sierra

El cenobita humilde, en cuyo rostro  
 La paz y la inocencia se retratan.  
 Con él me asocio, y en coloquio grave  
 Ora las maravillas ensalzamos  
 Del eterno Hacedor; ora los vicios  
 Lamentamos del hombre, que el hermoso  
 Cuadro del universo desfiguran.  
 Del sol poniente los dorados rayos  
 Nuestra atencion despiertan, y volviendo  
 Los ojos al ocaso, tras el monte  
 Vemos medio escondido el disco inmenso  
 Del fatigado sol: su frente augusta  
 Ornada va con arrebales de oro  
 Y viva grana, que despues se torna  
 En cárdeno color. Allá al oriente  
 La cresta de los montes se ilumina  
 Con sonrosada luz, mientras el valle,  
 Hondo y sombrío, de la noche anuncia  
 La próxima venida. Otros objetos  
 Ya apenas se distinguen que las piedras  
 Donde quedó de César victorioso  
 La funesta ambicion eternizada. (\*)

(\*) Los monumentos de piedra conocidos con el nombre de toros de Guisando existen en el valle que aquí se describe á poca distancia del monasterio. Tienen mas

Aquí en esta llanura, caro amigo,  
 Los infelices hijos de Pompeyo  
 Lidiaron por la pátria: sepultados  
 Yacen aquí tambien los generosos,  
 Los valientes hispanos, que en defensa  
 De la oprimida Roma combatieron.  
 Mas ¡ay! en vano; la fortuna osada  
 Arrancando el laurel á la victoria,  
 Ciñó al usurpador la altiva frente.  
 Triste silencio, soledad medrosa  
 Reinó despues en el profundo valle.  
 Al estrépito de armas y caballos,  
 Al ronco son de las marciales trompas,  
 Suspiros desmayados sucedieron  
 De mil pálidas sombras: ahora mismo  
 Que la enlutada noche va tendiendo  
 Su manto pavoroso, tristes ayes  
 Paréceme que suenan en mi oido.  
 Repaso con dolor la amarga historia  
 De la humana ambicion, hasta que alzando  
 La vista al firmamento, de los astros  
 La inmensa muchedumbre me arrebatá.

bien la figura de elefantes sin trompa, y en sus cuerpos  
 están esculpidas varias inscripciones, por las que se vé  
 que en aquel sitio se dió una reñida batalla entre César  
 y los hijos de Pompeyo.

Del polo al sur con rapidez corriendo,  
 Mis codiciosos ojos examinan  
 Innumerables mundos separados  
 Con inmensas distancias. ¡O prodigio!  
 ¿Qué fuerza impele á tan enormes globos,  
 Sin que jamás en su veloz carrera  
 Un punto se estravien? ¿Cuál fué el soplo  
 Que encendió tantos soles? ¿De su fuego  
 Dónde el pábulo está? Mi mente absorta  
 Se pierde en este piélago insondable,  
 Y adora al Hacedor.... Raya entretanto  
 Allá en oriente la apacible lumbre  
 De la amorosa luna, que triunfante  
 Sale á enseñorear las pardas sombras.  
 Lleno su disco, enrojecido, ofrece  
 Una imágen del sol; mas pierde luego  
 El color rubicundo, y su faz muestra  
 Bella y luciente cual bruñida plata.  
 Tornan á aparecer campos y montes  
 Que el manto de la noche cobijaba;  
 Mas no pintados con hermosas tintas,  
 No en gradacion luciente separados,  
 Obra del claro sol; confusa escena,  
 Dudosa luz, objetos engañosos,  
 Me ofrece el campo solitario. ¡Ay triste!  
 Que entonces mil amargos pensamientos

Asaltan al espíritu angustiado  
 En confuso tropel. Las ilusiones  
 Del mentido placer vuelan cual sombra,  
 Y alza su voz en el latiente pecho  
 El inflexible juez que me censura.  
 «¿Qué hiciste, exclama, en el abril florido  
 »¿De tu vida, ó mortal? Suelta la rienda  
 »A tus locas pasiones, desoyendo  
 »De la razon el saludable aviso,  
 »Corriste en pos del criminal deleite.  
 »Aquí entretanto la virtud tranquila,  
 »Ora en éxtasis dulce, de natura  
 »Los sublimes prodigios contemplaba,  
 »Ora en ferviente súplica al Eterno  
 »Por el mortal culpado intercedia.  
 »Tiempo es de enmienda ya : la fria tumba  
 »Se abre tal vez, ansiando devorarte.”  
 Así clama la rígida conciencia;  
 Y yo trémulo torno al santo albergue;  
 Y en el silencio de la noche triste  
 Invoco al cielo, y su piedad imploro.

---

*Fragmentos que se publican como muestra de un poema intitulado:*

## SEVILLA RESTAURADA (\*)

DEL CANTO PRIMERO.

---

*Razonamiento que dirige á la hueste cristiana su caudillo el Rey San Fernando.*

La gloria os brinda desde el fértil llano  
 Dó la rica metrópoli se estiende:  
 Allí el supersticioso mahometano  
 Con culto impío al Hacedor ofende.  
 Allí gime cautivo el fiel cristiano,  
 Y ya su diestra vigorosa tiende,  
 Y aguarda ansioso el fulminante acero  
 Para ser en las lides compañero.

(\*) Cuando el autor se desembarace de otras ocupaciones mas urgentes, concluirá este poema, cuyo asunto es uno de los mas importantes de nuestra historia: á saber, la reconquista de Sevilla por el Rey San Fernando. Con este esclarecido triunfo quedó consolidada la monarquía cristiana, y reducida á muy estrechos límites la tiránica dominacion de los sarracenos.

Tiempo es ya de borrar tantos baldones  
 Y romper la cadena ignominiosa,  
 Sus muros, sus alzados torriones,  
 ¿Qué valieron á Córdoba orgullosa?  
 Allí tremolan ya nuestros pendones,  
 Donde la cruz se ostenta victoriosa.  
 Union y disciplina: el justo cielo  
 Nuevo laurel os guarda en este suelo.

---

Y llamados seréis libertadores  
 De la grande ciudad, honor de España.  
 ¡O cuál resonarán vuestros loores,  
 Cuando el pecho encendido en justa saña  
 Rompais de esos altivos opresores  
 El férreo yugo, y la feraz campaña  
 Pueda el cristiano cultivar seguro,  
 Ofreciendo al Eterno un culto puro.

---

Sirva al bien de la páttria la riqueza  
 Que en su opulento alcázar guarda el moro:  
 Allí cercado de oriental grandeza,  
 Brillando en perlas, en diamantes y oro,  
 Vive Aliatar, (\*) y en mísera pobreza

(\*) Nuestros historiadores llaman Axataf al tirano de Sevilla; pero como este nombre sea tan duro para la poesía, se ha sustituido el de Aliatar.



Gime el noble cautivo con desdoro.  
 ¿Y tolerar podréis que ese tirano  
 Insulte por mas tiempo al castellano?

---

Nó; que ya vuestros pechos encendidos  
 En militar ardor, con impaciencia  
 Ansiando están la lid: ya apercebidos  
 La señal aguardais que con vehemencia  
 Inflama á los cristianos aguerridos,  
 Y despreciar les hace la violencia  
 Del árabe feroz cuando su lanza  
 Vibra, ardiendo en deseo de venganza.

---

Ese valor intrépido, soldados,  
 Es el que nos abrió fácil camino  
 Hasta el Guadalquivir: por él domados  
 Tantos pueblos se ven: igual destino  
 Temen los de Sevilla escarmentados;  
 Y aunque miran su daño tan vecino,  
 En los muros se encierran cautamente,  
 No osando ya en el campo hacernos frente.

---

Mas nosotros allí los buscaremos;  
 Con cerco estrecho, y con afan constante  
 A rendirse ó lidiar los forzarémos,  
 Y en breve se verá la cruz triunfante.

Mañana, con el alba, partiremos;  
 La muerte y el terror irán delante.  
 En tanto reposad, y el vencimiento  
 Esperad del que rige el firmamento.

---

Dijo; y la hueste aplaude, y retumbando  
 Corre la voz, y el monte cavernoso  
 Repite el claro nombre de Fernando,  
 Que el Bétis oye resonar glorioso.  
 Así corre las playas atronando,  
 De las ondas el ruido estrepitoso,  
 Cuando al piélago inmenso y á la tierra  
 El récio vendaval mueve la guerra.

---

*Marcha del ejército cristiano con direccion á Sevilla.*

Del sol la precursora refulgente  
 Con plácido sosiego atravesaba  
 Las sonrosadas puertas del oriente,  
 Y en alba luz el orbe se bañaba.  
 Una aura deliciosa blandamente  
 En los coposos árboles soplabá;  
 Mientras sonoro el rio por la vega  
 Se tiende, y manso la fecunda y riega.

Era el tiempo en que grata primavera,  
 De las gracias seguida y los amores,  
 Hinchó de gozo la azulada esfera,  
 Y el campo esmalta con vistosas flores:  
 Cuando se oye en la selva placentera  
 El canto de los dulces ruseñores;  
 Y de tiernos corderos el balido  
 Que saltando abandonan el egido.

---

De tan grato espectáculo gozando  
 La castellana hueste se encamina  
 Al sevillano empório, y admirando  
 Va el arte y la destreza peregrina  
 Del moro agricultor, por quien manando  
 Desde el tendido valle á la colina,  
 En frutos copiosísimos la tierra,  
 Habitantes innúmeros encierra.

---

Cubierto de alquerías se ve el suelo,  
 Y de agradables quintas y jardines,  
 Dó reposaba un tiempo sin recelo  
 Entre fragantes rosas y jazmines  
 El muelle musulman ; pero ya en duelo  
 Se trocó su placer, y los clarines  
 Suenan donde antes el amor dichoso  
 Entonaba su canto delicioso.

De cristianos ginetes perseguidos,  
 Por los contornos fértiles y amenos,  
 A la ciudad huir despavoridos  
 Se ven los corredores agarenos....  
 Mas ya los castellanos complacidos  
 Descubren á Sevilla: en los serenos  
 Pechos del patriotismo arde la llama,  
 Y «vencer ó morir» la hueste clama.

Los cautos moros desde la alta almena  
 Ven relumbrar las lanzas castellanas:  
 Corre la nueva infausta, el parche suena  
 Aterrando á las bellas musulmanas:  
 Rumor confuso en la ciudad resuena,  
 Como suele en las costas africanas  
 Agitarse y rugir la mar sonora,  
 Antes de la tormenta bramadora.

*Descripcion de la mezquita de Sevilla, y apareci-  
 miento en ella del tirano infernal bajo la engañosa  
 forma de Mahoma.*

Cien columnas de mármol la techumbre  
 Dorada del gran templo sostenian;  
 Y allá en el fondo que la alegre lumbre  
 Nunca del sol bañó, dó presidian

Ciega supersticion y servidumbre,  
 En urna preciosísima tenían  
 Del Coran custodiados los errores  
 Aquellos sacerdotes impostores.

---

Treinta lámparas de oro refulgentes  
 El vano adoratorio iluminaban :  
 A su luz misteriosa reverentes  
 El rey y los imanes caminaban ;  
 Y en las altas cornisas relucientes  
 Sus mesurados pasos retumbaban,  
 De la noche el silencio interrumpiendo,  
 Y pavor en el ánimo infundiendo.

---

Póstrase el musulman supersticioso,  
 Y en fervorosa súplica , « Alá santo,  
 Dice, que desde el Indo caudaloso  
 Al atlántico mar con poder tanto  
 Brillar hiciste el astro luminoso  
 De la eterna verdad, cubre de espanto  
 Y mortal confusion al nazareno  
 Que extinguir quiere el culto sarraceno. »

---

Oyese la plegaria en el tremendo  
 Imperio de la noche sempiterna ;  
 Y el tirano infernal estremeciendo

La inmensa y ardentísima caverna,  
 Venganza jura, y desde el trono horrendo  
 Dó á sus legiones míseras gobierna,  
 Parte á Sevilla en ominoso vuelo,  
 Cual negra nube que oscurece el suelo.

---

Por la region del cahos silenciosa  
 Marcha, y á cada vuelo se adelanta  
 Mas que en la noche exhalacion fogosa  
 Cuando cruza veloz, y al vulgo espanta.  
 Ya alcanza á ver del sol la esplendorosa  
 Llama que á los mortales nos encanta,  
 Y gime recordando que algun dia  
 Él con brillo mayor resplandecia.

---

Llegando á la ciudad, forma y semblante  
 Toma de musulman, y con despecho  
 Lánzase en la mezquita: vacilante  
 Cruge y retiembla el penetrado techo.  
 Al oír el crugido resonante  
 Acongojado del monarca el pecho  
 Cual reo ante el suplicio desfallece,  
 Y el iman aterrado se estremece.

Mas luego alzando la amarilla frente  
 Ven la fantasma colosal su diestra  
 Empuña un cetro de metal ardiente,  
 Sus ojos brillan cual la luz siniestra  
 De cometa que alumbra al occidente;  
 Y al triste resplandor la sien se muestra  
 Ceñida de un turbante que remata  
 En media luna de lustrosa plata.

—  
 «Deponed el terror, con voz tronante  
 Clama el dominador del hondo abismo:  
 Vuestro profeta soy cuya triunfante  
 Ley el brillo eclipsó del cristianismo:  
 Contra el poder del déspota arrogante  
 Que aniquilar pretende el islamismo,  
 Otro poder mas alto se levanta;  
 Y ¡ay! del que contra mí mueve su planta.»

—  
 Dolores, pestilencia, cruda muerte  
 En el real sembraré del nazareno;  
 Y al mismo amor trasformaré de suerte  
 Que abraze el pecho con mortal veneno.  
 Vosotros batallad con pecho fuerte  
 Defendiendo el imperio sarraceno.  
 Delicia eterna aguarda al que su vida  
 Por mi ley aventure perseguida.

*Descripcion de una batalla.*

Cual lava que en torrentes inflamados  
 De la alta cima del volcan descende;  
 Por tus campos, Trinacria, dilatados  
 Con hervorosa rapidez se estiende,  
 Arrasando las vegas y sembrados,  
 Y entra en el ancho mar, y el mar se enciende:  
 Así á la playa llegan los guerreros,  
 Terribles fulminando sus aceros.

Y embisten, y la muerte los precede  
 Gozándose en la bárbara matanza;  
 Mas no por eso la morisma cede,  
 Antes redobla su furor, y avanza;  
 Y ya el cristiano resistir no puede  
 El ímpetu feroz de su venganza.  
 De Lara el escuadron se desordena,  
 Tiñendo en sangre la sedienta arena.

Pero Vargas, blandiendo furibundo  
 La ensangrentada lanza, « castellanos,  
 Muertos nos vea con honor el mundo,  
 Grita, rendidos no, » y á los paganos  
 Se arroja; al primer bote el iracundo



Reduan que entre los moros sevillanos  
 Renombre de invencible disfrutaba,  
 Cae, y con muerte acerba al punto acaba.

---

Al encuentro saliendo Sarracino  
 Su maza pesadísima descarga,  
 Que resbalando en el almete fino  
 Pierde su fuerza en la redonda adarga.  
 Mas antes que otra vez el argelino  
 Levante el brazo, el campeón le carga:  
 Atraviesa la lanza el pecho fuerte,  
 Y las sombras le cubren de la muerte.

---

Corre á vengarle Hacén el indomable,  
 Y suelta á su bridon las enojosas  
 Rriendas el castellano imperturbable,  
 Y se encuentran sus lanzas ponderosas:  
 Cual con fragor horrisono, espantable,  
 Suelen chocar dos nubes tempestosas;  
 Así los duros petos resonaban,  
 Y cejando los potros retemblaban.

---

Mas ágiles volviendo á la pelea,  
 Del cristiano adalid la resentida  
 Adarga el moro intrépido falsea,  
 El guarda-brazo rompe, y la bruñida

Coraza con la sangre bermejea  
 Que brota hirviendo de la fresca herida.  
 El musulman ufano lo repara,  
 Y para otra embestida se prepara.

Cual leon de Numidia que rugiente  
 La encrespada melena sacudiendo,  
 Al pardo que le hirió traidoramente  
 Se avalanza veloz ; en fiero estruendo  
 Combate hasta vencer rabiosamente,  
 Suená á lo lejos el rugir tremendo :  
 La tierra se estremece con la lucha,  
 Y trémulo el ganado los escucha :

Vargas así revuélvese furioso,  
 Y sin adarga al sarraceno embiste :  
 Al bote desmedido y estruendoso  
 La doblugada lanza no resiste,  
 Y vuelan las astillas : tembloroso  
 Caé del caballo el agareno triste,  
 Haciendo un ruido el cuerpo agigantado,  
 Cual roble por el viento derribado.

Desenvaina la espada fulminante  
 El fuerte campëon, y la cabeza  
 Iba á cortar al árabe espirante ;

Cuando acude con rápida presteza  
 Una turba enemiga que al instante,  
 Animada de bárbara fiereza,  
 Con el inclito Vargas acabára,  
 Si otro escuadron cristiano no llegára.

No con mayor estrépito rodando  
 De montañas opuestas dos torrentes  
 En el valle se encuentran, y luchando  
 Con ondas espumosas y fervientes  
 Van las vegas y bosques atronando ;  
 Como aquellos guerreros impacientes  
 Con espantosa furia batallaban,  
 Y los vecinos campos atronaban.

No menos esforzado en otra parte  
 El ilustre Vivar arrolla al moro ;  
 Rayo es su acero cual del fiero Marte ;  
 Por él se cubrirá de luto y lloro  
 La orgullosa Jerez, cuyo estandarte  
 Yace ajado en la tierra con desdoro :  
 Tú, Muley, le llevabas, tú que hollado  
 Gimes bajo el caballo ensangrentado.

Lara, que con intrépida osadía  
 Valor nuevo á los suyos ha infundido,  
 Al sitio mas espuesto ora los guia,  
 Y éntrase por la hueste enfurecido,  
 Y cien guerreros al abismo envia;  
 Y el moro por dó quier acometido  
 Con presurosa planta va cejando,  
 El campo de la lid abandonando.

Mas luego les guarece un bosque espeso,  
 Y haciendo frente en él, quien arrojaba  
 La pica, hiriendo al alazan travieso,  
 Quien el dardo mortífero lanzaba.  
 El cristiano adalid, con cuerdo seso,  
 La cólera impaciente refrenaba  
 Ante el bosque parando cauteloso,  
 De sagaz emboscada receloso.

Fernando en esto llega, y cercar manda  
 A unos el bosque, en tanto que valientes  
 Otros en él penetran en demanda  
 De los moros arteros é insolentes:  
 Cual de palomas á la espesa banda  
 Persiguen los milanos inclementes.  
 Defiéndose el alárabe emboscado  
 Cual ciervo de lebreles acosado.

Mas corre allá con vengador acero  
 Y le ahuyenta el invicto castellano;  
 El vengativo musulman empero  
 Huyendo lanza con certera mano  
 La pica penetrante, y el guerrero  
 Que le persigue cae; mas el pagano  
 Que celebraba ya su buena suerte,  
 Recibe de otro vengadora muerte.

Triste clamor de moribundos suena  
 En derredor de los espesos troncos  
 Salpicados de sangre sarracena:  
 Mézclanse al lamentar los gritos broncos  
 Del guerrero, y la trompa que resuena,  
 Y del hueco atambor los ecos roncros.  
 Cubierto el suelo está de ensangrentados  
 Turbantes, y de cascos acerados.

*Relacion que hace á San Fernando el almirante  
 Bonifaz de un combate naval entre las escuadras  
 cristiana y agarena.*

Rayaba apenas la rosada aurora,  
 Cuando las naves enemigas vemos  
 Allá al oriente: la ferrada prora  
 Contra ellas impertérritos volvemos,

Aunque á las nuestras doblan ; la sonora  
 Trompa resuena , apróntanse los remos ;  
 Unas á otras las naves se convocan,  
 Y en órden de batalla se colocan.

Al llegar nuestra flota á la agarena  
 Terrible gritería se levanta,  
 Que el mar profundo y la ribera atruena.  
 Vuelan picas y dardos: nada espanta  
 A la gente cantábrica serena,  
 Que contra el enemigo se adelanta,  
 Y gritando « Santiago » el remo agita,  
 Y el curso de las naves precipita.

Mézclanse todas , cual en ráudo giro  
 De vasta inundacion ganados , gentes  
 Y árboles se confunden , y el retiro  
 Penetran de la selva ayes dolientes.  
 Del rechinante dardo el mortal tiro,  
 Los hierros de las lanzas refulgentes  
 De sangre y confusion la mar cubrian :  
 Dó quiera heridos míseros gemian.

Aquí dos gruesas naves aferradas  
 Por la encorvada proa , sanguinoso  
 Campo presentan , dó se ven airadas

Combatir con estrépito horroroso  
 Las gentes con las gentes encontradas,  
 Disputándose el triunfo peligroso.  
 Caen muchos á la mar; la pugna crece,  
 Y la salobre espuma se enrojece.

Allí otra nave con veloz carrera  
 Y acerado espolon, contra el costado  
 De la enemiga se dirige fiero,  
 Y cruge al golpe el cóncavo tablado.  
 Cae el mástil: la chusma vocinglera  
 Lánzase al mar, y el buque abandonado  
 Presa es del enemigo que le amarra,  
 Y su bandera con furor desgarrar.

Pero acude al momento á su rescate  
 Otra nave, y acude la contraria:  
 Crece el furor entonces del combate;  
 Vaga incierta la presa en suerte varia:  
 Hiérela al fin con decisivo embate,  
 Á impulso de una fuerza extraordinaria  
 El robusto espolon, y vela y pino  
 Húndense en espumoso remolino.

Hórrido son de voces y alaridos  
 Se escucha, y de trompetas y maderos  
 Por las ferradas proas contundidos,  
 Y el áspero crugir de los aceros.  
 Mezclados entre sí, todos heridos,  
 Y ciegos de corage los guerreros,  
 No escuchan ya la voz del que los guía:  
 Vuela de nao á nao la muerte impía.

---

En el tropel confuso, diligente  
 Busco del musulman la capitana:  
 Descúbrola, y me acerco velozmente,  
 Los tiros despreciando y rabia insana.  
 De azufre un mixto y de betun ardiente  
 Mando al punto lanzar en la africana  
 Embarcacion, la llama activa vuela;  
 Arden las tablas y la hinchada vela.

---

Roncos gritos al cielo levantaban,  
 Al profeta los bárbaros llamando.  
 Algunos á las ondas se arrojaban,  
 De las voraces llamas escapando,  
 Otros cortar con hachas intentaban  
 El incendiado mástil, y luchando  
 En su inútil esfuerzo perecian:  
 Estos auxilio en triste voz pedian.



Con horrisono estruendo el Oceáno  
 Traga la nave al fin ; salvarse empero  
 Logra en otra el caudillo mahometano ;  
 Y cual toro encelado que ligero  
 Corre , bramando , por el verde llano  
 Contra el rival que le amenaza fiero ;  
 Así el infiel caudillo se ensañaba,  
 Y á su gente ya tímida alentaba.

---

Contra su nave enderezar ordeno  
 El espolon ferrado de la mia.  
 Parte , y embiste el cántabro sereno,  
 Y en la proa que frente nos hacía  
 Se clava el espolon. El sarraceno  
 Caudillo mas y mas en furia ardía :  
 A saltar en mi nave ciego avanza,  
 Y el pecho le atravieso con mi lanza.

---

Y en seguida cual rápido torrente  
 En la enemiga nave penetramos.  
 Ríndese absorta la agarena gente,  
 Y de luchar y de matar cesamos.  
 Abátese la luna prontamente,  
 Y la triunfante cruz enarbolamos :  
 Insignia que á los moros desalienta,  
 Y el valor de los míos acrecienta.

Sin caudillo y sin tino las restantes  
 Naves se desordenan fugitivas:  
 Persíguenlas los míos anhelantes,  
 Y traen en breve tiempo diez cautivas;  
 Las demas desaparecen. Ya triunfantes  
 Entramos en el Bétis, y los vivos  
 Resuenan de la hueste vocinglera,  
 Que en la florida márgen nos espera.

## SATIRAS.



## EL SÓRDIDO INTERÉS.

Basta, basta, Camilo, no te empeñes  
 En hacerme escribir contra los vicios:  
 De censurar el arte no me enseñes.

¿Yo satírico? Guarda! mil perjuicios  
 Pudiera ocasionarme esta osadía,  
 En vez de tus soñados beneficios.

¿Y por que yo declame, ó burlesca,  
 Se han de enmendar los necios y malvados  
 Cediendo á la razon? ¡Qué bobería!

Nuestros males están muy arraigados;  
 Nadie quiere ademas ponerse en cura:  
 Con que son los remedios escusados.

Jamás tendrá pudor ni compostura  
 Belisa que en el coche va ostentando  
 De su turgente pecho la blancura.

Ni aunque un siglo esté yo satirizando,  
 Sus deudas pagará Licinio el noble,  
 Por mas que á su acreedor ve mendigando.

Es el viciado corazon de roble,  
 Y aunque le saje sátira punzante,  
 No hay que esperar que á la razon se doble.

¿Y cuál sátira, dí, será bastante  
 A lanzar con vigor del pecho humano  
 El sórdido interés?... Con el brillante  
 Metal del Potosí compra un anciano  
 Rugoso, temblador, la vírgen bella  
 Cuyo pecho el amor abrasa en vano.

Véndela el padre vil; van en pos de ella  
 Al profanado altar el empachoso  
 Tédio, la enemistad. ¡O dura estrella!

No en tus brazos, Florinda, el cariñoso  
 Infante sonreirá, ni el nombre tierno  
 De padre oirá jamás tu yerto esposo.

¡Qué noches, ay! el aterido invierno  
 Te guarda! Sin amor, atormentada  
 De tu verdugo y celador eterno.

No pára aquí tu mal: con voz cascada  
 Te hablará el ochenton de sus amores,  
 Te asordará su tos acatarrada.

Querrá mimarte.... ¡O sándio! no desdoras  
 Tan amable beldad: ¿secos sarmientos  
 Cuándo viste enlazar con frescas flores?

No pugnan entre sí los elementos  
 Con tal contrariedad, cual tú y Florinda,

Que me penetra ya con sus lamentos.

Su faz en otro tiempo alegre y linda  
Por tu causa, tirano, amarillea:

¿Y quieres que á tu amor dócil se rinda?

La discordia ¡ay de tí! sopla su tea  
En el lecho nupcial, y los vecinos  
Oyen á media noche tu pelea.

¡O cuánta vocería y desatinos  
Lanzas por esa boca desdentada  
Contra aquellos dos soles peregrinos!

Florinda al fin de tu rigor cansada,  
No pudiendo sufrir ultraje tanto,  
De sus padres se acoge á la morada;

Y á sus pies jura con amargo llanto  
Mil muertes preferir á tu presencia:  
Tal es su indignacion, y tal su espanto.

Así el vil interés con su influencia  
Profana escandaloso, y amancilla  
Del matrimonio santo la excelencia.

No menos murmurar hace en la villa  
Tu litigio, marqués, interminable,  
Perpétuo manantial de ódio y rencilla.

¿A tu hermano pupilo y miserable  
Robar pretendes la paterna hacienda?

¡O corazon de roca inexorable!

Porque tu campo ó tu olivar se estienda

Algunas varas mas, ¡hombre insensato!  
 ¿Mueves contra tu hermano tal contienda?

Y luego esa ambicion, ese boñto  
 Caerá en la estrecha y pavorosa tumba,  
 Dó los insectos te darán buen trato.

Ni por esas, Camilo, ni la zumba,  
 Ni el sermon mas patético hacen mella  
 En quien tras de este vicio se derrumba.

Conciencia, honor, y todo lo atropella:  
 Ya lo ves en Don Cosme el usurero  
 Como á su triste prójimo desueña.

Y eso que crée en el juicio venidero,  
 Y cargan en su espalda ochenta abriles,  
 Y el asma se le sube hasta el gargüero.

Dados tiene á interés algunos miles;  
 ¿Mas qué interés? ¡O Dios! Ciento por ciento:  
 ¿Y no le agarran ya cien alcuaciles?

Misero el labrador y macilento  
 Va á su tienda fatal, mejor diria  
 Guarida donde Caco hizo su asiento:

Cuéntale sus desgracias, la sequía  
 Que del año anterior perdió las mieses,  
 Y el fuego que ha arruinado su alquería.

Necesita sembrar, por cuatro meses  
 Busca dinero á préstamo: otro modo  
 No halla de resarcir tantos reveses.

«Yo te remediaré: malo está todo,  
 »Dice el ladrón, los tiempos son fatales,  
 »Circula poca plata. ¡Qué periodo  
 »Tan largo de inacción!... Pero mil reales  
 »Te prestaré con su hipoteca al canto,  
 »Y volviéndome al mes dos mil cabales:  
 »Yo no sé quien hoy día haga otro tanto;  
 »Mas mi pecho se ablanda como cera  
 »Cuando oigo de mi prójimo un quebranto.»

Arde en coraje el-rústico, y quisiera  
 Ahogar entre sus brazos al malvado  
 Que insulta á la virtud de esta manera;

Mas le reporta su infeliz estado:  
 Pide rebaja en la monstruosa usura,  
 Y ofrece en hipoteca su ganado.

Nada consigue: el mercader le jura  
 Que no puede hacer mas. Ya la paciencia  
 Pierde el agricultor: «alma tan dura

»Como las rocas, dice; en penitencia  
 »Haga Dios que mendigues afanoso,  
 »Y caridad no encuentres ni clemencia....»

¿Mas qué diré del tráfico horroroso  
 Que hace de sangre humana el europeo  
 En el suelo del África ardoroso?

Zarpa la nave, ¡ay Dios! llena la vea  
 De negros infelices: sus gargantas

El hierro oprime: en su semblante leo

La pena atroz que los consume. ¡O cuántas  
Amargas horas en el suelo indiano

Verán correr los tristes! ¿No te espantas,

¡O morador de Europa! tú que humano  
Osas llamarte cuando vil codicia

Te hace ser insensible con tu hermano?

Y no encubrir pretendas tu injusticia  
De religion con el mentido velo,  
Mezclando la impiedad con la avaricia.

La santa Religion, hija del cielo,  
A maltratar, á esclavizar no enseña,  
Sino á sembrar el bien, y á dar consuelo.

Como á bestia de carga se domeña  
Al negro desdichado, y se le trata  
Cual si de bronce fuese ó dura peña.

¡O sed abominable de la plata!  
El hombre codicioso por saciarte  
Ni la virtud, ni el pundonor acata.

¿Quieres que mas escándalos ensarte,  
Camilo? No acabára en todo el dia,  
Ni hiciera mas al fin que molestarte.

Harta pena en sí lleva el alma fria;  
Que cebada con ansia en el vil oro,  
No conoce la paz ni la alegría,  
Y su mayor verdugo es su tesoro.



## LA PEDANTERIA.



*Diálogo entre Ernesto y Cecilio.*

ERNESTO.

Cecilio, por piedad dime el secreto  
Con que te hiciste sábio; así en España  
Se venda como el trigo tu folleto.

El envidioso humor, que tanto daña,  
Seco me tiene ya como una astilla,  
Y roïda tal vez alguna entraña.

Hierven los hombres doctos en Castilla,  
Y cual ellos en fondas y en estrados  
No puedo yo soltar la taravilla.

¿Cómo os hicísteis, dí, tan consumados;  
Y yo, triste de mí! valgo tan poco  
Con diez años de estudio y de cuidados?

CECILIO.

¡Simplecillo escolar! Si tú de un loco  
Fiado no te hubieses, hoy podrias  
Hablar en todas partes con descoco.

Díjote Don Veranio que debias  
Una ciencia aprender sólidamente,  
Si docto y apreciable ser querias.

Seguiste su consejo ciegamente,  
Y las leyes de España con su historia  
Has aprendido bien: ¡ó fátua gente!

¿Pensais volar al templo de la gloria  
Con alas de murciélago, abrumada  
De inútiles lecciones la memoria?

Desengáñate, pues; no serás nada  
Mientras en una ciencia te ejercites,  
Aunque sea muy útil é intrincada.

Para que entre los cultos te acredites  
De todo has de saber, y sobre todo  
Conviene que disputes y que grites.

¿Se habla de agricultura? dí que el modo  
De arar en nuestra tierra es de salvages,  
Y nos recuerda aún el pueblo godo.

ERNESTO.

¡Si nunca he visto arar!

CECILIO.

Para que rajés  
No necesitas verlo, esa es la gracia,  
Hacerte entendedor sin que trabajes.

ERNESTO.

¿Pero si alguna vez por mi desgracia  
Me oyere un labrador?

CECILIO.

¿Y eso qué importa?

Si á tu sentir se opone, ten audacia;

Dí que una sociedad te escuchó absorta

Disertar sobre arados y rastrillos,

Y que ganaste un premio: si te corta

Burlándose de insulsos discursillos,

Déjale, no le irrites; que pudiera

Sentar la dura mano en tus carrillos.

Jamás hables de industria, que es grosera,

Y no parece bien que un erudito

Trate del cardador y la hilandera;

Pero sí del comercio.... ¡Qué bonito

Discurso imprimir pienso!... No te asombres,

Pues yo en todas materias me ejercíto.

Hablo del tiempo antiguo en que los hombres

Ni duros ni pesetas conocían,

Ni el agio y arbitrage: ¡duros nombres!

Con un trueque no mas se componían;

Permutaban carnero por cochino,

Y la partida doble no entendían.

Mas luego por desgracia el tiempo vino  
 Del lujo y corrupcion; hubo dinero,  
 Y á Dios cambio de vaca y de tocino.

Vióse entonces tramposo y usurero  
 El noble racional, surcó los mares,  
 Y trajo y llevó cargas como arriero.

Descubrióse la América, á millares  
 Vinieron las talegas, fueron fardos,  
 Despertó la codicia en los telares,

Hiciéronse contratos muy bastardos,  
 Y con la mala fé bien simulada  
 Se dieron solemnísimos petardos:

Aquí tienes mi obrita compendiada.  
 Las ciencias naturales corre luego,  
 Como gato por ascuas, de pasada.

Analiza la tierra, el aire, el fuego;  
 Del ácido muriático y carbónico  
 Algo has de hablar, ó pasarás por lego.

Mezcla un par de palabras del teutónico,  
 Del inglés otro par, y en breve rato  
 Pasmará tu caletre salomónico.

ERNESTO.

¿Y cómo aprende tanto un literato?

CECILIO.

Leyendo enciclopedias.

ERNESTO.

¡O fortuna!  
¡Tanto saber á precio tan barato!

CECILIO.

Las artes en seguida una por una  
Desmenuzando irás; que vale mucho  
Aquesta erudicion siendo oportuna.

Cualquiera te tendrá por hombre ducho  
En materia de cuadros, si señalas  
El de Cano, el de Mengs, el de Carducho.

¿Qué importa si lo yerras? Si las malas  
Pinturas no disciernes de las buenas,  
Culpa á la poca luz que hay en las salas.

Supon que ya eres sábio, que te llenas  
De tanta erudicion; pues nada has hecho  
Si en la dulce poesía no te estrenas,  
Con la cual ganarás honra y provecho.

ERNESTO.

¿Tambien esto?

CECILIO.

Tambien : es muy del caso  
De cuando en cuando enternecer el pecho.

Verás hoy un mozuelo barbirraso,  
Que aun siente el escozor de la palmeta,  
Habérselas con Lope y Garcilaso.

Si el estro divinal mucho le aprieta,  
Suelta la vena en abundante chorro,  
Y de canciones hinche la carpeta.

Luego convoca el erudito corro,  
Y pulsando la cítara sonora  
Sus pasiones inspira al mas modorro.

¿Qué mucho, si aun Cupido se enamora  
Oyendo su letrilla regalada  
*A la risa de Fili encantadora?*

No está en el franco idioma trasladada,  
Y se entiende en París como en Pozuelo:  
¡O fuerza de una lengua cultivada!

¡O mágia del pincel! Cualquier monuelo  
Que haya bebido un trago en Helicon  
Viste de verde alfombra el seco suelo:

Convierte en pastorcillo su persona,  
En sagrado laurel una carrasca,  
Y un manso en corderilla retozona.

Trasforma en bella ninfa á una tarasca,

Dice que se alimenta de ambrosía,  
Siendo pan y cebolla cuanto masca.

Este sí que es ingenio y poësía  
En diosa convertir un almodrote,  
Y arcadias componer de una alquería.

¡O milagros del arte! Aquel ricote  
Por quien sudan dos mulas y un cochero,  
Es mas rudo animal que un hotentote.

Pero escribe Simplicio el lisonjero,  
Y sin mas que empalmar dos consonantes  
Convierte en Ciceron al majadero.

Prendado de los versos retumbantes  
Se la cuela el simplon, y así le engaña  
El cazador de rimas y asonantes.

¡Cuántos, cuántos así la madre España  
Produce fecundísima! ¿y qué mucho,  
Si el escribir lisonjas es cucaña?

Imprímese el ligero papelucho  
En letras de Didot; y si hay quien dice  
Que debiera emplëarse en un cartucho,

Al punto la razon lo contradice;  
Porque anunciado luego en la gaceta,  
¿Quién duda que el papel se inmortalice?

Empuña sus realillos el poëta,  
Apláudenle las damas, y él en pago  
Una cancion tras otra las espeta.

Así crece su fama; en blando halago  
 El favor le acárcia, y no le ofende  
 De la severa crítica el zurriago.

Mas no solo el que adula bien entiende  
 El gusto de Madrid: Fabio el sensible  
 Un melodrama lagrimoso emprende.

Ya es tierno en las escenas, ya irascible:  
 Ora baja á las tumbas horrorosas,  
 Y allí ve un figuron magro y horrible;

Ora pinta mugeres angustiosas  
 Del hambre traspilladas: clamorea  
 Tal vez en las prisiones tenebrosas.

La plebe llora, el cómico berrea,  
 Cae el telon, se aplaude la ensalada,  
 Y luego por Madrid se cacarea.

Ya tienes la ganancia asegurada,  
 Dramático feliz: escribe, escribe,  
 Que esta es una carrera bien premiada.

Metálico sonante se percibe,  
 Y el chisperil incienso satisfecha  
 La musa tragi-cómica recibe.

¿Qué mas? punzado de amorosa flecha  
 Para el festivo carnaval dispones  
 Un tierno comedion de tu cosecha.

Buscas aficionados, les propones  
 Una funcion casera, escotan luego;



Tú aliñas el teatro y le compones:

Te hacen primer galan. ¡Con cuánto fuego  
Requiebras á tu Clori, que es la dama,  
Diciendo que te ha herido el niño ciego!

Ella es sensible, como tú se inflama,  
Se ablanda, se derrite, en las novelas  
Aprendió á hacerse tierna: á todos ama;

Tú, empero, la cautivas, la desvelas  
En la callada noche.... ¿Qué mas quieres?  
Te casas.

ERNESTO.

No haré tal.

CECILIO.

¿Pues qué rezelas?

ERNESTO.

El lujo y liviandad.

CECILIO.

Es de mugeres.

ERNESTO.

Bailará la tal novia.

CECILIO.

No lo dudo.

ERNESTO.

No tomará la aguja.

CECILIO.

Ni lo esperes.

Es propia esta labor de ingenio rudo.

ERNESTO.

Pues, amigo, muy bien; carga con ella,  
O cede la prebenda á un tierno viudo.

CECILIO.

Me destinó al nacer mi buena estrella  
Para sábio, y no mas.

ERNESTO.

Y yo cuitado,  
Para burro nací, pues no hace mella  
En mi duro testuz lo que has charlado.

## EL CAFÉ.

---

En el nuevo café, Liberio amado,  
 Entremos á reir. ¡Qué gritería!  
 ¡Qué gentes! ¡qué calor! ¡cuántos cigarros  
 Humean en las bocas denegridas!  
 Huyamos de este sitio.... Pero tente,  
 Que allí con voz sonora y espresiva  
 El pedante Plumbin á borbotones  
 La erudicion derrama. ¡Qué noticias  
 Su memorion inagotable encierra!  
 ¿Quieres saber historia? Pues aplica  
 Sin chistar el oido, que está hablando  
 De romanos y godos, y á fé mia  
 Nos dirá buenas cosas.... ¡Dios eterno!  
 ¡Que discurra un mortal con tanta prisa!  
 Dos siglos se ha tragado en dos minutos.  
 Ya no hay godos: paciencia. Los califas  
 Vienen en procesion. Alá les guarde;  
 Verémos cómo trata á la morisma.  
 «Los árabes de España fueron siempre  
 »Groseros, ignorantes.» ¡O bendita

La lengua que tal dice! Las grandezas  
 De Córdoba y Granada son mentiras.  
 ¿Le creerémos tambien cuando asegura  
 Que tomó á Zaragoza Don Favila,  
 Que Pelayo compuso el Fuero Juzgo,  
 Y Don Alonso el Sexto las Partidas?  
 ¿Te ries? Nada importa; yo venero  
 La exacta relacion del coronista.  
 Acaso habrás leído en tus librotos  
 Que el reino de Aragon se unió á Castilla  
 Cuando Fernando el Quinto dió su mano  
 A la grande Isabel. ¡Qué boberia!  
 Aquesto sucedió en el siglo trece  
 Despues que del Egipto y Palestina  
 El indómito Cid vino triunfante:  
 ¿No lo acabas de oír? ¿pues qué vacilas?  
 Mas ya de rancios cuentos fastidiado  
 El sublime pedante nos explica  
 La historia natural. Lejos, profanos  
 Reprimid, falsos, la burlona risa,  
 Que el Bufon castellano corre el velo  
 Con que el ancho universo se cubria.  
 ¡Qué gestos! ¡qué espresion! ¡qué exclamaciones  
 Hace sobre un chinarro! No respira  
 El cuitado filósofo. ¡Cuál charla  
 De montes, de volcanes y de minas,

De rayos, y relámpagos y truenos!  
 Valedme Santa Bárbara bendita.  
 Mas ¡ay! pobres autores, que ya empuña  
 El látigo censorio, y os crítica,  
 Os zurra sin piedad. Iriarte, dice,  
 Es un autor insípido, purista,  
 Que en ramplon castellano dar lecciones  
 Morales quiso en secas fabulillas.  
 Mas que el turrón de almendra empalagoso,  
 Con su Fili y su blanca palomita,  
 Me sácia de fastidio ese Melendez  
 Cuando al son canta de pesada lira.  
 ¿Y por qué á Moratin los necios llaman  
 El hijo predilecto de Talía?  
 ¿Qué supo hacer? Comedias sin enredo  
 De estilo natural, comedias frias,  
 Sin picantes sarcasmos ni alusiones  
 Que á los vivientes sajen y hagan trizas;  
 Sin la mágia feliz de un melodrama  
 Que al embobado público extasía.  
 Esto sí que es patético, sublime:  
 El ánimo recrea y le electriza;  
 Y no los cuadros de moral pesados  
 Que nos hacen dormir, y nos fastidian.  
 Yo tengo entre mis súcios borradores  
 Un drama original de alta inventiva,

En seis actos, donde hablan diez personas  
 Y mato cinco de ellas, y á cenizas  
 Reduzco una ciudad, lloviendo rayos,  
 Y espantosa la mar brama y se agita;  
 Mas pasado el furor de la borrasca  
 Aparece la estrella matutina,  
 Y de ella en ala rápida desciende  
 Una deidad que anuncia maravillas,  
 Y se corre el telón. ¡Cuántos aplausos  
 Lloverán sobre mí, sino la silvan!  
 ¿Mas quién vocea tanto en aquel corro?  
 ¡Ay que es Don Policarpo el estadista!  
 Salud, ó diplomático profundo,  
 Tú en el humilde asiento de una silla  
 Riges el universo, tú olfateas  
 Cual sagaz perdiguero las desdichas,  
 Ó la prosperidad que á las naciones  
 Guarda la Providencia; ¡y cómo atinas!  
 ¡Que no haya doce mundos! Uno solo  
 ¿Qué sirve para tí cuando principias  
 A comparar imperios con imperios,  
 Un mar con otro mar, islas con islas,  
 Pueblo con pueblo, ejércitos y armadas  
 Con armadas y ejércitos? La envidia  
 Te persigue no obstante publicando  
 Que estás muy atrasado en geografía;

Que no hace mucho tiempo trasladaste  
 Al mar Mediterráneo las Antillas,  
 El Rhin á Egipto, y el Danubio á Flandes.  
 Pero tú, despreciando estas hablillas,  
 Politiquea mas y mas, glosando  
 Al estilo moderno las noticias.

Plaza, plaza, señores, que á este sitio  
 Esparciendo perfumes se encaminan  
 Don Floro y Don Narciso, pisaverdes  
 Formados en Madrid. ¡Qué bizarría!  
 ¡Cuán graciosos pinitos y meneos  
 Hacen con las enjutas piernecillas!  
 ¿Y la cabeza? ¡O Dios! ¡con qué donaire  
 Se levanta la rubia crestecilla  
 En sus cráneos raquíuticos! ¿Y el traje  
 No es cosa á la verdad curiosa y linda?  
 Pues oye su dialecto, que es gracioso.  
*¡Eh bien! ¿me negarás que la Clarisa  
 Tiene un aire elegante? ¿que sus ojos  
 Son lánguidos y dulces? — A fé mía  
 Ella es encantadora y muy sensible,  
 Mas yo soy inclinado á la Fermina.  
 ¡Ah, qué espíritu el suyo! Me trasporta  
 Cuando habla de novelas; es muy viva  
 Y muy sentimental; compasion hace  
 Que haya nacido en la brutal Castilla.  
 Esta es su única falta. — Ciertamente,*

*Aquí no las aprenden cosas finas.*  
*Ellas tienen buen físico, no hay duda;*  
*Picante es su vivaz fisonomía,*  
*Yo no sabré dudarle. ¿Mas qué importa*  
*Si no vieron jamás las Tullerías,*  
*No tienen aquel aire nonchalante*  
*Con que inspiran amor las francesitas?*  
*Y así la sociedad en nuestra corte*  
*Se resiente de un aire de provincia.*  
*A propósito, pues, de sociedades,*  
*Ayer dió la Leonor una comida*  
*En que hubo mucho mundo: ¿no estuoviste? —*  
*A fé mia que nó; comí en familia. —*  
*¿O mi Dios! ¿y por qué? Me hace sorpresa:*  
*¿No fuiste á la verdad de la partida? —*  
*Me invitaron, es cierto, y con instancias;*  
*Mas no pude asistir porque me hacía*  
*Mucho mal la cabeza, y fué desgracia;*  
*Pues hubo muy brillante compañía,*  
*Segun me ha detallado el peluquero....*  
*Mas ya suenan las diez: vamos aprisa*  
*A nuestro rendez vous.... Como una sombra*  
*Han desaparecido. ¿Qué meditas,*  
*Liberio, silencioso? — Que me pasmo*  
*Al ver cuál se trasforman en el dia*  
*Las sensibles doncellas en muñecas,*  
*Y los tiernos donceles en maricas.*



## LA HOLGAZANERIA.

¡ O qué regalo! el haragan exclama,  
 «Es levantarse tarde, ir á los toros,  
 »Comer luego en la fonda, en el teatro  
 »Y en los bailes pasar la noche entera,  
 »Y nada trabajar en todo el dia.  
 »Esta la vida fué del siglo de oro,  
 »Comer, beber, tenderse á la bartola,  
 »Ó correr en el bosque tras las ninfas.  
 »Á fé que no eran bobos nuestros padres.”

No lo estrañes, Fabian, los arroyuelos  
 Diz que manaban leche, miel sabrosa  
 Las robustas encinas, donde quiera  
 La tierra liberal les daba frutos,  
 Y sin llevar bolsillo, en todas partes  
 Cual cuerpo de sultan se regalaban.  
 Mas ahora no es así: la madre tierra  
 No dá frutos de balde, las encinas  
 Solo llevan bellota, y los arroyos  
 Brindan con agua clara, no con leche.  
 La miel dinero cuesta, sin dinero

No dá la rubia Céres sus espigas,  
 Y todo, todo al fin cuesta dinero.  
 Preciso es trabajar para adquirirle,  
 Beneficiar la mina, arar la tierra,  
 Correr los anchos mares comerciando,  
 Hilar, tejer, en la encendida fragua  
 Derretir los metales.... ¿Qué me canso?  
 Sino eres mayorazgo, y comer quieres,  
 Por fuerza has de remar, pese á tu cuerpo.  
 ¿Te amarga la leccion? Vuelve la vista,  
 Mira á un hidalgo que hermanados lleva  
 El don y el hambre. ¡Desdichado mozo!  
 Nació tarde; paciencia: no es su culpa.  
 Llevóse el primogénito la casa,  
 Un huerto, un olivar, y él quedó asperges.  
 Holgar tan solo, y murmurar le gusta,  
 Y contemplar su rancia ejecutoria.  
 Ofrécele el blason punzantes chuzos:  
 (¡Para su hambre canina mal agüero!)  
 Y cajas, y banderas y cañones,  
 Y por remate un ave de rapiña.  
 ¡Linda menestra á fé para un convite!  
 Cual lobo hambriento el infeliz ahulla,  
 Y de sus flacos hombros ya raída  
 Cuelga la capa en desiguales puntas,  
 Y triste amarillez su rostro afea.

Mira por el contrario, ¡qué robusto  
 Y alegre el labrador coge las mieses  
 Debidas á su afan! Hermosa prole  
 Cércale en torno, y la aplicada esposa  
 Mesa abundante y limpia le prepara.  
 Mesa envidiada por el guapo Estevan,  
 Que un cigarro fumó por desayuno,  
 Y con Curro, el torero, la mañana  
 Invirtió en disputar si entró el estoque  
 Por medio de la cruz, ó al lado izquierdo  
 Se inclinó cuatro líneas. ¡O destreza!  
 ¡O pícara aficion! Por tí reposan  
 El dia de labor los menestrales,  
 Y de media semana las ganancias  
 Dejan en la taberna y el tendido,  
 Y ayunan la otra media. Enhorabuena  
 El afanoso inglés nos aventaje  
 En industria y comercio, y nuestras lanas  
 Luego nos venda en paño convertidas  
 Con céntupla ganancia. ¿Eso qué importa  
 Si tú tendido en el mullido lecho  
 Duermes de media noche á medio dia,  
 Y luego mas en regalada siesta?  
 Duermes tranquilo, y sueñas que en tu pátria  
 Rios de plata en abundancia corren,  
 Que en profusion la tierra mana frutos,

Y que á todos nos hace mayorazgos.  
 (¡Así fuera verdad!) Con esta idea  
 Tiéneste por señor, y al extranjero  
 Miras cual ganapan que destinado  
 A servirnos está. ¡Mozo inexperto!  
 Si tu grata ilusion no desvanece  
 El tropel de mendígos que te acosa  
 Donde quiera que vas, torna la vista  
 A esa larga cadena de infelices  
 Que al africano suelo van forzados.  
 Pregunta sus delitos: ese jóven  
 Mimado, te dirán, no aprendió oficio,  
 Dióse á tahir, y con sutil destreza  
 Los naipes al tallar escamotaba,  
 Y por él cien familias se arruinaron.  
 Aquel otro haragan y vagabundo,  
 De ánimo audaz y de rapantes uñas,  
 En los grandes concursos, de un bolsillo  
 Calaba el fondo, y con marcial llaneza  
 Trasladaba á su bolsa el oro ageno.  
 Aún mas infame aquel tráfico hacía  
 Del honor conyugal.... Mas corre, ó Musa,  
 El velo del pudor sobre este crimen,  
 Que abortó para mengua del humano  
 La torpe ociosidad.... De ella son hijos  
 El fraude inícuo, y el amor impuro,

Y la ciega ignorancia. Aquel Narciso,  
 Que de fino se precia y caballero,  
 Si donde está Marruecos le preguntas,  
 Junto á Pekin , dirá ; mas no es preciso  
 Tan lejos acudir: dí que en el mapa  
 Te señale á Valencia , y sino pone  
 El dedo en Portugal , que ardan mis libros.  
 Pero si luego á murmurar le brindas,  
 Verás qué erudicion , y qué soltura  
 De lengua tiene: el penetrante dardo  
 No tan rápido va cortando el viento.  
 Tajos acá y allá sin duelo tira,  
 Mil honras caen á los primeros golpes:  
 No hay deudo ni amistad que le contenga,  
 Ni á tu virtud , Narcisa , acrisolada  
 Perdona su furor ; falsa , gazmoña  
 Dice que es tu modestia , y que á escondidas  
 Prestas oído al seductor infame.  
 Él quiso serlo ¡ vil! y despreciado,  
 Con la calumnia atroz vengarse intenta.  
 ¡O pundonor antiguo castellano!  
 ¿Dónde te ocultas? Defender las damas,  
 Blandir la lanza , acometer al moro,  
 Y de la pátria acrecentar la gloria,  
 Tal fué la ocupacion de nuestros padres.

No en vergonzosa ociosidad sumidos  
 Guerra de alevos al honor hacían,  
 Ni con los torpes vicios infestados  
 El seno de la pátria laceraban.  
 Mas sus nietos impávidos corriendo  
 Del garito al burdel, de fonda en fonda,  
 Consumen sin honor la pingüe herencia  
 Que costó tanto afan á sus mayores.  
 Consúmenla, trampëan: no hay amigo  
 Que no lleve un petardo: todos huyen  
 De su lengua falaz escarmentados.  
 Pide mas la manceba: no hay que darla,  
 Y ella entonces esquiva y burladora,  
 A otro incauto se entrega y le despluma.  
 Huyamos de esa turba, caro amigo,  
 A la tierra del vasco laborioso  
 Donde en rústico hogar la virtud mora.  
 Allí verás al labrador honrado  
 Con incansable afan colmar la tierra  
 De opímos frutos: si con él compáras  
 A esos hijos ociosos del deleite,  
 Endebles y raquíticos; ¿la risa  
 Podrás acaso contener? ¿Has visto  
 Entre débiles mimbres alto chopo  
 Cubrir el rio con sus anchas ramas,

Y á la avenida rápida y profunda  
 Sereno resistir? Así el membrudo  
 Labrador aventaja á esos pigmeos  
 Que cual traviesos monos de la Libia  
 En jugar y comer la vida emplean.

## LA POSADA.

ROMANCE SATÍRICO.

Montado en su parda mula,  
Tan trotona como falsa,  
Camino de Andalucía  
Va un hidalgo de la Mancha.  
Delante lleva espolista,  
Grande maleta á las ancas,  
Hondas alforjas colgando,  
Y en ellas bota preñada.  
De tiempo en tiempo refrena  
Á la traviesa alimaña,  
Empina la bota y fuma,  
Y espolea con las zancas.  
Así pensando en sus viñas  
En su Aldonza y su vacada,  
A tiempo que el sol se esconde  
Llega al meson, y se pára.  
Tiénele el mozo el estribo,  
Se apea con gran cachaza,



Y una sucia Maritornes  
 Sale á dar la bien llegada.  
 Entra en la cuadra la mula,  
 Y entra tambien la mulata,  
 Y allí con el espolista  
 Tiernos coloquios entabla.  
 En tanto el finchado hidalgo  
 Entra en la cocina ahumada,  
 Donde unos arrieros guisan,  
 Otros roncan y otros charlan:  
 Saluda cortés, y nadie  
 De su hidalguía se catá,  
 Que esto de urbanos modales  
 No se estila en las posadas.  
 Pide cuarto: el posadero  
 Le dice que tenga calma;  
 Y llamando á Maritornes  
 Vuelve á tenderse á la larga.  
 El hidalgo muy mohino  
 De esta llaneza tan zafia  
 Sale al portal, donde un perro  
 Y seis mendígos le ladran.  
 Dá limosna, acuden otros  
 Con zalameras plegarias,  
 Y él aburrído se sienta  
 En el arcon de la paja.

Viene por fin Maritornes  
 Con una llave tamaña,  
 Mas propia para cochera  
 Que para cuarto de casa;  
 Y una escalera subiendo,  
 Alta, estrecha y derrengada,  
 Abre el cuarto, pertrechado  
 Con las siguientes alhajas:  
 Mesa con pies de tijera  
 Lustrosa de puro rancia,  
 Que ascendió no ha mucho tiempo  
 De la cocina á la sala:  
 Un taburete de encina,  
 Cosa en verdad no muy blanda,  
 Y dos sillas de baqueta,  
 Una coja y otra manca.  
 La tarima de cordeles,  
 Un jergon de poca paja,  
 Y un colchon de duras tripas,  
 Como entre guijarro y lana;  
 Un velon de cardenillo,  
 Sin tijeras ni pantalla,  
 Y pegadas con engrudo  
 En la pared dos estampas.  
 En este lujoso albergue  
 Entra la flor de la Mancha:

Pregunta qué hay de cenar;  
 Respóndenle, lo que traiga.  
 Manda subir las alforjas,  
 De ellas el repuesto saca,  
 Que en dos tortillas consiste,  
 Medio queso y seis manzanas.  
 Tiende luego Maritornes  
 Un mantel de gorda hilaza,  
 Y la vajilla coloca  
 Al mantel proporcionada.  
 Dos vasos de verde vidrio,  
 Una ancha y panzuda jarra,  
 Dos platos de Talavera  
 Llenos de costras y rajas;  
 Un tenedor con dos puntas  
 Muy torcidas y embotadas,  
 Un cuchillo sin ninguna,  
 Pero con mellas muy largas.  
 Cena el hijo-dalgo solo,  
 El espolista le escancia,  
 Y á su lado Maritornes  
 Como una cotorra charla.  
 Enflaquécese la bota,  
 La frugal cena se acaba,  
 Y la montaraz doncella  
 El duro lecho prepara.

Tiéndese el huésped cansado,  
 No entre sábanas de holanda,  
 Sino entre estopa y angeo  
 Que el blando cútis desgarran.  
 Apenas se queda á oscuras  
 Acuden con hambre y rabia  
 Mil antropófagos bichos  
 Que la tarima albergaba:  
 Unos le punzan brincando,  
 Otros del cuello se agarran,  
 Y allí con posma y ahinco  
 Le chupan y le desangran.  
 Dé el desdichado mil vueltas:  
 Las uñas tiende con saña,  
 Mas cuando al pecho las lleva,  
 Siente el picor en la espalda.  
 El enemigo es artero,  
 La noche oculta sus trazas,  
 Sus ataques son seguros,  
 Irresistibles las armas.  
 El cuerpo del buen manchego  
 Es un campo de batalla:  
 Si dá porrazos se hiere,  
 Si hinca las uñas se clava:  
 Cansado al fin de la lucha  
 Pide luz, sube descalza

Maritornes, y del hombro  
 Le cuelga airosa la manta.  
 El hidalgo encapotado  
 Sale de la alcoba infausta,  
 Y hace que el colchon le tienda  
 Maritornes en la sala.  
 Ella obedece gruñendo,  
 Estiende brazos y zancas,  
 Y por no ver tal vestiglo  
 Vuelve el hidalgo la cara.  
 Hecha la cama en el suelo,  
 Se va sin decir palabra  
 El marimacho bravío,  
 Dando bostezos de á cuarta.  
 Quédase el hidalgo á oscuras,  
 Y libre de las punzadas,  
 Ya empieza á gozar del sueño,  
 La dulzura y la bonanza;  
 Mas un arriero de pronto  
 Que le roban la cebada  
 Grita, y en el cuarto bajo  
 Una pendencia se traba.  
 Cien voces suenan á un tiempo,  
 Cien perros á un tiempo ladran,  
 Y hasta los asnos rebuznan,  
 Y en el concierto acompañan.

El mesonero reniega,  
 La mesonera regaña,  
 Todo es confusion y bulla,  
 Nadie cede, nadie calla.  
 Dura la gresca tres horas,  
 Vela el hidalgo otras tantas,  
 Y ya al olor de su carne  
 Vuelven los bichos de marras.  
 Impaciente deja el lecho,  
 Abre un poco la ventana,  
 Y al ver la luna prorrumpe  
 En estas tiernas palabras:  
 ¡O quién viviera en tu seno!  
 ¡O quién contigo rodára  
 Por no tratar á estas bestias  
 De dos y de cuatro patas!  
 Juro por mi amada Aldonza  
 No hacer ya mas caminatas.  
 Aunque al chantre, mi sobrino,  
 No vuelva á ver en su casa.  
 Absorto en mil pensamientos  
 Se pasea por la sala,  
 Y oye jurar los arrieros,  
 Que van saliendo á dar agua.  
 Rechina el porton mil veces,  
 Van y vienen alimañas,

Y las paredes y el techo  
 Retiemblan con las patadas.  
 En esto, alegrando el mundo,  
 Al oriente asoma el alba,  
 Y á la cocina el hidalgo  
 Bien despabilado baja.  
 Manda aparejar la mula,  
 No almuerza porque no hay magras;  
 Pide la cuenta, y en ella  
 La mano el huésped le carga:  
 Un real le pone de ruido,  
 Y al ver partida tan rara,  
 Lleno de cólera dice  
 El manchego estas palabras:  
 ¡Pagar yo por hacer ruido!  
 ¡Yo que en noche tan penada  
 No he desplegado mis labios,  
 Cuando se hundía la casa!  
 «Por cama, luz y asistencia  
 Dos duros”.... ¡O! pese al alma  
 Del potro que cuesta tanto,  
 Y de la ruin luminaria.  
 El posadero ladino  
 Aún dice que le hace gracia,  
 Y el infeliz caminante  
 Por no reñir paga y calla.

Pídele para alfileres  
Maritornes. ¿ Esto falta ?  
Dáde un real, monta á caballo,  
Y el latrocinio se acaba.  
Se abre el porton, y saliendo  
El hidalgo de la casa,  
Exclamó, dando un suspiro,  
¡ O posadas de mi pátria !

---



**PIEZAS DRAMÁTICAS.**



# AGAMENON.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS:

ESCRITA

POR MR. LEMERCIER,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS,

*y acomodada al teatro español (\*).*



(\*) Esta tragedia se representó por primera vez, con general aplauso, en el año de 1800; y habiéndose impreso en ausencia del traductor, salió llena de erratas y versos defectuosos: por cuya razón se reimprime ahora corregida de aquellos defectos.

## PERSONAS.

---

AGAMENON, *Rey de Micenas y de Argos.*

CLITEMNESTRA, *su esposa.*

EGISTO, *hijo de Tiestes, bajo el nombre de Plexipo.*

CASANDRA, *Sacerdotisa, hija de Priamo.*

ORESTES, *hijo de Agamenon.*

ESTROFO, *ayo de Orestes, y Rey de Corinto.*

PALENO, *confidente de Egisto.*

ARCAS, *confidente de Agamenon.*

PUEBLO Y SOLDADOS.



La escena es en el palacio de Agamenon,  
en Argos.

---

---

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Egisto y Paleno.*

EGISTO.

De tu solicitud y tus viages,  
Digno amigo de Egisto, fiel Paleno,  
El éxito refiere. ¡Cuán ansioso  
Mi pecho te esperaba! ¿De los griegos  
La venida aseguran? ¿Su palacio  
Verá gozoso Agamenon de nuevo,  
Cercado de trofeos, ó Neptuno  
Le sepultó en el mar?

PALENO.

Desde Sigéo  
A las playas de Grecia cuidadoso  
El Helesponto recorrí, que abrieron  
Sus naves otro dia; mas ninguno  
Pudo satisfacer nuestro deseo.

En los pueblos vecinos aseguran  
Que estando ya á la vista de sus puertos,  
De tempestad horrible combatida  
La nave de Argos naufragó: suceso  
Cuya verdad desmienten otras voces,  
Que de duda y temor llenan mi pecho.  
Argos, Corinto, el floreciente Epiro,  
El Bósforo y las islas del Egéa,  
Tracia y Atenas, cuyos altos muros  
Baña el undoso mar, adonde el viento  
Llevó la armada ignoran: aun es fama  
Que la profanacion del sacro templo,  
Mancillado con sangre, venga Palas,  
En Pérgamo ofendida; y que los griegos  
A la cólera entrega de Neptuno.  
Cubierto se ve el mar allá á lo lejos  
De míseros despojos; en las aguas  
Al hijo de Laërtes lanza muerto  
El rayo abrasador, mientras errante  
Ajax discurre en un país desierto.  
Sin duda Agamenon la suerte misma  
Habrá ya padecido, y de su cetro,  
De su esposa, y Micenas libremente  
Desde hoy serás el absoluto dueño.

EGISTO.

Su muerte ó su venida no me espantan:  
Soy hijo de Tiëstes.

PALENO.

Te comprendo:  
Bastante de ese modo has indicado  
Tu interés en su muerte.

EGISTO.

Del imperio  
El derecho consigo si no existe;  
Pero si á Argos volviere....

PALENO.

¿Cuál intento?....  
Acaba.

EGISTO.

Expirará. La muerte sigue  
Donde quiera sus pasos: ya le espero  
Armado de venganza.

PALENO.

¿Y tal arrojo  
No te hace estremecer?

EGISTO.

Sí: me estremezco  
 De este reposo en que mi furia yace;  
 De los ayes que exhalan lastimeros  
 De mi padre los manes, y del nombre  
 Con que en estos lugares encubierto,  
 Vive Egisto furioso.

PALENO.

Y así todos  
 Príncipe de la Iliria te creyeron,  
 Ilusos hasta ahora, bajo el nombre  
 Supuesto de Plexipo.

EGISTO.

Sí, Paleno:  
 Engañamos la corte de este modo:  
 ¡Mas cuál irrita al vengativo pecho  
 Esta larga impostura! ¡qué de enojos  
 Sufro en este palacio! Llegó el tiempo  
 De ser por un delito conocido.

PALENO.

Con tu reserva al fin y tu silencio  
 Ninguno te descubre.



EGISTO.

Clitemnestra

Me conoce tan solo.

PALENO.

¿Y el secreto

Fías de una muger á la flaqueza?

EGISTO.

A su amor es debido.

PALENO.

¿A tal extremo

El amor alucina tu prudencia,

Que en pais enemigo descubierto?....

EGISTO.

¿Imaginas acaso, que agitado

En continuo pesar pueda mi pecho

Someterse á las leyes vergonzosas

De una débil pasion?

PALENO.

A Grecia veo

Tributarte envidiosa los honores

Al Monarca debidos, y yo mesmo  
 Contemplaba tu orgullo por la Reina  
 Aprisionado ya.

EGISTO.

De mis deseos

No alcanzando otro fin, todos opinan  
 Que gozoso en la corte y satisfecho,  
 Me detiene el favor de Clitemnestra;  
 Error que cuidadoso yo mantengo  
 Para evitar sospechas del designio  
 Que alienta mi furor: así el momento  
 De coronarme llega silencioso,  
 Y un éxito feliz tendrá mi anhelo.  
 Tú conoces, amigo, si la Reina,  
 Esclava de sus vicios, á mi pecho  
 Nació digna de unirse: arrebatado  
 Su espíritu feroz en los afectos,  
 Sin freno se dispara: infiel esposa,  
 Madre irritada, y de venganza ardiendo,  
 Ciega amante por fin, la que otro día  
 Blasonó de pureza en su himenéo,  
 Hoy al crimen ligada se deleita,  
 Y en breve la verás, de Elena á ejemplo,  
 Hacer alarde de él; y la reserva,  
 Y todos los respetos deponiendo,  
 Estender en el mundo sus amores.

Yo entretanto las riendas del imperio  
 Dirijo en lo interior de este palacio,  
 Donde conspira mi rencor sangriento.  
 Aquí censuro á Agamenon ausente,  
 De príncipe cruël, que todo el reino  
 Sacrifica á la ofensa de un hermano:  
 Culpable por su causa represento  
 A la llorosa Grecia ; y de este modo  
 Yo prófugo , infelice , sin imperio,  
 Condenado á la afrenta y desamparo,  
 Del poder en la cumbre ya me veo  
 Reinando con Atridas en Micenas.  
 La autoridad olvidan indiscretos  
 Los griegos de su Rey , no contemplando  
 Que pronto ya á venir , cual Jove escelso,  
 Puede mostrarse y castigar.

## PALENO.

Tú mismo ,  
 ¿ Por qué olvidas tambien incauto y ciego,  
 Que puede este Monarca , los amores  
 De su culpable esposa descubriendo,  
 Dar á Egisto la muerte que su brazo  
 Le tiene preparada? Yo recelo  
 Que algun adulator manifestando  
 Tu nombre....

EGISTO.

Nada temas: en el reino  
Desconocido soy; y ni aun Estrofo,  
Mi implacable enemigo, del misterio  
Las sombras penetró; temo no obstante  
Su aspecto receloso.

PALENO.

No comprendo  
Por qué causa retarda la partida,  
Llamándole á Corinto de su imperio  
El penoso cuidado: con cautela  
Debemos advertirle que su aspecto  
A Clitemnestra ofende, y que abandona  
A Pilades su hijo.

EGISTO.

Mi deseo  
Ya alejarle ha intentado; mas en vano:  
Su respetable edad, el grave peso  
Que la austera virtud dá á sus palabras,  
La enseñanza de Orestes, y su celo,  
Le armaron de un poder incontrastable.  
Clitemnestra con él tan largo tiempo  
Unida en amistad, á su presencia

Se cubre de rubor y sentimiento,  
 Que en vano disipar he procurado :  
 El censor inflexible conociendo  
 Su turbacion culpable, en el retiro  
 Entrégase al dolor, huye mi encuentro  
 Cercado de recelo ; y si me habla,  
 La reprension é insulto siempre leo  
 En su odioso semblante.

PALENO.

Del monarca  
 La venida esperando, sus intentos  
 Ocultará entretanto cauteloso.  
 Temo....

EGISTO.

Nada hay que temas: con su muerte  
 La inquietud pagará que padecemos.  
 Si acaso ha penetrado mis designios,  
 Irá á acusarme al tenebroso averno.  
 Tú verás, ¡ó Tiéstes! castigado  
 En breve á Agamenon, y al mismo acero  
 Orestes morirá. Sombra querida,  
 Cálmese tu inquietud: calmaos, ruego,  
 Furias, que de la cuna proscibísteis  
 A los nobles Pelópidas.... Del cetro  
 Perezca el sucesor, perezca Atridas,

Y Electra expire en el paterno pecho.  
 Toda su sangre acabará á los filos  
 De este acero fatal, que el ímpio Atreo  
 Puso en mi diestra juvenil un día,  
 Cuando con execrable juramento  
 Que exigió frauduloso de mi labio,  
 Me armó contra Tiëstes, á mi afecto  
 Desconocido entonces. Por mi dicha  
 Un dios de parricidio tan horrendo  
 Me libertó benigno.... ¿Qué pretendes,  
 Caro padre, de mí? Tu sombra veo  
 Pálida, errante, en la callada noche  
 Seguirme, hablar en desmayado acento....  
 No atribuyas, amigo, tal imágen  
 A la falsa ilusion del torpe sueño.  
 Yo velaba una noche en este sitio,  
 Entregado á mi padre el pensamiento:  
 La calma silenciosa que reinaba  
 En aquellos instantes de sosiego,  
 La estancia solitaria circuía  
 De terror angustioso. Sin objeto  
 Mis ojos discurrían por las sombras,  
 Cuando de luto y palidez cubierto,  
 El cabello erizado, se presenta,  
 Ofreciendo á mis ojos de su pecho  
 La horrible cicatriz; teñido en sangre,

Sangre caliente aún. Terrible acero,  
 En su diestra espantosa centellaba,  
 Y su izquierda una copa muestra luego:  
 ¡Espectáculo atroz! Abrió su labio  
 Manchado en sangre, y con airado ceño:  
 «Toma este acero, dijo, que á tu brazo  
 »Mi encono reservó: de horror cubierto  
 »Mira la copa; la funesta copa  
 »En que mi hermano detestable y fiero  
 »Me presentó la sangre de mi hijo:  
 »Vierte en ella la suya, sacia luego  
 »La inextinguible sed que me devora.”  
 Dijo, y con prontitud retrocediendo,  
 El Tártaro mostróme, cuya senda  
 Siguió con rapidez. Aquel acento  
 Penetrando las sombras de la noche,  
 Aquella herida, el horroroso gesto,  
 Su palidez y la sangrienta copa,  
 Su á dios aterrador.... me estremecieron,  
 Turbaron mi razon. Imaginéme  
 Que siguiendo las huellas del espectro,  
 A la mansion bajaba de la muerte,  
 Inmensurable lago, donde el eco  
 Resuena de las sombras pavoroso.  
 Allí por las deidades del averno  
 Jurando, y por los monstruos espantosos

De la negra laguna, ví al reflejo  
 De pálidas antorchas á las furias  
 Sus sierpes irritar. Mi juramento  
 Recibió Tisifone con Tiëstes:  
 Despues tendióme el reluciente acero,  
 Y al tomarle en mi mano, de repente  
 Lanzando horribles gritos y lamentos,  
 Despareció la sombra. Yo turbado  
 Me preparaba á huir, cuando de nuevo  
 A mi espíritu débil se presenta  
 Un lisonjero error. De gloria lleno  
 Me ví subiendo de mi padre al trono,  
 En tanto que á mi nombre todo un pueblo  
 Quemaba incienso á los eternos dioses.  
 Yo ví toda la Grecia en un momento  
 Sometida á mi yugo: ví á la Reina,  
 Guiándome á las aras de himenéo,  
 Y á todos mis contrarios consternados  
 Detestando su injusto menosprecio.  
 ¿Tal imágen, Paleno, qué me anuncia?

PALENO.

Ofendido tal vez, porque el momento  
 De su ansiada venganza no ha llegado,  
 Tiëstes se mostró con el acero  
 Para excitar tu cólera.



EGISTO.

No hay duda.

PALENO.

Estrofo aquí se acerca.

EGISTO.

Requiere tu prudencia,  
Mi secreto,

## ESCENA II.

*Dichos, y Estrofo.*

EGISTO.

¿Quién de Estrofo  
Los pasos acelera? ¿Cuál contento  
Hacia aqueste lugar?...

ESTROFO.

Oid la causa:  
La nave, al parecer, se ha descubierto  
De los griegos ahora: yo corria  
A dar la nueva á Clitemnestra....

EGISTO.

¡Cielos (\*)!

¿Qué dices?

ESTROFO.

Que á su corte el Rey se acerca,  
 Y le veréis en breve corrigiendo  
 De su ausencia los males numerosos.  
 Sí, Plexipo, á su vista mirarémos  
 Triunfante la virtud, que intimidada  
 Enmudeció hasta ahora: los perversos  
 En Argos temblarán.

EGISTO (\*\*).

Vamos al punto  
 A informarnos, amigo.

## ESCENA III.

*Estrofo, y despues Clitemnestra.*

ESTROFO.

Plegue al cielo

(\*) *Aparte.*(\*\*) *A Paleno.*

Que al palacio no vuelvas. En la estancia  
De la Reina entraré; mas ya la veo  
A este sitio llegar.

CLITEMNESTRA.

Hablarte anhela,  
Y desahogarse en tu sensible pecho  
Mi inquieto corazón. ¡Cuál me complace  
Ver cómo se adelanta á mis deseos  
Tu constante amistad!

ESTROFO.

Vine, señora,  
A anunciaros que torna á vuestro seño  
Agamenon glorioso.

CLITEMNESTRA.

¿Pues aviso  
De haber cruzado el mar vino de Delfos,  
Cuyo oráculo Electra ha consultado?

ESTROFO.

Otras nuevas seguras ya tenemos.

CLITEMNESTRA.

¿Y á cuál daremos crédito nosotros,

Que fuimos engañados tanto tiempo?  
No es posible, su armada....

ESTROFO.

Ya se acerca.

El griego observador, que vé el inmenso  
Horizonte del mar en su atalaya,  
Afirmá que se vieron á lo lejos  
Las velas blanqueär; mas de improviso  
Bramando el aquilon, se revolvieron  
Las ondas irritadas, y la nave  
De Atridas ocultaron en su centro.  
Tal vez naufragará: vamos, ¡ó Reina!  
A implorar las deidades, y ofreciendo  
En sus aras el justo sacrificio....

CLITEMNESTRA.

¿Y á qué deidad, Estrofo, implorar puedo?

ESTROFO.

¿Qué pronunció tu labio? ¿Acaso temes  
Dirigirles tus súplicas?

CLITEMNESTRA.

A precio  
De tu inocente sangre, amada hija,

Nuestros mares en Áulida se abrieron  
 A la armada homicida: ¿por desgracia  
 Con tu muerte la calma de los vientos  
 Hoy deberé comprar, hijo querido?

ESTROFO.

Depon, ¡ó Clitemnestra! ese recuerdo.

CLITEMNESTRA.

Me enseñó la desgracia á que temiese  
 La pérdida de Orestes.

ESTROFO.

¿Y su afecto  
 Podrá haber apagado la ternura  
 Consagrada á un esposo? El grave riesgo  
 Que á Atridas, y al ejército amenaza,  
 Debes ahora llorar.

CLITEMNESTRA.

¿Acaso un tiempo  
 El bárbaro lloró, cuando una hija  
 Arrancó á la ternura de mi pecho?  
 El aparato fúnebre, la banda,  
 Las aras, el cuchillo, aquel funesto  
 Calcas bañado en sangre de Ifigenia,

Ella exhalando el postrimer aliento,  
 Y su padre inflexible á las plegarias,  
 Sordo al comun dolor, tales objetos  
 Solo ocupan mi espíritu. Vosotros,  
 ¡O dioses! conoceis con cuál extremo  
 Mi corazon le amaba, antes que al nombre  
 De padre renunciase: al himenéo  
 Sumisa, y siempre fiel, jamás osára  
 Sus límites hollar; pero sangriento  
 Inmolando á Ifigenia ante su madre  
 Pálida, moribunda, en triste ruego  
 A sus pies abrazada, rompió el nudo  
 Que unía nuestras almas, y el derecho  
 Perdió á mi tierno amor.

ESTROFO.

Los altos Dioses,  
 Esta preciosa víctima pidieron.

CLITEMNESTRA.

No fueron, no, los Dioses: el orgullo  
 Ha sido autor de crimen tan horrendo.

ESTROFO.

Mírale entrar glorioso en sus hogares.

CLITEMNESTRA.

Ya su laurel ensangrentado veo.

ESTROFO.

Y yo de los consejos que recibes,  
El efecto infelice.

CLITEMNESTRA.

¿Qué consejos?...

Sella el lábio.... cruel....

ESTROFO.

Perdona , ¡ó Reina!

Sí , perdona á un anciano que sincero  
A tus plantas se arroja: soy amigo  
Del noble Agamenon: te compadezco,  
Y no temo el peligro que á mi arrojó  
Puede en tu corte amenazar , contento  
Moriré por tu bien ; y de mis años  
Así el penoso insoportable peso  
Depondré de una vez.

CLITEMNESTRA.

¿Pensaste acaso?....

¡Ay, Estrofo! Disipa en el momento  
Esta duda fatal.

ESTROFO.

Solo á Plexipo

Hoy acusa mi voz.

CLITEMNESTRA.

¡Plexipo, cielos!

ESTROFO.

Sí: contra él se dirigen mis sospechas,  
Y no en ofensa tuya.

CLITEMNESTRA.

¿Descubiertos

Por quién pudimos ser?

ESTROFO.

Por tu semblante,

Que de rubor se cubre á mis acentos.

Permíteme decir sin ofenderte,

Qué indica tal pudor. Habla en tu pecho,

Y á tu gloria, á tí misma te reclama

Esa voz de los dioses justicieros,

Que nunca han perdonado los delitos

De los que se enlazaron en sus templos.

Ellos solos formaron la cadena



Del himenéó santo: á su desprecio  
 Sigue el asesinato, la discordia,  
 El atormentador remordimiento,  
 Y el ódio inexorable de los hijos,  
 Presente criminal del adulterio.  
 ¡Recuerda el fin de Eropé, que inmolada  
 Fué de su esposo á los furiosos zelos:  
 Ejemplo aterrador! Recuerda á Elena,  
 Nombre que con rubor pronuncia el griego;  
 Condenada á la fama de su culpa,  
 Que combates tan largos y sangrientos  
 Eternizaron ya: muéstrate siempre,  
 Clitemnestra, la misma. ¿El fiel sendero  
 Que siguió tu virtud, ¿podrás ahora  
 Ilusa abandonar? Tu menosprecio  
 Sienta el impuro amor, y el casto orgullo,  
 Hijo de la inocencia, que á tu sexo  
 El imperio reserva de las almas,  
 Vuelva á tu corazón.

## CLITEMNESTRA.

¿Y ese recuerdo  
 De su primera gloria, Clitemnestra  
 Necesitaba acaso? La que el cielo  
 Unió con el monarca de la Grecia,  
 Hija de un semi-dios, ¿de sus abuelos,

Puede el orgullo abandonar? Estrofo,  
 Desconocer no debes el respeto  
 Debido á mi poder ; ¿no era bastante  
 Para poner á tus palabras freno?  
 Te atreviste á acusarme ; nada importa:  
 La noble libertad de tus consejos  
 Tolera mi grandeza , y aun se digna  
 Responder á los cargos que me has hecho.  
 Ese príncipe ilustre , perseguido  
 Por el cielo y los hombres , á quien ciegos  
 Infamais con sospechas tan injustas,  
 Solicitó mi amparo y valimiento.  
 Yo le acogí benigna: sus virtudes  
 Honré con mi favor , y sus derechos  
 Que al número superan de sus males,  
 Luego me reveló. Tambien es cierto  
 Que sus hazañas y el valor heróico,  
 Que firme combatió con el adverso  
 Rigor de su destino conjurado,  
 Mas que á piedad mi corazon movieron.  
 Yo misma , yo me admiro , al ver que pude  
 Prendarme de un mortal ; pero me lleno  
 De gloria contemplando que mi amparo  
 Ha podido escudarle contra el ceño  
 De la suerte , del cielo y de los hombres.  
 Él compasivo , y como yo sintiendo

La muerte de Ifigenia , y las desgracias  
 De mi triste familia , siempre tierno  
 Mis lágrimas enjuga , me consuela,  
 Ó me acompaña en el dolor: mi afecto  
 Como un feo delito se censura,  
 Y acaso es muy legítimo. Corrieron  
 Diez meses ya desde que Troya ardiente  
 Vió sus torres caer , y en este tiempo,  
 Ni de la armada , ni del Rey pudimos  
 Nueva alguna adquirir ; burlada creo  
 Nuestra esperanza ya : si acaso cierta  
 Fuere su muerte infausta , de mi pecho  
 Árbitra entonces , mirará la Grecia  
 Con otros ojos mi ternura , siendo  
 La que ahora criminal , luego inocente.  
 Faltando Agamenon , verás el cetro  
 De Plexipo en la mano , que á la mia  
 Enlazaré gozosa , y en el templo  
 Consagrada la union de nuestras almas ,  
 Se afirmará con vínculos eternos.

ESTROFO.

¡Dioses! ¿Y piensas entregar tus hijos  
 De Plexipo al poder?

CLITEMNESTRA.

Darles deseo

Un padre.

ESTROFO.

Un opresor que no conoces.

CLITEMNESTRA.

¡Tal héroe!...

ESTROFO.

Es un proscrito.

CLITEMNESTRA.

Yo te advierto

Que ese proscrito desdichado, iguala  
A mi sangre.... tal vez.

ESTROFO.

¿Qué has dicho?

CLITEMNESTRA (\*).

¡Cielos!

El amor me estravía... Yo lo ignoro.

Ciega en creer á Agamenon ya muerto,

A tu pesar, de mi culpable enlace

No esperes que abandone el pensamiento:

Sígueme á la ribera, y de las naves

La venida, ó la pérdida sabrémos.

(\*). *Turbada.*

---

---

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

*Clitemnestra, Egisto, y Puleno.*

CLITEMNESTRA (\*).

Ansiosa te esperaba, para hablarnos  
Tal vez pocos instantes ya nos quedan:  
Aplacada la furia de los vientos,  
Acércanse las naves á la tierra.  
Arcas, que á Agamenon se ha adelantado,  
En la vecina estancia hablarme espera.

EGISTO (\*\*).

Mándale entrar.

CLITEMNESTRA.

Unidos este dia  
Con iguales peligros, tu presencia

---

(\*) *A Egisto.*

(\*\*) *A Puleno.*

Necesito y consejo.

EGISTO.

Sella el labio.

## ESCENA II.

*Clitemnestra, Egisto, Arcas y dos Soldados.*

ARCAS.

Colmado de placer vengo, Princesa,  
 De mi Rey á anunciaros la venida.  
 Digno de su fortuna y su grandeza,  
 De Troya vencedor y de Neptuno,  
 Argos le verá pronto, cual desea,  
 En el palacio entrar de sus abuelos,  
 Coronada de lauro su cabeza.  
 La nave llega al puerto: yo gozoso  
 Me anticipé á traer la fausta nueva,  
 Y á expresaros en nombre del Monarca,  
 Los deseos y amor, que su ternera  
 Confirmará despues.

CLITEMNESTRA.

Tanto cuidado  
 Agradece sensible Clitemnestra.

ARCAS.

Vuestro placer en recompensa basta.

CLITEMNESTRA.

Ya anunciaron su triunfo en las riberas  
 Mil fuegos , mensageros de su gloria;  
 ¿Mas qué enemigo obstáculo su vuelta  
 Pudo así retardar despues que Troya  
 Vió la postrera luz?

ARCAS.

Fue justa pena  
 De las frigias deidades ofendidas.  
 No contento el soldado al ver la tierra  
 Teñida en sangre , y los troyanos muros  
 Sembrados de cadáveres , de guerra,  
 De fuego y confusion , encarnizado,  
 Los templos santos profanó su diestra  
 Con horrible saquéo , y las deidades  
 Vengaron tal furor.

CLITEMNESTRA.

¿Y qué es de Elena?

ARCAS.

A su primer esposo fué entregada,  
 Quien indulgente y débil otra pena  
 Que su remordimiento no la impuso.  
 Murmúrase en secreto la indulgencia  
 De Menelao en tan horrible crimen,  
 Y se lloran los héroes que á la Grecia  
 Ha costado la afrenta irreparable  
 De su adúltera fuga.

CLITEMNESTRA.

Considera

Que estás , Arcas , hablando con su hermana.

ARCAS.

Olvidarlo debí. ¿ Cuándo las huellas  
 Del infame raptor pudiera ilusa  
 Clitemnestra seguir? Sus altas prendas  
 Son el honor de Grecia y el ejemplo.  
 Veo su corazon cual se deleita  
 Contemplando de Páris el castigo,  
 De Menelao vengadas las ofensas  
 De Priamo en la sangre , cuya hija  
 Agamenon conduce prisionera.



CLITEMNESTRA.

¿Quién es esa infeliz que ató á su carro?

ARCAS.

Una Princesa ilustre , aun no sujeta  
 Al yugo de himenéo: si escuchamos  
 La voz universal, un tiempo fuera  
 Que sus ojos leían lo futuro,  
 Por Apolo instruída en esta ciencia ;  
 Mas privándola el Dios de don tan alto,  
 La luz de su razon faltó con ella.  
 Aun frenética á veces imagina  
 Que el fatídico espíritu la alienta;  
 ¡Incurable locura, triste efecto  
 De los horribles males que la cercan!

EGISTO.

¿Y la jóven Casandra , entrará en Argos?

ARCAS.

Viene con el Monarca : la tristeza  
 Pintada en su semblante, los sollozos  
 Que exhala de continuo lastiméra,  
 Su silencio entre el ruido de las armas,  
 Su desgracia , su llanto y su nobleza,

Y los ojos de espanto ora cubiertos,  
 Ora de languidez, enternecieran  
 Del griego mas feroz el duro pecho:  
 Todos la compadecen, y consuelan  
 En su llorosa esclavitud.

CLITEMNESTRA.

Ya basta:  
 Cuando con el ejército aquí venga  
 Atridas, avisadme: parte luego.

### ESCENA III.

*Egisto y Clitemnestra.*

EGISTO.

Y por fin, ¿qué resuelve Clitemnestra  
 A vista del peligro?

CLITEMNESTRA.

Amado Egisto,  
 Esclava del temor, vuelvo en la idea  
 Mil diversos proyectos, que turbado  
 Ya abriga el corazón, ya los desecha,  
 Entre angustiosas dudas vacilando.  
 ¿Y cuál partido, dime, en tan funesta

Lucha podré tomar? Vuelve el tirano  
 Del duro corazon que le detesta;  
 Pero el remordimiento, los derechos  
 De un esposo ultrajado me recuerda:  
 ¿Egisto, lo creerás? Este Monarca  
 Ambicioso y crüel, cuya dureza  
 Nunca ví satisfecha de mi llanto,  
 Cuyos horribles crímenes conserva  
 Mi afligida memoria, al que aborrezco,  
 Y temo y ofendí; se me presenta  
 Como un Dios vengador, terrible, airado,  
 Que á sorprendernos viene, y con su diestra  
 La culpa á castigar. Ni los agravios  
 Que otro tiempo sufrí, ni las ofensas  
 Que tú supiste engrandecer, ya bastan  
 A escusar el perjurio, que quisiera  
 Para siempre olvidar. En todas partes  
 Oigo una voz, que dice: tiembla, tiembla,  
 Y mira los delitos con su gloria  
 Oscurecidos ya: desaparezcan  
 Una débil pasion, y un ódio ciego:  
 El título de madre y el de reina  
 De Júpiter al hijo te subyugan;  
 Y á sus triunfantes brazos la primera  
 Debes volar.

EGISTO.

¿Qué dudas aterrada?

Del destino sigamos la violencia.

¿Mas por qué en otro tiempo me ocultaste

Ese grande respeto que ahora muestras?

¿Hubiérase mi pecho unido al tuyo,

Si el enojo de entrambos no se uniera?

Devuélvele tu fé; vuelve al cariño

Que ofreciste en las aras indiscreta;

Que mi pecho tambien, con sacros nudos

Empeñado en venganza sempiterna,

Cumplirá su deber. Este momento

Disipa nuestro error, y nos aleja.

Obra siguiendo á amor; yo á la venganza:

A sus plantas se doble tu cabeza;

Mi orgullo no lo sufre: con la espada

A conocerme va; y ¡oh! si pudiera

A tu sombra, Tiëstes, irritada,

Ofrecer hoy de Atridas la cabeza.

CLITEMNESTRA.

¿A qué extremo el furor te ha conducido?

Mi turbacion perdona, y mi demencia:

¿Deberé yo ocultarte los martirios

De mi oprimido corazon? No quieras

Aumentar el espanto que me agita:  
 Teme al Monarca , evita su presencia,  
 Y la mia tambien : esto conviene,  
 Te lo manda el honor.

## EGISTO.

Siempre en la tierra  
 Prófugo andar y errante fué el destino  
 Del hijo de Tiëstes. Con afrenta,  
 Mísero , envilecido , ignoble fruto  
 De incestuoso amor , ni la grandeza,  
 Ni el poder , ni los bienes goza Egisto,  
 En tanto que cargado de riquezas,  
 De la triste Ilion vuelve glorioso  
 El enemigo de mi sangre. ¿ Intentas  
 Que oculto y despreciado viva en Argos?  
 ¿ Amas , y tal infamia me deseas?  
 Y si acaso me ve , ¿ nuestros amores  
 Esperas ocultarle ? La reserva  
 El razonar oculto , nuestro llanto  
 Los ojos , todo al fin , la inteligencia  
 Dirá de nuestras almas. Y , ¡ felices  
 Si el riesgo de mi muerte único fuera !  
 Pero será forzoso el escucharle  
 Tu perjurio acusar , de su soberbia  
 Tolerar las injurias , y muriendo

Víctimas del amor que nos alienta,  
 Ser míseros objetos del desprecio  
 De una insolente corte: la sospecha  
 No dejemos velar.

CLITEMNESTRA.

¿Piensas que osado  
 Alguno llegue á hablarle?

EGISTO.

Sí; recela  
 Mi corazón, que Estrofo, ese enemigo....

CLITEMNESTRA.

¿Mi delator Estrofo? ¿La bajeza  
 De infame acusador cabrá en su pecho?  
 ¿Y por qué has de temerle? Si pudiera  
 Tu nacimiento descubrir, yo misma  
 Temería tal vez; mas no hay en Grecia  
 Quien sepa arcano tal: debes, Egisto,  
 Esperar el momento en que yo pueda  
 Al Rey manifestarte; reflexiona  
 Que pudieran del pueblo algunas quejas  
 Suscitarse á tu vista, con las cuales  
 Se comprobára mi delito. Ceda  
 Tu pecho alguna vez á mis deseos;

Si peligros te ofrezco mi defensa,  
 O contigo morir; mas no me agravie  
 De nuevo tu repulsa y tu dureza:  
 Ceda Egisto á mi amor.

EGISTO.

Cedo, y lo juro.

#### ESCENA IV.

*Dichos, y Estrofo.*

ESTROFO.

Perdona, si te ofende mi presencia.  
 ¿Quién aquí te detiene, cuando todos  
 En confuso tropel al Rey esperan?  
 ¿Y cuando ya los gritos de alegría  
 En la celeste bóveda resuenan,  
 Anunciando que llega á estos lugares,  
 Su esposa en nuestros muros sola queda?  
 Conducido yo hubiera al tierno Orestes  
 A recibir al Rey, sino temiera  
 Con mi anticipacion sola dejarte;  
 Y porque á tí es debido, ilustre Reina,  
 Acompañar á tu hijo, que esperando  
 Está para marchar.

CLITEMNESTRA.

¡Hora tremenda!

¡Imprevisto combate, y de diez años  
 Loca seguridad! En mi vergüenza  
 El suplicio verá.... ¿Pero qué importa?  
 Yo detesto las almas fraudulentas,  
 Que pueden ocultar en el semblante  
 Su martirio secreto: que me vea,  
 Y se vengue al momento. Mas tú, Egisto (\*),  
 No te olvides jamás de tu promesa.

EGISTO.

No tardeis mas , señora.

ESTROFO.

¿Y qué? ¿Plexipo  
 Osará acompañarte?

EGISTO.

¿Y quién lo veda?  
 Yo seguiré mi voluntad.

(\*) *A él en voz baja.*



## ESCENA V.

*Estrofo solo.*

ESTROFO.

Malvado,  
 Pronto veré humillada tu soberbia.  
 Terrible Agamenon y victorioso  
 Abatirá tu injusta prepotencia,  
 Y solo gobernando, de tu yugo  
 Libertará al imperio y á la Reina.  
 ¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?  
 Atridas con el pueblo aquí se acerca.

## ESCENA VI.

*Agamenon, Clitemnestra, Orestes, Casandra, Estrofo, pueblo y soldados con trofeos: Casandra se quedará en un lado de la escena con abatimiento.*

*Marcha magestuosa.*

AGAMENON.

Salud, amada pátria, muros de Argos;  
 Y vosotros salud, palacio, tierra

Que á los nobles Pelópidas criáste.  
 Las lágrimas que vierte mi terneza,  
 Tributos del respeto y la alegría,  
 Recibid mis amigos, caras prendas,  
 Y tú, lugar augusto ; al fin permite  
 El poderoso Júpiter, que os vea.  
 Y pues que el Dios mi vida defendiendo,  
 Los diez años pagó de nuestra ausencia  
 Con infinitos triunfos, tributémos  
 Un solemne homenaje á su grandeza.  
 La sangre de los toros inmolados  
 Corra en el sacro templo á la presencia  
 De mis vasallos todos: con su canto  
 Consagre el Sacerdote las ofrendas  
 En las augustas aras, adornadas  
 De guirnaldas y frutos, y su diestra  
 En los trípodés queme el puro incienso,  
 Que nuestra gratitud y reverencia  
 Lleve á los inmortales, cuya imágen  
 Honren esos trofeos de la guerra.

## ESTROFO.

Si de un príncipe fiel, respetuoso,  
 Un vencedor ilustre se recuerda...

AGAMENON.

¡Estrofo venerable! tú que á Orestes  
 Enseñas la virtud, á mí te llega:  
 Ven á mi corazon agradecido  
 A tu constante celo. ¡Cuál deleita  
 Despues de los horrores del combate,  
 En vuestro seno, y en la pátria tierna  
 Tranquilo respirar!

ORESTES.

¡Amado padre!

AGAMENON.

¡Hijo querido, y mi esperanza!... Electra,  
 ¿Cómo no viene á mis amantes brazos?

CLITEMNESTRA.

Víctima de las ondas te contempla,  
 Y á consultar está sobre tu suerte  
 El oráculo délfico.

AGAMENON.

Su tierna

Piedad el Dios benigno tranquilice....  
 ¿Pero de dónde nace la tristeza (\*)

(\*) *A Clitemnestra.*

Que veo en tu semblante? ¿A mi cariño  
Turbada correspondes?

CLITEMNESTRA.

Con las nuevas  
De tu muerté, mil veces desmentida,  
Y mil asegurada, tantas penas  
El alma padeció, que la alegría  
Torna á abrigarse en mí dudosa y lenta.

ORESTES.

Sí, amado padre: el tímido deseo  
Siguió vuestros peligros donde quiera.  
Yo, que á vuestra partida infante débil  
Quedé en este palacio, ansié de veras  
Conocer á mi padre victorioso.  
Ufano con la gloria y las proëzas  
De vuestro invicto brazo, de continuo  
Mandaba repetirlas; y mi lengua  
Los memorables nombres repasaba  
De Aquiles, sin igual en la braveza,  
De Ulises, Menelao, y el sábio Nestor,  
Consumado en el arte de la guerra;  
Modelos que estudiaba á todas horas.  
Ya contaba los dias de la ausencia,  
Y los héroes muriendo á vuestras manos.

Ya tímido trazaba las riberas  
 Del Simois y del Xanto, y las murallas  
 de Troya, y nuestro campo. Ya en la idea  
 Os miraba correr tras la victoria  
 Hollando mil peligros, y mi diestra  
 Requería las armas: otras veces  
 Herido os contemplaba, y á la tierra  
 Mis lágrimas corrían.

AGAMENON.

¡Tierno gozo  
 Para un padre de amor!

ORESTES.

Besarme deja  
 La diestra vencedora.

AGAMENON.

¡Qué respeto!

ORESTES.

¿Es este acero el que tiñó la tierra  
 Con la enemiga sangre? Permitidme  
 Tocarle, al menos, en segura muestra  
 De rendido homenaje.

AGAMENON.

Amado Orestes,  
A tu valor mi espada se reserva.

ORESTES.

¡Qué honor los tiernos años me robaron!  
¡Cuántas victorias conseguido hubiera,  
Polvoroso y sangriento á vuestro lado!  
La suerte de los dos fuera una mesma,  
Y tal vez como Aquiles, yo arrastrára  
Al feroz Hector.

CASANDRA.

¡O martirio!

AGAMENON.

Cesa,

Que allí su triste hermana nos escucha:  
No añadamos, Orestes, á sus penas  
Nuestro gozo importuno: de los Dioses  
A ejemplo, respetemos la miseria.  
¡Desdichada Casandra! sin recelo  
Acércate á nosotros, nada temas:  
¿Habrá quien tu desgracia, tu familia,  
Y la edad juvenil no compadezca?

CLITEMNESTRA.

De Priamo la hija en este suelo  
 No sufrirá la bárbara soberbia  
 De un señor imperioso: sus derechos  
 Venero cual sagrados; y en la Grecia  
 Todos venerarán.... ¡pero qué aspecto! (\*)  
 ¿Desconfías de mí? ¿por qué me muestras  
 Ese ceño feroz? Depon el ódio,  
 Y háblame sin terror.... ¿Callas?... ¿Te niegas  
 A obedecer mi voz?

CASANDRA.

Mis tristes ojos (\*\*)  
 Ofende esta muger: el pecho tiembla.

AGAMENON.

¿De qué puede nacer el imprevisto  
 Horror que te ha inspirado Clitemnestra?

CASANDRA.

Piso la tierra ya, donde la muerte  
 Me esperaba cruel.

(\*) *Cassandra retrocede con espanto.*(\*\*) *Aparte.*

AGAMENON.

Nada hay que temas.  
Segura estás aquí.

CASANDRA.

No habeis creído  
La deidad que me inspira.... A la certeza  
Del oráculo fiel, un muro opone  
Esa incredulidad que torpe os ciega....  
¡Yo mísera! ¿qué soy? Errante sombra  
Al averno llamada. Ya se acerca  
El momento fatal.... A Dios por siempre,  
Ondas del sacro Simois. Placentera  
Ya nunca me veréis, como solía  
En tiempo venturoso, de azucenas  
Cubrir en vuestras playas los altares,  
Que esperaban las víctimas y ofrendas.  
Al espantoso ruido de Aqueronte  
Se mezclarán mis voces lastimeras,  
Allá en el reino oscuro de la muerte,  
Donde voy á bajar.

AGAMENON.

¿Por qué te entregas,  
Casandra, á ese furor desesperado,  
Libre de los trabajos que acarrea  
La dura esclavitud? ¿Quién amenaza  
Tu vida, ó tu reposo?



CASANDRA.

Tales eran  
 Las voces de los Frigios, cuando en vano  
 El fin les anuncié de su grandeza,  
 La ruina de sus muros ; y con todo  
 Dejaron de existir.

AGAMENON.

Calma tu pena  
 Con la cual nos injurias.

CASANDRA.

Sí, Casandra,  
 Mira á Troya en cenizas, y sobre ellas  
 Cante alegre tu voz : camina al templo ;  
 La ruina de tu pátria allí celebra,  
 Y el duro cautiverio de sus hijos.  
 Aun los veo.... ¡insensatos! Ya los cerca  
 La desgraciada noche en que la muerte  
 Del sueño les sacó. La mole inmensa  
 De aquel mónstruo fatal, obra de Palas,  
 Cuyo seno falaz la muerte encierra,  
 Vosotros arrastrais. Yo sola , ¡ay triste!  
 Desvelada , solícita , y cubierta  
 De angustia y de terror , vaticinando  
 El venidero mal que me atormenta,  
 Corro , vuelo exclamando : ¡desdichados!

¿Qué días elegís para las fiestas?  
 ¿Qué fúnebres antorchas os alumbran?  
 ¡De flores coronais vuestras cabezas!  
 Ya preparan el lazo: ved teñidas  
 En sangre nuestras playas: ved la hoguera  
 Iluminando el mar, la noche, el puerto....  
 Inútiles palabras, que desprecian  
 Con ciega confianza: semejante  
 Es al suyo tu error (\*). Hoy á mis penas  
 El cielo pone fin; piso ya el suelo  
 Donde mis ojos ven la tumba abierta.

## AGAMENON.

Fuera de acuerdo está: Troya incendiada  
 Á sus ojos al vivo se presenta,  
 Y turba su razon, y la estravía.  
 Dejémosla; que el tiempo la aspereza  
 Calmará de su mal. Vamos al templo,  
 Que ya los Dioses mi homenaje esperan.

---

(\*) *A Agamenon.*

---

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

*Clitemnestra sola.*

CLITEMNESTRA.

¿Adónde en mi inquietud llevo la 'planta?  
¡Fatal incertidumbre en que vacila  
Avasallado del terror mi pecho!  
Lento suplicio es ya mi triste vida.  
Entraré á ver al Rey.... ¿Podrás, malvada?  
¿Los gritos del pudor no te intimidan,  
Cuando le has mancillado torpemente?  
¿Quieres que se descubra la perfidia  
En tu mismo rubor? Si bondadoso  
Me oye, ¿cuál confusion será la mia?  
Del fingido Plexipo intento en vano  
Tener oculto el nombre, y su desdicha.  
¡Y qué! ¿Fingir por siempre será fuerza  
Añadiendo al delito la mentira?

## ESCENA II.

*Clitemnestra y Estrofo.*

CLITEMNESTRA.

Con tu sábio consejo , Estrofo amado,  
 Vuelve á mi corazon la calma antigua;  
 Compadece mi mal ; se ha retirado  
 Por mi mandato el Príncipe de Iliria:  
 ¿Peligrará si á presentarse vuelve?  
 ¿Al fin podrá , Plexipo?....

ESTROFO.

No prosigas:  
 Plexipo está en prision.

CLITEMNESTRA.

¡Dios de venganza!  
 ¡Tú me has vendido , Estrofo!

ESTROFO.

¿Yo sería  
 Capaz de tal infamia , Clitemnestra?  
 Amado de tu esposo , y de tí misma,  
 ¿La discordia fatal en vuestros pechos  
 Pudiera introducir?

CLITEMNESTRA.

¿Pues qué alma impía  
Persigue á ese infeliz, y en él se vengá?

ESTROFO.

¿Soy el único yo que de su vista  
En la corte se ofende?

CLITEMNESTRA.

Y dime, ¿acaso  
Su libertad, ó su vivir peligrá?

ESTROFO.

Solo sé que el Monarca por sí mismo  
Le quiere examinar en este día.

CLITEMNESTRA.

Si de ese desgraciado, sin defensa,  
No concede á mis lágrimas la vida;  
Si señala con sangre su llegada,  
Moriré: ¿mas qué vale en tal desdicha  
Mi desesperacion? Amor ha sido  
Quien esta tempestad embravecida  
Levantó contra él; quien le ha forzado  
A alejarse de mí; fuera injusticia

Por un infiel temor abandonarle  
 En el duro suplicio que á sus dias  
 Amenaza tal vez. Cuando la senda  
 De la virtud dejé, de mi familia  
 Y mi gloria en desprecio ; cuando pude  
 Posponer al amor que me domina  
 La fama universal de mi entereza ;  
 Me entregó mi pasion á las desdichas,  
 Y acaso á los delitos : tema , tema  
 Este violento ardor en que respira  
 De Clitemnestra el corazon ; respete  
 La desgracia que á un héroe tiraniza.  
 Monarca inexorable , si no cede  
 A mis ruegos tu cólera , yo misma  
 Su muerte he de vengar , aunque la diestra  
 Vuelva contra mi seno , ya teñida  
 En tu enemiga sangre.

## ESTROFO.

¿Dónde , ó Reina,  
 Te conduce el furor? Vence , domina  
 Tu desesperacion con la prudencia,  
 Y en inciertos peligros no te finjas  
 Un positivo mal. De ese Plexipo,  
 Por quien alucinada sacrificas  
 Tu fama , tu deber y tu grandeza,

La muerte de este modo precipitas  
 En lugar de salvarle. Nada temas:  
 Si alguna queja contra tí suscitan,  
 Pronta hallarás mi voz en tu defensa;  
 Y aun mi fiel amistad arriesgaría  
 Estos caducos años, no bastando  
 Del discurso la fuerza. Tú verías  
 Sino templára al Rey, á su venganza  
 Mi cabeza ofrecer encanecida.  
 Mas debo sin rebozo confesarte,  
 Que así como á servirte se dedica  
 Mi zelosa amistad; no de otro modo  
 Atento observador de la malicia,  
 El velo correré con que Plexipo  
 Las tramas engañosas que medita,  
 Ha sabido ocultar; ni porque sean  
 Las traiciones de un pérfido temidas,  
 Tú serás al Monarca sospechosa:  
 Él solo es acusado con justicia  
 De abierta rebelion, por los discursos  
 Con que su lengua audáz desacredita  
 Los gloriosos combates de la Grecia;  
 Por los muchos secuaces que concilia  
 Su generosidad; por las facciones,  
 En que el Monarca y su nacion peligran;  
 Por el crédito, en fin, que ya ha logrado

Debido á tu flaqueza y su perfidia.  
 Mas yo le haré morir, unido á todos,  
 Si armarse contra un héroe determina.  
 En breve nuestra duda aclararemos,  
 Pues el Rey ha mandado que á su vista  
 Le conduzcan aquí, donde le espero.

## CLITEMNESTRA.

¿Y este exámen fatal oiré yo misma?  
 ¿He de escuchar los cargos, los baldones,  
 Sin osar de la tierra, confundida,  
 Los ojos levantar, temiendo siempre  
 Que descargue la bárbara cuchilla  
 Para teñir en sangre estos lugares  
 Un esposo irritado, cuyas iras  
 Estremecen mi pecho?.... Mas él viene:  
 Huiré: tú me dirás qué determina,  
 Si acaso descubriese mis amores.

## ESCENA III.

*Agamenon y Estrofo.*

## AGAMENON.

El sagrado deber que me impedia  
 Mi gratitud mostrarte y mi terneza,



Acabo de cumplir: al fin respira  
 Libre mi corazón solo contigo,  
 Y el afecto sincero que le anima  
 Manifestarte puede, en recompensa  
 Del zelo infatigable con que inspiras  
 A Orestes la virtud. Y pues tú mismo  
 Penetrar has podido las intrigas  
 De la corte engañosa, libremente  
 Infórmame de todas, y noticia  
 Dame de los desórdenes secretos  
 Que ignoro yo tal vez: nada me finjas:  
 ¿Quién es ese extranjero, que del pueblo  
 El odio inexorable se concilia,  
 Creyendo su morada peligrosa?

ESTROFO.

Un Monarca infeliz, según afirma,  
 Por Neptuno arrojado á nuestras playas,  
 A quien tu corte recibió benigna.

AGAMENON.

¿Y por qué ya contraria le aborrece?

ESTROFO.

Ignoro qué delitos lo motivan.  
 Mas luego que á tu vista comparezca

Descubrirlo podrás, si cuerdo atinas  
A sondear aquel pecho misterioso.

## AGAMENON.

¿Y qué puede temer de su perfidia  
Agamenon triunfante, á quien la Grecia  
Ha visto vencedor de Troya altiva?  
Caudillo entre Monarcas poderosos,  
Y acatado en la Grecia, yo sería  
El mas feliz, Estrofo, sino viera  
Turbada á Clitemnestra y pensativa.  
En vez de acreditar su regocijo  
A mi llegada, recibíome tibia,  
Con extraño desden; pero de un hijo  
El aspecto anhelado y las caricias  
Mi corazon calmaron. Mas ahora,  
Sin el prestigio aquel, teme y se agita  
Al mirar su semblante, su silencio,  
Y el trémulo pavor que la domina  
Estando en mi presencia; ya confusa,  
Cubierta de fatal melancolía  
A hablarme no se atreve: ya descubren  
La pena que su pecho martiriza,  
Y el afecto forzado que me finge,  
Sus frívolos discursos. ¿Y por dicha  
No advertiste tú mismo su zozobra

Cuando Orestes los brazos la pedia?  
 La ternura de madre y la de esposa  
 ¿Acaso demostró cual debería?

## ESTROFO.

¿Y puede fomentar tales sospechas  
 Un noble corazón, á quien sublima  
 La gloria hasta el asiento de los dioses?  
 Si agena de la pública alegría  
 No se goza la Reina en tu llegada,  
 La pérdida lo causa de una hija,  
 Cuya triste memoria no han borrado  
 Diez años de pesares todavía.  
 Aun llora el sacrificio de Ifigenia.

## AGAMENON.

¿No temes recordar en este día  
 Tal nombre á Agamenon?

## ESTROFO.

A pesar mio,  
 Señor, le pronuncié.

## AGAMENON.

¿Tú resucitas  
 Mi paternal dolor? La vez primera

Es esta, que un mortal se determina  
 A Ifigenia nombrar desde el aciago  
 Y lastimero instante en que la Aulída  
 Vió su sangre correr; pero á mis ojos  
 De continuo tambien llega ofendida,  
 Y me atormenta su horrorosa imágen.  
 Yo detesté el decreto que ofrecia  
 Mi sangre en sacrificio: ¿pero acaso  
 Le dictó la ambicion ó la codicia,  
 O el temor de un ejército enemigo,  
 A quien invictos héroes acaudillan  
 Armados de furor? Vosotras solas,  
 Deidades inmortales, la cuchilla  
 Del venerable Calcas levantásteis,  
 Forzando mi piedad, que resistia  
 Vuestro decreto obedecer; y ahora  
 Renace este recuerdo en mi desdicha,  
 Despues que aborrecer me hizo la gloria  
 En los sangrientos campos de la Frigia.  
 Testigo de mis lágrimas, la noche  
 Mi dolor en las playas recibia,  
 Sin que el sueño apacible le calmase;  
 Hasta que de la aurora á la venida  
 Empezando de nuevo los combates,  
 Se apartaba su imágen de mi vista.  
 Pero ya terminada la pelea

Otra vez á mis ojos se ofrecia,  
 Y su espantosa muerte retratando,  
 A llorar me obligaba las conquistas  
 Que tanto me costaban.

ESTROFO.

Con tu ejemplo  
 Aprende, Agamenon, desde este dia  
 A juzgar á la Reina mas piadoso.  
 Pero aquí ya Plexipo se encamina.

#### ESCENA IV.

*Dichos, Egisto y guardias.*

AGAMENON (\*).

Llega, y ese cuidado misterioso  
 Con que de mí te ocultas, me descifra.  
 ¿De qué pueden nacer tantas sospechas,  
 (Infundadas tal vez) que se publican,  
 Y me han hecho tan pronto conocerte?  
 Declárame tu suerte y tus desdichas,  
 Plexipo, sin temor: ¿tu estado?

---

(\*) *A Egisto.*

EGISTO.

El tuyo.

Es mi pátria la Grecia : de la Iliria,  
 Y del trono me arrojan mis hermanos.  
 Proscrito por sus artes y su envidia,  
 Ludibrio de la suerte y de las ondas,  
 Me acogió Clitemnestra compasiva.  
 Todo lo sabes ya.

AGAMENON.

Pero debiste

Ofrecerte á mis ojos.

EGISTO.

Yo creía

Ofender tu grandeza pareciendo  
 Sin un prévio decreto , que á tu vista  
 Me mandase venir : ni imaginaba  
 Que este exámen cual reo sufriria  
 Por una duda solo.

AGAMENON.

Necesario

Es del sumo poder á la justicia,  
 O príncipe , el rigor ; pero si cierta

Fuere tu confesion , mis naves mismas,  
 Mis armas y soldados , sin tardanza  
 Te volverán á tu grandeza antigua;  
 Enseñando á tus pueblos de este modo,  
 Que vengador del crimen y perfidia,  
 Agamenon vivió para defensa  
 De la razon hollada y perseguida.  
 Pero tiembla, y conoce tu peligro  
 Si inspiró tu discurso la mentira.  
 Un mortal cuyo labio es engañoso,  
 Mas que el profundo averno me horroriza.  
 Destruye, pues, la criminal sospecha.

## EGISTO.

¿Yo responder á voces tan indignas  
 de tu crédito, á viles cortesanos,  
 A quien han inspirado tal envidia  
 Los honores que debo á Clitemnestra?

## ESTROFO.

Debe ser una duda combatida  
 Si es fundada, Plexipo ; y el desprecio  
 Solo está bien á la virtud tranquila.  
 Si acreditar la tuya deseabas,  
 No era bien esperar á que de Atridas  
 La solícita guardia te buscasse

En lugares ocultos ; ni debias  
 Con pálido semblante recibirlos ;  
 Sino aquí presentarte ; las malignas  
 Calumnias disipar ; y asegurando  
 Tu inocencia y respeto , á la hora misma  
 Entregarnos tus armas.

EGISTO.

Si ellas bastan  
 A calmar el temor que te domina,  
 Toma (\*).

AGAMENON (\*\*).

¿Qué acero es este ?

ESTROFO.

¡Cómo!

EGISTO.

¡Dioses!

AGAMENON.

¡Qué! ¿te has estremecido? Yo ví un dia,  
 Ví de Atreo en las manos esa espada,

(\*) *Entregando la espada.*

(\*\*) *Levantándose.*



Que á Egisto le entregó su ardiente ira,  
 Para inmolar al pérfido Tiëstes,  
 Y así lo prometió su lengua misma.  
 Este es Egisto.

EGISTO.

¿Quién?

AGAMENON.

Tú mismo.

ESTROFO.

¡Cielos!

¡Egisto!

EGISTO.

Sí, yo soy ; hiere , y tus iras  
 Acaben de una vez ; que ya cansado  
 Mantener la impostura no podia.  
 Hijo de horrendo crimen , execrable  
 Al universo todo , con la vida  
 El oprobio y el mal voy arrastrando,  
 Proscrito de mi reino y mi familia,  
 Sin bienes, sin honor. Toma la espada,  
 Y derrama la sangre que me anima,  
 Objeto del horror, del ódio insano,  
 Que á mis venas un tiempo transmitian  
 Nuestros abuelos mismos.

AGAMENON.

¿Qué pronuncias?

¿Pudiste sin temor, con voz impía,  
 El nombre recordar de mis abuelos,  
 Y atestiguar con ellos tu perfidia?  
 ¿Has olvidado acaso los horrores  
 Con que cubrió la enemistad inicua  
 De Tántalo la estirpe? Este palacio,  
 Aqueste mismo suelo que ahora pisas  
 Con temeraria planta, fué bañado  
 De tu padre en la sangre aborrecida.  
 Y pues veo su imágen, sus delitos  
 Retratados en tí, ¿por qué no miras  
 Del formidable Atreo las facciones  
 En mi rostro también?

EGISTO.

¡Horrible vista!

AGAMENON.

Evitemos el verno para siempre.

EGISTO (\*).

Tiéstes infeliz, ¿qué solicitas?

(\*) *Con furor.*

AGAMENON.

¿Qué furor repentino?... A

EGISTO.

¿Ves su imágen

Pálida, horrible, con la copa misma

Que recibió su sangre? ¿Mas qué digo?

La ilusion engañosa me estravía.

AGAMENON.

¡Feroz! A tu despecho se descubre

El ódio inexorable que te agita.

EGISTO.

Inquietados los manes de mi padre

con tu funesta voz, así me inspiran.

¿Qué dispone de Egisto tu venganza?

AGAMENON.

Que se aleje al instante de mi vista.

EGISTO.

¿Su delito cuál es? B

AGAMENON.

Su nacimiento.

EGISTO.

Los dioses vengarán la tiranía.

AGAMENON.

Los dioses no defienden al culpado.

EGISTO.

Así te haces ministro de sus iras.

AGAMENON.

Así de tí me aparto, y el castigo  
Debido á tus engaños, así evitas.

EGISTO.

El hijo de Tiëstes y el de Atreo  
No pueden habitar la tierra misma.

AGAMENON.

Aléjate mañana de mi reino,  
O teme mi furor.

EGISTO.

Mañana, Atridas,  
No me verás en él.

## ESCENA V.

*Agamenon y guardias.*

AGAMENON.

Huye, malvado,  
De una generacion aborrecida  
Infame descendiente, agradeciendo  
La vida á mi bondad; y la desdicha,  
Y el terror que los dioses te enviaron,  
Por la tierra y los mares te persiga.

---

---

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Egisto y Clitemnestra.*

EGISTO.

De esta horrible mansion huir me deja,  
Y abandona á un amante despechado.  
Vuélvete á Agamenon, vuelve y recibe  
El á Dios postrimero de mi lábio.

CLITEMNESTRA.

¿Qué dices?

EGISTO.

De la corte y de su reino,  
Para siempre el cruél me ha desterrado.

CLITEMNESTRA.

Ya sé, querido Egisto, dónde llega  
De su bárbaro pecho el inhumano,

Y heredado rencor.

EGISTO.

Pero aun ignoras

Que insulté su fiereza arrebatado,  
 Y que la enemistad de nuestros padres,  
 Manifestó la cólera de entrambos.  
 Tièstes presidió nuestro discurso,  
 Rompiendo de la muerte el duro lazo,  
 Y con los juramentos de venganza,  
 Estos funestos sitios retemblaron.  
 Cúmplanse por nosotros.... ¡O, si nunca  
 Hubiera yo seguido tan incauto  
 El tímido consejo que me diste!  
 Al menos con honor saliera de Argos,  
 Y no con un destierro ignominioso.  
 Mas no debo quejarme de este daño  
 Que sufro por tu amor: solo me aflige  
 De tí considerarme separado,  
 Llevando mi dolor y mi ignominia  
 De ribera en ribera sin descanso,  
 Hasta que de pesares consumido  
 Muera lejos de Grecia y de tus brazos.

CLITEMNESTRA.

¿Y pudiera sufrirlo Clitemnestra?  
 No conoces su amor, ni que ha jurado

Tierna seguirte donde quiera, sabes.  
 Y pues que en este caso nos hallamos,  
 A pesar de la afrenta y el suplicio,  
 Cumplir mi juramento es necesario.  
 Dispon.

EGISTO.

¡Triste de mí! Veo los males,  
 La angustia y el horror que al separarnos  
 Mi pecho oprimirán; ¡pero infelice!  
 ¿Qué puede tu flaqueza, qué tu llanto  
 Contra el poder terrible del Monarca?  
 Tu esfuerzo y mi furor serán en vano,  
 A la ley sometidos de la fuerza.

CLITEMNESTRA.

Ya que contrarestarla no podemos,  
 Librémonos de su rigor: ¿qué tiempo  
 De término á tu marcha señalaron?

EGISTO.

Mañana con la aurora partir debo.

CLITEMNESTRA.

Y á seguirte mañana me preparo.

EGISTO.

¿Qué dices?

CLITEMNESTRA.

Mi designio.

EGISTO.

¿Quién le inspira?

CLITEMNESTRA.

¿Debes quejarte de él?

EGISTO.

¿Y debo acaso,  
Consentir cuál deseas?

CLITEMNESTRA.

¿Pues qué? ¿Egisto  
No temblará al dejarme?

EGISTO.

¡Cielo santo!

¿No adviertes que llevándote conmigo,  
El peligro es mayor y el sobresalto?  
¿Quién nos protegería? ¿cuál asilo  
Al fiero Agamenon podrá ocultarnos?



¿Sin armas, ni soldados, yo qué puedo  
 Contra un Rey vengador de Menelão?  
 Mi pena y mi maldad supiera Grecia,  
 Tu desgraciada suerte lamentando.

CLITEMNESTRA.

La fuga puede solo....

EGISTO.

¿Y en qué tierra  
 Podrémos de la muerte libertarnos?  
 Si me sigues, irás por donde quiera  
 Tu ignominia y tu pérdida buscando:  
 Elige otro partido mas seguro.

CLITEMNESTRA.

¿Hay alguno?

EGISTO.

La muerte, es el que hallo  
 Tan solo á mi dolor. Mas tú dichosa,  
 A quien la ira celeste no ha alcanzado,  
 Vuelve, vuelve á los brazos de tu esposo,  
 Sus fundadas sospechas disipando,  
 Que tal es tu deber; y para siempre  
 Renuncia á la esperanza de juntarnos:  
 A Dios.

CLITEMNESTRA.

Conozco , al fin , tu menosprecio:  
 Basta ya , basta , infiel. Deja el palacio  
 Huye , pues lo deseas , de mi vista ;  
 Y así agradece y recompensa , ingrato ,  
 Mi amor y beneficios , para siempre  
 De Clitemnestra , y de ellos olvidado :  
 Huye , y déjame expuesta á la venganza ,  
 Mi muerte en tus viages ignorando.  
 Ojalá , desleál , que á tu venida  
 Hubiera esa dureza yo mostrado ,  
 Y que al oír tu nombre estremecida ,  
 Te negára mi afecto y aun mi amparo.  
 Mi pecho , con tus súplicas movido ,  
 Se arroja á los peligros temerario :  
 Si huyes , él huir también intenta ;  
 Y si mueres , morir determinado.  
 Sirve , Egisto , al amor , no á mi prudencia ,  
 Que persuadir te esfuerzas tan en vano :  
 Ofreceme otro medio poderoso  
 Y valgámonos de él.

EGISTO.

Solo uno hallo.

CLITEMNESTRA.

¿Y cuál?

EGISTO.

Es muy atroz.

CLITEMNESTRA.

Dile.

EGISTO.

Horroroso.

CLITEMNESTRA.

¿Pero cierto?

EGISTO.

Muy cierto.

CLITEMNESTRA.

¿Pues acaso

Mas terrible será, que la violencia

Con que vive mi pecho subyugado

De un mortal á las leyes detestables,

A quien nuestros amores ultrajaron?

¿Despues de tal injuria , qué nos falta?

Responde.

EGISTO.

Nada ya.

CLITEMNESTRA.

¿Sellas tu labio?

EGISTO.

¿Y tú me lo preguntas?

CLITEMNESTRA

Me horrorizo....

¡O qué funesta luz! ¿Quién ha causado  
El temblor, y la angustia de mi pecho?

¿Qué podrá de su yugo libertarnos?

Dí.

EGISTO.

Lo ignoro.

CLITEMNESTRA.

¿Su muerte?

EGISTO.

¿Quién lo anuncia?

CLITEMNESTRA.

Tu silencio fatal.

EGISTO.

Crezca tu espanto:

Aquese es mi designio.

CLITEMNESTRA.

¡Justos Dioses!

¿Quieres que se mancillen nuestras manos  
Con el crimen atroz del parricidio?

Yo me estremezco.

EGISTO.

Sí; tímido, helado,  
 Tiemble tu corazón, que en breve, en breve  
 Recibirá de su piedad el pago.  
 Espera, que tu esposo de Casandra,  
 De esa mísera esclava enamorado,  
 Su corona y tu lecho la destine,  
 Reservándote solo el triste llanto,  
 El olvido y oprobio, y á tu hijo  
 De sus justos derechos despojando.

CLITEMNESTRA.

¿Y yo consentiría, que gozase  
 De nuestras desventuras y trabajos  
 Casandra el galardón? Antes perezca  
 El bárbaro Monarca: perezcamos  
 Casandra, yo, tú mismo: con sus muros  
 Este pueblo también caiga arruinado,  
 Y en su seno derrame la venganza,  
 Los furores de Troya y los estragos.

EGISTO.

Arma el brazo de Egisto sin recelo;  
 Arma el tuyo también, si es necesario.  
 Confunde á tu rival; y hiere, hiere

\*

De Ifigenia al verdugo despiadado:  
No toleres que usurpe tus derechos....

CLITEMNESTRA.

No.

EGISTO.

Si aprecias tu vida y mi descanso,  
Perezca Agamenon.

CLITEMNESTRA.

¡Cómo! (\*)

EGISTO.

Esta noche.

CLITEMNESTRA.

¿Y qué mano?....

EGISTO.

¿Tú dudas? Este brazo

En él se vengará, y en la Troyana....

Mas no, yo no podré: veo cerrado

A mis terribles golpes el camino,

Los que saldrán seguros de tu brazo.

Clitemnestra, es forzoso, ó darle muerte,

(\*) *Espantada.*

O sin mas dilaciones separarnos:  
¿Muere, ó parto? Pronuncia.

CLITEMNESTRA.

No te ausentes.

EGISTO.

A tus pies, Clitemnestra, ya consagro  
Mi constancia y mi vida en recompensa  
De ese noble propósito que alcanzo.  
Solo falta cumplirle, con un golpe  
Vengar tu menosprecio, y enlazarnos;  
Sin esperar que él mismo nos castigue.

CLITEMNESTRA.

Huye de este lugar, que siento pasos.

EGISTO.

Ten presente el amor y los peligros;  
Y á Dios.

## ESCENA II.

*Agamenon y Clitemnestra.*

CLITEMNESTRA.

¿Adónde huiré? ¡Funesto acaso!  
¡Mi esposo!

AGAMENON.

En este sitio retirada,  
¿Por qué á los sacrificios has faltado?  
¿Por qué en mi compañía no autorizas  
De la solemnidad el aparato?  
¿En tan plausible día, Clitemnestra,  
A los públicos votos teme acaso  
Unir los de su amor?

CLITEMNESTRA.

¿Así el injusto  
Agamenon se atreve á imaginarlo?

AGAMENON.

Así lo sospeché por tu retiro.  
El dolor que en tí veo retratado....  
La confusion que en vano me disfrazas....



CLITEMNESTRA.

Yo, Príncipe....

AGAMENON.

No hay duda: ese afectado  
 Semblante, las miradas; todo, todo  
 Me cubre de temor; pero ya alcanzo  
 La verdad por Estrofo.

CLITEMNESTRA.

¡Por Estrofo!

¿Con qué viles calumnias ha infamado?...

AGAMENON.

No le ultrajes así: ningún Monarca  
 De cuantos se someten á mi mando,  
 Cual él, mi confianza ha merecido.  
 Fiel siempre á la amistad y á los sagrados  
 Preceptos del deber en todos tiempos  
 De celo y pundonor pruebas me ha dado.  
 ¿Él mismo de mi riesgo temeroso  
 No me informó de Egisto?

CLITEMNESTRA.

Desterrado

Egisto ya, ¿qué temes?

AGAMENON.

Nada temo.

Enemigo tan débil, cuyo brazo  
 Desarmó mi rigor, turbar no puede  
 Mi pecho á guerrear acostumbrado.  
 Tú sola, tú, con dolorosas dudas  
 De continuo le estás martirizando:  
 Dicen, que de la suerte de Ifigenia  
 Acusándome aún....

CLITEMNESTRA. (\*)

Ya he respirado.

AGAMENON.

Las profundas heridas de tu pecho  
 Renuevas cada dia; ¿pero acaso  
 No es comun el dolor á nuestras almas?  
 Grecia toda tambien ha lamentado  
 Mi desgracia fatal; y aun el decreto  
 Movi6 la compasion de los soldados  
 Mas duros y feroces. ¡Y una esposa,  
 Mas severa que todos, el quebranto  
 Aumentará de un padre! y entregada

---

 (\*) *Aparte.*

A su resentimiento despiadado,  
 ¿Me negará el placer de consolarla?  
 Llégate, Clitemnestra; y abrazando  
 A un esposo que te ama, hallarás luego  
 Dulce consuelo á tu pesar amargo.  
 ¡O venturoso dia, en que los Dioses  
 Que nuestros fieles pechos enlazaron,  
 De nuevo nos reúnen!

CLITEMNESTRA.

¡Desdichada! (\*)

AGAMENON.

Por esta firme union hemos logrado  
 Felicidad eterna, inalterable;  
 Y en tu dolor, al fin, te consolaron  
 De nuestro casto amor los tiernos frutos.  
 Electra de Ifigenia es el retrato;  
 Y Orestes, con su amor y su ternura,  
 Será el apoyo en la vejez de entrambos.

CLITEMNESTRA (\*\*).

Juramento fatal, á el que por siempre  
 Mi execrable maldad ha renunciado!

(\*) *Aparte.*

(\*\*) *Aparte.*

AGAMENON.

¿Por qué vuelves tu rostro?

CLITEMNESTRA.

Cese, cese,

Príncipe, la bondad con que has llenado  
Mi pecho de cruel remordimiento,  
De pena y confusion.

AGAMENON.

Con ese llanto

Quedo ya satisfecho: él me asegura  
Que en amor y terneza se ha trocado  
El ódio que abrigabas.

CLITEMNESTRA.

Él descubre

El horror que me cerca, contemplando  
Que pude aborrecerte. Amado esposo....  
Mi rubor será eterno y mi quebranto....  
¡Desdichada de mí!.... Culpable he sido....  
Permite que á tus pies....

AGAMENON.

Ven á mis brazos.

## CITEMNESTRA.

Perdona una sospecha, que atormenta  
 A mi angustiado corazon. ¿Acaso  
 De Priamo la hija, esa infelice  
 Que ha entrado á par de tí cautiva en Argos  
 Subyugar al amor pudo tu pecho?

## AGAMENON.

¿Y tú celosa temes? ¿Y ha bastado  
 A inquietar tu ternura esa sospecha?  
 Pero aquí viene Estrofo: el desengaño  
 Te va á tranquilizar. Guía á Casandra  
 Aquí sin detencion, Estrofo amado. (\*)  
 Vuelva á tu corazon la calma antigua,  
 Y vuelva el tierno amor sin sobresalto,  
 Que nunca te olvidó tu fiel esposo.  
 Cuando á Troya en cenizas sepultamos,  
 Despues de repartidos los despojos,  
 Los Griegos las esclavas sorteãron.  
 Tocóme á mí Casandra, y desde entonces  
 Prometí consolarla con mi amparo,  
 Defender su pudor de los ultrajes;  
 Y con tal proteccion he disipado

---

(\*) *A Estrofo que aparece, y se va.*

El temor que mi yugo le inspiraba:  
 Pero ya á este lugar llegan entrambos.

### ESCENA III.

*Dichos, Casandra y Estrofo.*

CASANDRA.

¿Quién me vuelve á la luz? ¿Quién de la eterna  
 Y desëada noche á mis quebrantos  
 Arrebatar me quiere? ¿Ni aun la muerte  
 Pacífica esperar me habeis dejado?  
 ¿Qué desean de mí? Príncipe, ¿adónde  
 Quieres llevar mis vacilantes pasos?

AGAMENON.

A mi vista, no temas: de la Reina  
 A la piedad tu suerte he confiado.

CASANDRA.

De tu sacerdotisa, justo Apolo,  
 Compadece el dolor. ¡Dioses sagrados!....

ESTROFO.

¿A qué esas tristes voces?

CASANDRA.

¡Desdichada!

CLITEMNESTRA.

¡Nunca podrás mirarme sin espanto!

CASANDRA.

¡Execrable mansion! Sangriento suelo  
 Con un asesinato mancillado,  
 A cuyo aspecto se oscurece el día....  
 ¡Qué gritos! ¡qué clamores! ¡qué aparato!  
 Tan horrible y feroz! Niños, mugeres,  
 Del cuchillo á los golpes espirando....  
 ¿Qué miro en derredor? Padres verdugos  
 Con esposas adúlteras, y hermanos  
 Parricidas sangrientos.... ¿Veis, ó tristes,  
 Cuál nos acechan ya, sangre esperando,  
 Mil pálidos espectros horrorosos,  
 Con palpitantes carnes en sus manos,  
 Alimento de un padre? Ya, ya siento  
 Mi cabello erizarse; ya me abraso,  
 Y el Dios sufrir no puedo que me inspira....  
 La víctima infeliz se va acercando:  
 La muerte se aparece: el duro hierro  
 Tiene ya la venganza levantado....  
 Libradle del furor.

AGAMENON. (\*)

¿Quieres del cielo  
Las iras despertar en nuestro daño?

ESTROFO.

¿De qué nace tu horror?

CASANDRA.

¿No habeis podido  
Este misterio penetrar?

AGAMENON.

¿Acaso  
Algún funesto mal nos amenaza?

ESTROFO.

Declárale.

CASANDRA.

Temblad.

AGAMENON.

Dioses, ¡qué amago!....

(\*) *A Casandra.*



CASANDRA.

¡Deplorable Monarca!....

AGAMENON.

¿Quién te inspira?....

CASANDRA.

Un Dios.

AGAMENON.

¿Quién ha de ser asesinado?

CASANDRA.

Tú.

AGAMENON.

¿Yo, cuando mi triunfo se prepara?

CASANDRA.

Troya en sus regocijos ha expirado.

AGAMENON.

¿Cuándo el incienso y mis humildes votos,  
Que el cielo recibió benigno y grato?....

CASANDRA.

El desdichado Priamo fué muerto,

Los sagrados altares abrazando.

CLITEMNESTRA.

A Troya no recuerdes.

CASANDRA.

Ver su imágen

Donde una Elena veo , no es extraño.

CLITEMNESTRA.

¡ Insolente !

CASANDRA.

¿ Me ultrajas ? ¡ Triste patria !

Troyanos , perdonad aqueste llanto ,

Que me arranca la suerte desdichada

De vuestro vencedor. Ya van guiados

Del impío furor los viles pechos :

¡ O noche de maldad ! Veo en la mano

De una esposa el puñal , que va á clavarse

Del esposo en el seno desgraciado.

AGAMENON (\*).

¿ Qué te estremece ?

CLITEMNESTRA.

Su discurso horrible.

Triunfa , y aplaudeté del bien tan alto

Que gozas en la esclava : está de acuerdo

Con ella en la maldad , y alucinado

(\*) *A Clitemnestra.*

Da asenso al vaticinio, á la impostura  
Que la venganza vil le está dictando  
En descrédito mio. A la enemiga  
Corona, y hieremé.

CASANDRA.

¡Cómo! ¡acusados  
Los avisos del cielo de impostura!

AGAMENON (\*).

Cesen ya tus agüeros temerarios.

CASANDRA.

¡La desgracia fatal que nos persigue,  
Infelice Monarca, te ha cegado!  
Mañana dormirás en el sepulcro:  
Ten presente el aviso que te he dado.

#### ESCENA IV.

*Clitemnestra, Agamenon y Estrofo.*

CLITEMNESTRA.

¿Y creerá Agamenon, que yo culpable?...

AGAMENON.

No lo creeré jamás: antes el brazo  
De la muerte implacable me destruya,  
Que yo de tí sospeche un atentado.

(\*) *A Casandra.*

## ESCENA V.

*Agamenon y Estrofo.*

ESTROFO.

Nunca podré acusar á la Princesa ;  
 Pero he de confesar , que oí temblando  
 A la Sacerdotisa. Acaso Egisto....  
 Sabes que te aborrece , y que el malvado  
 Es capaz del delito.

AGAMENON.

De la corte  
 Mañana partirá.

ESTROFO.

Pero irritado,  
 Hoy permanece en ella. Yo te ruego  
 Por el amor de un hijo , por mis años,  
 Por el temor , en fin , que me domina,  
 Que le mandes al punto salir de Argos.

AGAMENON.

Salga, Estrofo: dispon, manda: tu amigo  
 Se abandona á tu celo y tu cuidado.

---

---

# ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

*Agamenon, Estrofo y Orestes.*

### ESTROFO.

Contra tí conspiraba impunemente  
Por haber despreciado sus designios  
Con heroica grandeza; y esta noche  
Cubrirían las sombras su delito.  
Velé con atención en la partida,  
Y acompañando á la ribera á Egisto,  
Le ví alejarse de Argos velozmente.  
Entrégate al reposo ya tranquilo.

### AGAMENON.

¿Cómo recompensar podré tu celo?

### ORESTES.

¡Qué escucho! ¿Y cuáles eran del impío  
Los malvados intentos?

\*

AGAMENON.

Nada temas:

¿Los dioses de piedad, que en mil peligros  
 Apartaron la muerte de mi pecho,  
 De ella solo me habrían defendido  
 Para hacerme morir al fiero golpe  
 De un brazo criminal? ¿Y qué enemigo  
 Puede turbar la paz de estos instantes?  
 Dichoso con tu amor, hijo querido,  
 Dedicaré mis años á guiarte  
 De la austéra virtud en el camino,  
 Para que goce un héroe en tí la patria  
 Mis pasos sigue ahora, pues rendido  
 Con el peso y fatigas de la guerra,  
 Del ansiado reposo necesito  
 En el seno feliz de mis hogares:  
 A Dios, Estrofo.

## ESCENA II.

*Estrofo solo.*

ESTROFO.

A Dios: goza al abrigo  
 De los riesgos el sueño, pues burlada

De Egisto la esperanza por mí ha sido.  
 Feliz yo , si alejándole por siempre,  
 Aparto del furor tu pecho invicto,  
 Y de la vil maldad el de la Reina.  
 Tal vez ella me acuse en su delirio,  
 Y el ímpetu primero del enojo....  
 Pero ya va llegando hácia este sitio,  
 Retratado el dolor en su semblante.

### ESCENA III.

*Clitemnestra y Estrofo.*

ESTROFO.

Clitemnestra....

CLITEMNESTRA.

¿Qué quieres? Huye inícuo:  
 Huye anciano infeliz, de mis pesares  
 Abominable autor.

ESTROFO.

De tu martirio  
 El exceso respeto, y sello él labio.

CLITEMNESTRA.

Alejaté de mí.

## ESCENA IV.

*Clitemnestra sola.*

CLITEMNESTRA.

Dioses malignos,  
 De inflexible rigor, al fin mi cuello  
 Al yugo de un esposo aborrecido  
 De nuevo encadenais. ¿Será forzoso  
 Que yo haga de mi amor el sacrificio?  
 Egisto, amado Egisto, ¿tú me huyes?  
 ¿De mi valor dudaste que atrevido  
 Por tí cualquier empresa abrazaría?  
 ¿Huyes? ¡ay! ¿y me dejas, sometido  
 Mi pecho al himenéo, condenada  
 A una vida infeliz?... ¿Pero qué miro?  
 ¿Quién camina en las sombras?... O me engaño,  
 O es Egisto.



ESCENA V.

*Egisto y Clitemnestra.*

EGISTO (\*).

Yo soy.

CLITEMNESTRA.

¡Tú!

EGISTO.

¿Le has herido?

CLITEMNESTRA.

¿Qué pronuncias?

EGISTO.

Responde sin tardanza.

¿Respira Agamenon?

CLITEMNESTRA.

Amado Egisto....

EGISTO.

Ya te comprendo, infiel: morir yo debo.

---

(\*) *En voz baja.*

## CLITEMNESTRA.

Deten.... ¿mas qué deidad te ha conducido  
De la noche en las sombras?

## EGISTO.

El averno :

Fiado en tu promesa y tu cariño,  
A los cuales faltaste , hasta la playa  
Una rápida barca me ha traído:  
Con mis fieles amigos salté en tierra,  
Dí muerte á los soldados que atrevidos  
Me cerraban el paso , y sobornada  
La guardia , me condujo hasta aquí mismo.  
Las puertas de la corte y del palacio  
Ocupadas están por mis amigos:  
Todo dispuesto en fin , ¿y tú tan solo  
Has de causar mi pérdida? A este sitio,  
Horrible para mí , ¿quién me conduce  
Sino tu amor , ingrata? Aquí se hizo  
El sacro juramento de su muerte,  
El cual y tus temores me han traído  
A librarte animoso de los riesgos  
Que al golpe seguirian. Es preciso  
Descargarle : no dudes : si tu brazo  
Antes que asome el dia no le ha herido,

Te expones al tormento preparado  
 Contra tí por Atridas: del peligro  
 Me hicieron sabedor, cuando librarme  
 Conseguí de los fieros asesinos,  
 Que estaban encargados de mi muerte.

CLITEMNESTRA.

¿Qué dices?

EGISTO.

Nuestro amor ha conocido.

CLITEMNESTRA.

¡Con qué velo su cólera ha cubierto!  
 ¡Dioses!

EGISTO.

No des lugar á su designio:  
 Impide con su muerte....

CLITEMNESTRA.

Me estremezco.

EGISTO.

Vuela.

CLITEMNESTRA.

Suspende, incauto, aquesos gritos;  
 Que duerme.

EGISTO.

¿Duerme?

CLITEMNESTRA.

Allí.

EGISTO.

Luego su vida  
 Está en nuestro poder: sino le herimos,  
 Vas á morir: ¿qué esperas?

CLITEMNESTRA.

Su venganza:

A pesar de la infamia y el castigo,  
 No esperes que en su seno Clitemnestra,  
 Clave el duro puñal.

EGISTO.

Pues mi suplicio

Has decretado ya, voy al momento  
 El cómplice á entregar de tus delitos.  
 La fuga es imposible, ya cerrado  
 A mis pasos el mar y los caminos:  
 Si me detengo aquí, soy descubierto;  
 Iré, pues, arrostrando los peligros  
 Del Monarca á la estancia; pero un golpe  
 Te condena á morir: el pecho mio  
 Emprende hasta vencer, y nunca cede:

Al verme ha de clamar estremecido ;  
 Vendrán de mi furor á libertarle,  
 Y de un infructüoso parricidio  
 Víctima entonces tú....

CLITEMNESTRA.

Cesa ya , cesa....  
 Un Dios quiere llevarme al precipicio,  
 Egisto.... no me hieras.... nunca, nunca  
 Esta angustia, este horror he padecido....  
 ¿Pero quién descubrió nuestros amores?

EGISTO.

Su Casandra, y Estrofo mi enemigo,  
 Ansiando nuestro mal: toma este acero,  
 Entra, hiera tu brazo vengativo,  
 Y salve nuestro amor. ....

CLITEMNESTRA.

Vano es tu intento.

EGISTO.

No esperes á la aurora. Te ha mentido  
 Si negó de la esclava los amores:  
 Ella triunfa.

CLITEMNESTRA.

¿Qué haré? ¡duro martirio!

EGISTO.

¿Aun dudas? Clava, pues, clava en mi pecho  
 Este agudo puñal, y en sangre tinto,  
 Pálido, moribundo, ante los ojos  
 De tu juez inflexible lleva á Egisto,  
 Y su cuerpo horroroso y palpitante  
 Sea de tu inocencia fiel testigo.

CLITEMNESTRA.

No; tú no morirás.

EGISTO.

Perecer debe

Agamenon, ó yo.... ¿Pero qué ruido?...  
 Tu muerte llega ya.

CLITEMNESTRA.

Dáme el acero.

EGISTO (\*).

Corre, vuela con él: insta el peligro:  
 El golpe evitarás que te amenaza.

---

(\*) *Armándola con el puñal.*

## ESCENA VI.

*Egisto solo.*

EGISTO.

Sal del oscuro seno del abismo,  
 ¡O sombra de Tiëstes! y tus ojos  
 La sangre saciará de tu enemigo,  
 Que á derramarse va: ven á llevarle:  
 Alzado ya sobre su pecho miro  
 El hierro vengador, que airada guia  
 La diestra de una esposa, al parricidio  
 Por el temor y el ódio conducida....  
 ¿Mas qué estrépito suena en mis oídos?  
 El golpe no se escucha: ¡santos dioses!  
 Se ha frustrado tal vez el sacrificio:  
 Huiré.

*Agamenon dolorosamente detrás de la escena.*

Deten el brazo.

EGISTO.

Ya, ya expira,  
 Y yo Monarca soy.

## ESCENA VII.

*Clitemnestra y Egisto.*

CLITEMNESTRA.

¿Adónde guio  
 Mis pasos? ¿dónde estoy? ven al momento,  
 Egisto, á mi socorro.... ¿No has oído?....

EGISTO.

¿Qué?

CLITEMNESTRA.

En esta misma estancia....

EGISTO.

¿Qué fué? Acaba.

CLITEMNESTRA.

Hablaron.

EGISTO.

Era yo.

CLITEMNESTRA.

¿Cuándo?



EGISTO.

Ahora mismo.

CLITEMNESTRA.

Execrable maldad! Abrí su pecho.

EGISTO (\*).

¡Tienes, la venganza has conseguido!  
He aquí la sangre del injusto Atridas.

CLITEMNESTRA.

A Orestes despertaron sus gemidos,  
Y entró: yo perturbada por las sombras,  
Veloz huí del execrable sitio.

EGISTO (\*\*).

Esta de Agamenon, esta es la sangre:  
Respira Egisto ya.

CLITEMNESTRA.

Dioses, ¡qué miro!  
¿Y puede sonreír cuando la sangre  
Derramándose está?

(\*) *Quitándola el puñal.*(\*\*) *Sonriendo atrozmente.*

EGISTO.

¿Debes?...

CLITEMNESTRA.

¡Impío!

Te conozco por fin , y me aborrezco.

## ESCENA VIII.

*Dichos, y Paleno.*

PALENO.

Corre , Príncipe , al punto: con sus gritos  
 A los guardias Casandra ha desvelado,  
 Y está todo el palacio conmovido.  
 Entre tanto á su fin ella se acerca,  
 Pues el mortal veneno que yo mismo  
 Preparé á tu mandato , ya ha tomado.  
 De la suerte de Atridas advertido  
 Por sus lamentos fuí: reina , somete  
 Argos , y toda Grecia á tu dominio.  
 Confunde á los rebeldes con tu vista.

EGISTO.

Paleno , este puñal que ves teñido

De sangre aborrecida, va á mostrarles  
Que el señor de los griegos es Egisto.

## ESCENA IX.

*Clitemnestra y Orestes.*

CLITEMNESTRA.

¿Qué veo?... Orestes llega.... ¿Dónde, dónde  
Ocultarme podré?... ¡Querido hijo!

ORESTES (\*).

Venid, amada madre, á ver el pecho  
De mi padre infeliz, que yace herido.  
Venid

CLITEMNESTRA.

Hijo, deten: huye este suelo  
Manchado con la sangre y el delito.

ORESTES.

Inundado con ella está su lecho:  
En medio de sus ayes y suspiros,  
Mirándome exclamó: «Tu madre....» El triste

(\*) *Pálido y turbado.*

Para hallar en su muerte algun alivio,  
Os llamaba sin duda.

CLITEMNESTRA.

Tierra, averno,  
Abrios á mis pies.

ORESTES.

¿Y no hay arbitrio  
Para hacerle vivir?

CLITEMNESTRA.

¡Pluguera al cielo!  
¡O madre criminal!

ORESTES.

Destituidos  
De la esperanza ya, solo nos resta  
Implorar contra el pérfido asesino  
El golpe vengador al justo cielo.

CLITEMNESTRA.

Reciba de su cólera el castigo.

## ESCENA X.

*Dichos, Casandra, Estrofo, pueblo, y soldados  
con hachas.*

CASANDRA.

Salvad, salvad á Orestes, que aun es tiempo.

ESTROFO.

Huye de esta mansion, funesto asilo  
De la muerte y horror, hijo infelice.

ORESTES.

¿Nos seguirá mi madre?

ESTROFO.

Huye te digo,  
Sino quieres morir: ya ha publicado  
Su horrorosa maldad el vil Egisto:  
Orestes, siguemé, y en tu memoria  
Graba, graba por siempre este delito,  
Que ha de vengar tu brazo.

ORESTES.

Sí, lo juro

Por las hijas del Tártaro.

CASANDRA (\*).

Benigno,

Ocúltale de un bárbaro á las iras...

Ya llega amenazando, huid.

## ESCENA ULTIMA.

*Egisto, Casandra, Clitemnestra, Paleno, griegos  
armados, y con hachas.*

EGISTO.

Argivos,

Reprimid esos gritos sediciosos,

O silencio impondrán á los inicuos

El destierro, la muerte y las cadenas:

Reina, enjuga tu llanto: del castigo

Era digna de Atridas la perfidia.

En la negra ribera de Cocito

Los brazos de Ifigenia ya le esperan.

---

(\*) *A Estrofo.*

Venga Orestes aquí: zeloso amigo (\*),  
Vé á conducirlo.

CLITEMNESTRA.

¡Orestes!

CASANDRA.

Abandona

Tu esperanza, crüel; de tu dominio  
Se ha alejado.

EGISTO (\*\*).

¿Qué dices?

CASANDRA.

Lo que temes:

Un crimen á otros mil abre el camino.  
Estando libre Orestes, poco, injusto,  
Con la muerte del Rey has conseguido.

CLITEMNESTRA.

Protegiendo sus dias una madre,  
¿Qué se debe temer? Vuelvemé el hijo.

(\*) *A Paleno.*

(\*\*) *Furioso y con terror.*

CASANDRA (\*).

Vuelvelé tú su padre.

EGISTO.

En el momento  
Dinos dónde se oculta, ó teme á Egisto.

CASANDRA.

Huyó de los adúlteros la casa.

EGISTO (\*\*).

Corred, y con su muerte....

CLITEMNESTRA.

¡Hijo querido!  
¡Fiero monstruo!

CASANDRA (\*\*\*)

Deten.... ya de mis ojos  
Va faltando la luz: oyemé, impío,  
Y de terror te cubrirá el asenso.

---

(\*) *Fuera de sí.*

(\*\*) *A los guardias.*

(\*\*\*) *Moribunda.*



A mi postrer anuncio prometido.  
Orestes vengador , por mí salvado,  
A arrancarte vendrá con brazo invicto  
La sangrienta diadema. Teme , teme  
Los fieros homicidas que á este sitio  
Sus huellas seguirán : él mismo un dia  
Matará de su padre al asesino....  
Y él en fin.... á su madre dará muerte.  
Del tirano feroz que os ha oprimido  
Huid temblando todos , y dejadle  
En su remordimiento y su martirio....  
A Dios.... Yo voy delante.... al negro averno,  
Y á Minos pediré vuestro suplicio.

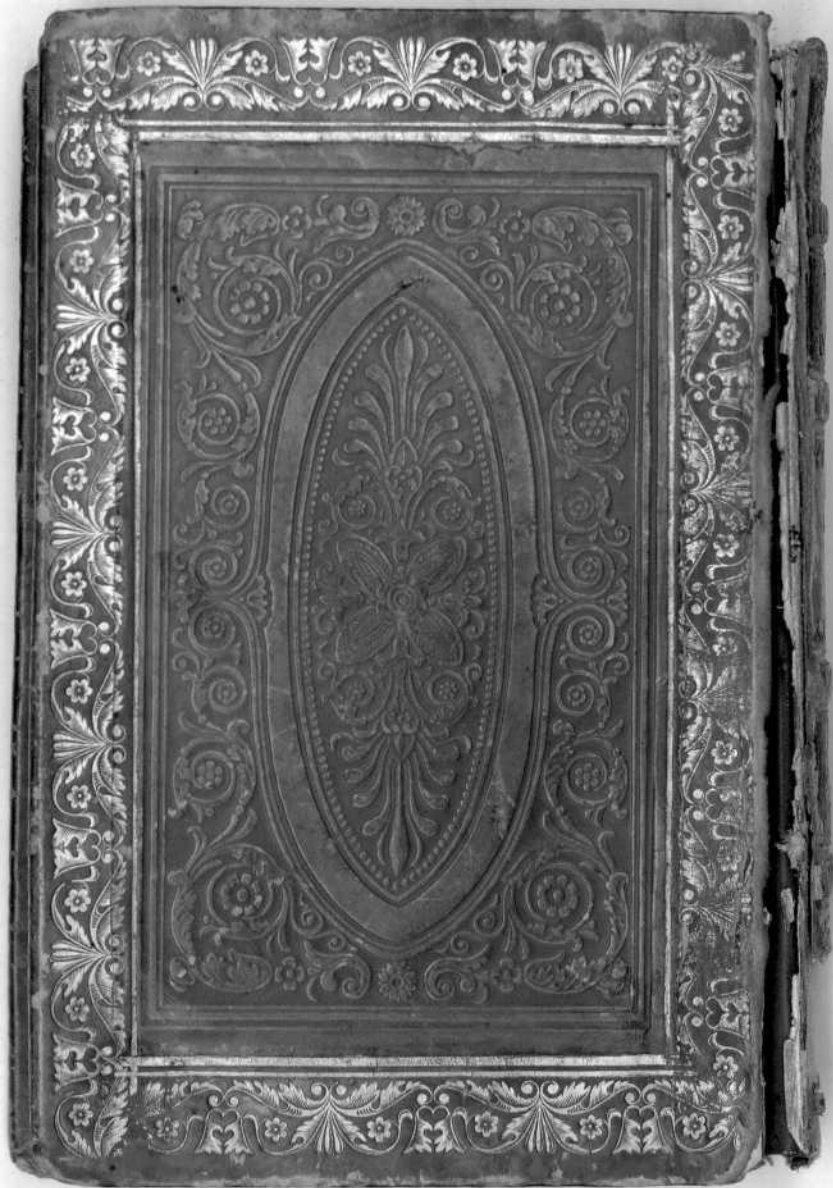
FIN DEL TOMO PRIMERO.













ANALI

POESIA

